



Ardiente

Pasión



Adrian Blake

**Ardiente
Pasión**

Adrian Blake

El contenido de este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del titular del copyright. Todos los derechos reservados.

Primera edición: Junio 2017

Título original: Ardiente pasión

© 2017 Adrian Blake

Diseño de Portada: Gema Millanes

Maquetación: Gema Millanes

ISBN-13: 978-1548048303

ISBN-10: 1548048305

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Me llamo Leo Johnson, y soy oficial de la brigada 118 del cuerpo de bomberos de Nueva York, situada en *Middagh St*, muy cerca del puente de Brooklyn. Me encuentro dando vueltas por la fiesta de disfraces que han organizado en el *Nixx*, uno de los mejores hoteles del barrio. Hoy es mi primer día de descanso después de un turno de veinticuatro horas, y aunque la idea principal era quedarme en casa viendo la televisión, ha sido imposible hacerlo. Estamos a viernes de carnaval, y la mayoría de los pubs y hoteles de la zona han organizado fiestas de disfraces. Wess, mi mejor amigo y compañero de trabajo, no ha dejado de incordiar hasta que me he liado la manta a la cabeza y nos hemos echado a la calle.

En el *Nixx* hay una única regla esta noche: todos los asistentes tienen que permanecer con el rostro cubierto hasta salir del hotel. He elegido para la ocasión disfrazarme del fantasma de la ópera. La máscara está hecha a medida y se sujeta a mi cara con pegamento para piel, de modo que no necesito gomas para sujetarla. El disfraz me ha poseído, lo reconozco, tengo el porte y los andares de un auténtico dandi del siglo XIX. Me acerco hasta la barra, donde Wess, sentado en un banco disfrazado de Hércules, se despide de Perséfone, a la que probablemente se habrá follado en la habitación que hemos cogido para pasar la noche, porque ninguno de los dos tiene ganas de quedarse sin probar el alcohol por tener que conducir.

—Veo que estabas muy bien acompañado —bromeo apoyándome en la barra.

—Tenía que marcharse, pero he quedado en llamarla mañana... —contesta cogiendo un canapé de una de las bandejas— o pasado. Estos canapés están de muerte, tío.

—El ambiente está muy animado. Parece que a la gente le encanta disfrazarse.

—Las noches con máscaras siempre traen consigo mayor afluencia de personas. Hay muchos que guardan demasiado su intimidad, y así tienen la ocasión de soltarse la melena.

—Estás muy bien informado...

—Qué quieres que te diga. Las mascaradas son las fiestas en las que más follas sin

tener que atarte a nadie. Llegas, echas un polvo y adiós.

Observo detenidamente a un par de bailarinas que se contonean alrededor de una barra de *pole dance*.

—Están buenas, ¿verdad? —comenta Wess.

—Y que lo digas. La morena me está poniendo a mil por hora.

Y es verdad. En la barra de la izquierda, una mujer morena, alta, con unas curvas que me hacen babear parece que estuviera bailando para mí. Aunque sus ojos están cubiertos por una máscara de plumas, sus labios carnosos cubiertos de carmín sonrían, y no puedo evitar querer subirme a la plataforma para morderlos y hacer a su dueña perder el sentido.

Veo aparecer a John por la puerta disfrazado de marine, y me sorprende no ver a Linda colgada de su brazo, pues desde que están casados no le deja ni a sol ni a sombra. Le doy un abrazo cuando se para a mi lado y le miro interrogante.

—¿Has convencido a Linda para que te suelte la correa? —bromeo.

—No seas cabrón. Esta mañana se ha levantado con fiebre y ha tenido que quedarse en la cama.

—¿Y la has dejado sola, capullo? —pregunta Wess.

—¡Claro que no! Su hermana vino a pasar el fin de semana en casa y se ha quedado con ella —protesta mi amigo—. Tengo la mejor cuñada del mundo, ha convencido a mi mujer de que me deje salir con vosotros.

—Eso es porque tu cuñada no nos conoce —dice Wess con una carcajada—. Si lo hiciera te habría esposado a la cama junto a tu mujer.

Echo un último vistazo a la bailarina, que ha fijado su mirada en mí. Se contonea provocándome, insinuándose de manera deliciosa. Está decidido, en cuanto se baje del escenario me la voy a subir a la habitación. Salgo de la sala para ir a fumarme un cigarro al patio trasero del hotel. Mi madre solía trabajar aquí, así que conozco todos los recovecos del edificio. Me sorprende al oír llantos saliendo del cuarto donde las limpiadoras guardan sus utensilios, y entro de inmediato para encontrarme a una conejita de Playboy sentada en el suelo llorando a mares.

—¿Te encuentras bien? —digo suavemente para no asustarla.

Ella levanta la vista y me mira con los ojos más verdes que haya visto en mi vida, y

suspira conteniendo un sollozo.

—No, nada está bien. Mi vida es una mierda, y no puedo arreglarlo.

Me siento junto a ella y le paso la palma de la mano por la espalda intentando calmarla, y ella se acerca a mí y apoya la cabeza en mi hombro con un suspiro.

—Hoy he descubierto que mi marido me engaña —susurra—. Ni siquiera ha intentado negarlo, ¿sabes? Ha dicho que es culpa mía por no darle lo que quiere.

—Típico de un cabrón manipulador. Solo él tiene la culpa de una infidelidad, dulzura, e intenta echarte la culpa para poder seguir haciéndolo. Lo mejor que puedes hacer es mandarle a tomar por el culo.

—No me ha dado oportunidad de dejarle. Se ha marchado de casa ofendido, dando un portazo. Por eso estoy aquí. He salido con mi mejor amiga para pagarle con la misma moneda.

Se incorpora y vuelve a mirarme a los ojos.

—Soy tan imbécil que no he sido capaz de hacerlo. Cuando un chico ha intentado ligar conmigo, me he acobardado y he salido a correr.

—¿Y crees que las escobas son la mejor compañía?

—No he conseguido encontrar a mi amiga y ella tiene la llave de nuestra habitación, así que estoy perdida hasta que decida aparecer.

Suspiro ante la irresponsabilidad de la amiga de la joven.

—¿Qué te parece si te llevo a casa?

—No quiero irme a casa. No soportaría verle la cara esta noche a ese desgraciado.

—Entonces vamos a mi habitación. Quizás yo sea capaz de hacerte olvidar lo desastrosa que ha sido esta noche.

Uno mis labios a los suyos en un impulso que soy incapaz de controlar, y la sangre comienza a hervir en mis venas. Ella permanece pasiva, dejándome recorrer sus labios con los míos una y otra vez, y cuando deja escapar un suspiro, aprovecho la oportunidad para hundir la lengua en su boca. ¡Joder! Sabe a gloria, literalmente. Su lengua juguetea un rato con la mía antes de romper el beso, y agacha la cabeza, muerta de vergüenza. La ayudo a ponerse de pie y tiro de su mano hasta el ascensor. En cuanto entramos en la habitación, se deja caer tímidamente en el sofá.

—Voy a bajar un momento para avisar a mis amigos de dónde estoy —susurro—. No tardaré.

—Vale.

Vuelvo a la barra, donde mis amigos charlan animadamente.

—Wess, cógete otra habitación —ordeno.

—¿Ya has cazado, capullo? —pregunta John.

—Eso parece —contesto—. La tía está tremenda, así que voy a disfrutar de ella toda la noche.

—Disfruta, mamón —ríe Wess—. No sé cómo te las apañas que siempre terminas llevándote una mujer a la cama.

Me acerco a recepción y pido que nos suban algo para cenar. La pobre no habrá podido probar bocado con el disgusto, y a estas horas debe tener hambre. Ya habrá tiempo más tarde para el sexo. Cuando entro de nuevo en la habitación, veo que la chica se ha quitado los zapatos de aguja y se ha sentado en la cama con las piernas cruzadas, para poder ver la tele.

—Veo que te has puesto cómoda —digo tumbándome a su lado.

—Con este traje es difícil hacerlo. ¡Dios! No sé por qué tuve que hacerle caso a Lindsay.

Me acerco a la bolsa de viaje que he traído con la ropa de mañana y saco el pantalón de deporte y la camiseta que traje para dormir. Ella los acepta con una sonrisa y se mete en el baño a cambiarse, mientras me quito la capa, el chaleco y el corbatín, que me tiene hasta las narices.

En ese momento el camarero llama a la puerta, y me entrega una bandeja con una selección de pequeños sándwiches de distintos sabores, y dos trozos de tarta de chocolate y nueces, cortesía de mamá Rose, la cocinera, que me conoce desde que usaba pañales.

Cuando sale del baño, veo que también se ha quitado la máscara, dejando al descubierto el rostro de un auténtico ángel. Sus ojos verdes están escondidos tras unas largas pestañas, sin una gota de maquillaje. Natural... y absolutamente arrebatadora. Dejo caer mi mirada por todo ese cuerpo escondido tras mi ropa, deseando que llegue el momento de desenvolver este delicioso regalo para poder darme un festín con él. Ante mi escrutinio, ella me mira avergonzada y se sienta en la cama de nuevo.

—Gracias, esto es mejor que ese condenado disfraz —susurra.

—He pedido algo para comer, supongo que tendrás hambre.

—No he comido nada en todo el día.

Comemos en silencio, absortos en el programa de televisión que ella había puesto para entretenerse mientras yo no estaba.

—¡Dios, estaba famélica! —suspira.

—¿Qué te apetece hacer ahora?

Ella acaricia mi máscara y sonrío.

—¿No te la quitas? —pregunta— Ya no estamos en la fiesta.

—Es mejor que no lo haga. Esta noche solo somos dos desconocidos que se conocen en una fiesta.

—Vaya... me gustaría verte la cara completa.

—Puedes imaginarla. A fin de cuentas ya estás viendo la mitad de ella.

—Tienes razón. ¿Por qué no me cuentas algo de ti?

—Soy Erik... un alma atormentada por el amor de una cantante de ópera.

Ella se echa a reír por primera vez desde que la conozco, y un par de dulces hoyuelos aparecen en sus sonrosadas mejillas, haciéndola parecer mucho más joven.

—Está bien, entonces yo soy Lola, una conejita traviesa que está buscando pasar un rato divertido.

El juego de seducción se alarga durante horas. Una mirada, una sonrisa, una caricia accidental, son los alicientes de la pasión, que comienza a florecer entre nosotros. Las botellas del mini bar se acumulan en la mesita de cristal que hay junto a la cama. Estoy en mangas de camisa, con la mitad de los botones desabrochados debido al calor de las copas... y del juego. Ella está tumbada a mi lado, acariciando distraídamente el vello ensortijado que asoma por la abertura de mi camisa, mordiéndose el labio inferior mientras me mira fijamente a los ojos, y antes de darme cuenta me encuentro tumbado sobre ella con mis labios pegados a los suyos.

La pasión se enciende poco a poco, y mis labios se abren para dejar paso a su lengua. El beso se torna erótico, mis brazos aprietan su cuerpo pegado al mío, y sus delicadas manos comienzan a desabrochar los botones restantes de mi camisa para dejar

mi pecho al descubierto. Acaricia con las yemas de los dedos el tatuaje que cubre mi bíceps y gran parte del pectoral izquierdo, y sonrío.

—Me encantan los hombres tatuados.

Sonrío y vuelvo a capturar su boca, mientras mi mano sube por su muslo hasta la cadera, para abarcar su nalga por encima de la tela del pantalón, y sus brazos se enredan en mi cuello para pegar sus pechos a mi cuerpo. La incorporo lo suficiente para poder deshacerme de toda su ropa, dejándola únicamente con unas braguitas blancas de encaje. Mi mirada lasciva la recorre de arriba abajo, recreándose en sus suaves pechos turgentes. Agarro suavemente uno en la mano para sopesarlo, y paso mi lengua despacio por el pezón, que florece ante mi caricia.

Sus gemidos quedos me acarician, y mi lengua se pasea una y otra vez sobre su punta rosada, dejándole paso de vez en cuando a mis dientes, que la aprisionan con suavidad, consiguiendo que su columna se arquee. Estoy a mil por hora, el calor inunda mi pecho y mi polla aumenta de tamaño cada vez que mi lengua toca su piel. Subo por su pecho hasta su cuello, donde la marco ligeramente antes de volver a hundirme en su boca, y mi mano se cuela por la tela que cubre su sexo para recorrerlo sin piedad.

—¡Dios, sí! —grita mi conejita.

Mis dedos se adentran entre sus suaves rizos hasta encontrar el pequeño botón que la llevará a la locura, y lo acarician distraídamente, rodeándolo, sin atacarlo directamente, y bajan hasta su abertura, que ya está caliente y mojada por sus flujos. El calor de su cuerpo me traspasa, e introduzco lentamente un dedo en su canal, tanteando el terreno para darle paso a uno más. Comienzo a moverlos adentro y afuera, muy lentamente, y entierro la cara entre sus pechos mientras disfruto de sus gemidos de placer. Su cuerpo se contonea, me busca, y mi polla está a punto de reventar la cremallera de mi pantalón.

No puedo esperar más, necesito follármela de una vez por todas, así que aparto las braguitas y me quito la ropa, dejando mi miembro libre por fin. Ahora estamos desnudos, sin nada que se interponga entre nosotros salvo la máscara que oculta mi verdadera identidad. Alargo la mano hasta mis pantalones, que están tirados en el suelo, y saco un preservativo de mi cartera.

—¿Estás segura? —pregunto una única vez.

Ella asiente mordiéndose el labio con una sonrisa, y tras ponerme el condón me adentro lentamente en ella. Cada centímetro que recorro lanza un calambrazo de placer por mi espina dorsal, y tengo que cerrar los ojos para disfrutar al máximo de la

experiencia. Una vez estoy clavado en ella hasta la empuñadura, comienzo a moverme despacio, dentro y fuera, una y otra vez. A pesar de la máscara de seguridad que se ha puesto en cuanto hemos empezado a besarnos, puedo ver en sus ojos su vulnerabilidad, el dolor que esconde tras una sonrisa, y mi corazón se derrite por ella.

Mis embestidas aumentan de ritmo, mi frente se perla de sudor por el esfuerzo de contenerme, de esperar a que mi preciosa acompañante llegue a su orgasmo. En cuanto la he mirado a los ojos sé que va a arrepentirse de esta noche, y cierro los míos para disfrutar del momento más intenso que he vivido con una mujer. Sus uñas se clavan en mi espalda cuando su cuerpo se arquea recorrido por el orgasmo, y la sigo poco después.

Cuando consigo respirar, salgo de ella y compruebo el preservativo antes de abrazarla por la cintura y hacer que apoye la cabeza en mi pecho. No sé cuánto permanecemos así, simplemente respirando, pero siento el frío recorrer mis huesos cuando ella se incorpora y busca su ropa para vestirse.

—¿Dónde vas? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—Debería marcharme —susurra.

—Te acompaño a tu habitación —digo empezando a vestirme.

—No hace falta, solo tengo que bajar una planta.

Nos vestimos en silencio, y la acompaño a la puerta del ascensor. Veo que tiembla, y vuelvo a mi habitación a por la capa del disfraz para echársela por los hombros. Ella me mira, interrogante, y me encojo de hombros intentando aparentar una despreocupación que no siento.

—Estás tiritando, no voy a dejar que pases frío esperando a tu amiga en recepción.

—Abre los ojos al descubrir que sé cuál es su intención, pero no dice nada.

—¿Y cómo voy a devolvértela?

—Considéralo un recuerdo de una noche increíble.

Las puertas del ascensor se abren, y la observo entrar en el cubículo con la cabeza gacha.

—¿Te volveré a ver? —pregunto.

—No creo que sea buena idea —susurra—. Hasta siempre, mi fantasma de la ópera.

—Hasta la próxima, mi pequeña conejita de Playboy.

Vuelvo a la habitación con paso cansado. Tengo un nudo en el estómago, y no debería sentirme así. Ha sido solo un polvo... un polvo increíble, eso es cierto, pero un polvo al fin y al cabo. Me gustaría volver a verla, volver a compartir con ella una noche como esta, pero sé que eso no ocurrirá por más que quiera. Mi conejita ha sido solo un sueño... y tengo que volver a la realidad.

Capítulo 1

La sirena de la estación me saca del sueño mucho antes de lo que me hubiera gustado. Apenas son las cinco de la mañana, y no he podido pegar ojo en todo el puto fin de semana por culpa de mi conejita sexy. Bajo por la cucaña a toda prisa, y cojo mi equipación antes de subirme al camión cisterna.

—Tenemos un diez cuarenta, código dos, en el ochenta y ocho de Willow St —nos informa el capitán—. Un cable de alta tensión se ha soltado y está bailando a un lado y a otro de la puerta de entrada del edificio.

—Entendido, capitán —contesto.

Bajo del camión antes de que se haya parado por completo junto a la vivienda para valorar los daños. Hay una señora mayor desmayada tras la puerta, y no puedo saber si es por una descarga.

—Michaels y McCafrey, desconectad la corriente —ordeno—. Wess, ocúpate con John de detener ese maldito cable. Stuart, solicita una ambulancia.

Salgo a correr hacia la puerta, y me preparo para esquivar el cable y atender a la señora mayor. En cuanto encuentro la oportunidad, me arrodillo junto a ella y coloco dos dedos en su cuello. ¡Cojonudo! Tiene pulso.

—Señora, ¿me escucha?

La mujer no respira, así que le practico la RCP. Tras un par de ventilaciones y masajes cardiopulmonares, la pobre mujer abre los ojos lentamente y deja escapar un quejido.

—Muy bien, tranquila, se pondrá bien. Soy el oficial Johnson del cuerpo de bomberos, vamos a llevarla al hospital.

La sirena de la ambulancia parece haber escuchado mis palabras, y en menos de media hora desde que recibimos el aviso, la mujer va camino del hospital y el cable de alta tensión ha sido controlado. No es por presumir, pero somos una de las mejores compañías de la ciudad. Cuando llegamos a la central, Jensen Tisdale, nuestro capitán, me mira por

encima de sus gafas de montura metálica.

—Buen trabajo, Johnson. Habéis batido vuestro propio récord.

Los chicos comienzan con sus vítores y yo sonrío antes de irme a mi camastro. Mis compañeros y amigos van imitándome poco a poco, y la habitación se queda en silencio.

—Tienes demasiados huevos, tío —dice McCafrey—. Cualquiera día vas a terminar muerto.

Me incorporo un poco para mirarle.

—¿Me hablas a mí?

—Sí, Leo, te hablo a ti. Cada vez eres más lanzado, ese cable podía haberte matado.

—Pero no lo ha hecho, ¿verdad?

—Nikky tiene razón, tío —interviene Michaels—. Hoy te has pasado.

—¡Vamos, chicos! —exclama Wess— Todos sabemos que este trabajo es cuestión de huevos. O te atreves o te quedas en las oficinas. Leo ha salvado a esa mujer, que es lo que importa.

Me levanto cabreado y me sirvo un café. Solo me quedan un par de horas más y podré irme a casa, donde pienso dormir un día entero... si esa condenada mujer sale de mi cabeza, claro está. John se acerca antes de que termine de servirme el azúcar.

—Leo, ¿estás bien?

—No, no estoy durmiendo bien, y el cansancio me está pasando factura.

—Deberías ir al médico para que te recete algo, en nuestro trabajo no podemos permitirnos el lujo de estar cansados.

—Un médico no va a solucionarlo, tío. Es por una mujer.

—A ver si adivino... ¿es la de la fiesta del Nixx?

—Estuvimos tonteando durante horas, echamos un polvo alucinante... pero me dijo que no quería que se volviera a repetir.

—¿En serio?

—Creo que se sintió culpable. Tiene pareja, y la relación no estaba en su mejor momento. Digamos que fui un puto error, y no me gusta sentirme así.

—Ya no tiene remedio, Leo. No volverás a verla, así que pasa página y ve a por otra.

—Pero eso no quita que me sienta como una mierda.

—Eso es orgullo herido, colega. En cuanto encuentres a otra mujer que te interese, se te pasará.

—Tienes razón, tío. Mañana volveré a salir de caza.

Por fin llega el final del turno, y podemos irnos a casa. Me paso gran parte del día durmiendo, y por la tarde me acerco al supermercado para llenar el frigorífico, que me dan ganas de llorar cada vez que lo abro. He quedado con Wess y los chicos en el *Clark's* para tomarnos unas copas, así que meto una pizza en el horno mientras me ducho para comer algo antes de salir.

El *Clark's* es el mejor club de la ciudad. Solemos ir allí porque hay música en directo, y podemos echarnos unas partidas de billar mientras nos tomamos unas cervezas. Cuando llego, Wess, Michaels y Stuart ya están allí.

—Hola, tío —dice Wess—. Llegas justo a tiempo.

—Novato, tráeme una cerveza —ordeno a Stuart.

—Ya podemos echar una partida —añade Michaels—, pero por Dios, no me dejéis con el novato.

—Vamos, hombre, es un buen chico —contesto—. Yo jugaré con él.

Stuart llegó hace un par de semanas desde la academia. Es un chico desgarrado, y le hacen falta un par de hervores, pero a la hora de la verdad es un buen bombero. Obedece rápidamente y tiene instinto, y eso siempre es un punto a nuestro favor.

—Aquí, tiene, oficial —dice desde atrás.

—Vamos, Stuart, aquí no soy oficial —contesto—. Simplemente Leo... o Johnson, si te gusta más. Vas a jugar conmigo, muchacho. Más vale que no perdamos, o cuando volvamos a la estación vas a tragarte el entrenamiento de todos nosotros.

Media hora después llega McCafrey seguido de John y Linda. Esa preciosa mujer y yo somos amigos desde el instituto. De hecho fui yo quien le presentó al imbécil de su marido, y desde entonces no han podido ser más felices juntos. La beso en los labios como siempre que nos vemos, y la levanto en el aire para verla volar a mi alrededor.

—Hola, preciosa. Me alegro de verte. ¿Cómo estás de ese resfriado?

—Mucho mejor. Espero que os portaseis bien la otra noche... Como me entere de que metisteis a John en algún lío me las pagaréis.

—Hieres mis sentimientos, Linda —contesta Wess besándola en la mejilla—. Cuidé de él como si fuera un bebé. Leo le abandonó para subirse a una chica a la habitación, pero...

—¿Una chica? —La mirada traviesa de Linda me arranca una carcajada—. Quiero todos los detalles, Leo. No te dejes nada.

—Está bien, pero antes tomémonos una copa.

—Mi chica tomará un refresco —dice John—. Está embarazada.

Miro a Linda con una ceja arqueada, y ella asiente con una sonrisa de oreja a oreja. La abrazo con fuerza, no puedo evitarlo. Linda es mi mejor amiga, como una hermana para mí, y verla tan feliz hace que yo me sienta igual.

—Enhorabuena, preciosa.

—Ni siquiera lo estábamos intentando, pero cuando vino el médico por la fiebre me hice la prueba de embarazo y... ¡*Voilà!*

—Ahora tendrás que cuidarte más, nena —dice McCafrey.

—Eso es lo que le he dicho —contesta John—. Debe bajar el ritmo.

—¡Llena por aquí, Mike! —grita Nikky— ¡El padre invita!

He perdido la noción del tiempo. El alcohol está empezando a hacerme efecto y veo por el rabillo del ojo a una mujer sentada sola en una de las mesas junto al escenario. En él, una mulata preciosa de unos veinte años canta a ritmo de blues.

—Tiene una voz increíble, ¿no crees? —digo para romper el hielo, acercándome a su mesa.

—Sí, tiene una voz preciosa.

—Pero no tanto como tú.

Ella sonrío, pero no aparta la mirada del escenario.

—Soy Leo. —Extiendo mi mano para saludarla—. Encantado de conocerte.

—Yo soy Corine.

—¿Y qué hace una mujer como tú tan sola en un bar?

—No estoy sola, mi amiga ha ido al baño.

—Nosotros estamos jugando al billar, si quieres podéis uniros. Será divertido.

—Cuando llegue mi amiga le preguntaré.

Sonrío antes de volver con mis amigos, y Wess me coge por los hombros para acercarme a la mesa de billar.

—¿Has perdido tu toque? —bromea John.

—¿De qué coño estás hablando, capullo? Está esperando a su amiga, ahora vienen.

—¿Y esa amiga está buena? —pregunta Michaels.

—No la he visto, así que no puedo opinar. Además... ¡tú estás casado, capullo!

—No lo decía por mí. Wess y Stuart también están solteros, así que...

Siento la mano de Corine en mi espalda, y me vuelvo con una sonrisa para empezar con mi juego de seducción. Cada vez que paso cerca de ella se me escapa un roce sutil, cada vez que me pide ayuda mi aliento se pasea por su cuello erizándole la piel, y cuando salimos del bar no es para llevarla a casa, sino para meterla en mi cama y follármela hasta el amanecer.

En cuanto cierro la puerta de mi apartamento, la aprisiono contra ella y acerco mi cuerpo al suyo.

—¿Sabes, preciosa? Hay algo que llevo queriendo hacer desde que te he visto en el bar.

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Esto.

Acerco mis labios a los suyos con suavidad, y los recorro lentamente, tanteando, saboreando la carnosa suavidad. Ella me devuelve el beso, sin tocarme, con las palmas de las manos apoyadas en la pared, y se pone de puntillas para acceder mejor a mi boca. Mi lengua recorre su labio inferior una y otra vez, tentándola a dejarle libre acceso, y siento sus manos subir por mis antebrazos a la vez que consigo adentrarme en su boca. Su sabor, a ron y miel, me aturde, me excita, y su lengua juguetona me reta a perseguirla, a atraparla, a morderla una y otra vez.

Mi polla aprieta contra la cremallera de los pantalones, y su mano la aprisiona para acariciarla en una lenta cadencia que me hace estremecer. Sustituyo su boca por su cuello, y paseo mi lengua por su piel de porcelana arrancándole gemidos de placer. Estoy a mil, no sé qué me pasa esta noche, pero no puedo esperar demasiado para enterrarme en ella. Introduzco la mano por el bajo del vestido y de un tirón me deshago de su ropa interior.

Ella ríe, pero no se queja, y abre las piernas para dejarme acariciarla libremente. Mis dedos se pasean indolentes por sus pliegues, apretando su dulce clítoris cada vez que llegan a él. Corine se retuerce entre mis brazos, suplica pidiendo alivio, y tras ponerme un preservativo a toda prisa, la levanto en peso para enterrarme en su interior.

Comienzo a moverme de manera desenfrenada, salgo casi por completo de ella para volver a clavarme hasta el fondo de nuevo. El sudor perla mi frente, corre por el valle entre sus senos y hace que nuestros cuerpos resbalen mucho mejor. El placer va en aumento, sus gritos quedos en mi oído son la mejor melodía que un hombre puede escuchar en la vida. Mi cuerpo se tensa, mi pelvis aumenta la rapidez de las investidas. Estoy a punto de estallar, pero aún no es suficiente.

Salgo por completo de ella para ponerla cara a la pared, con las manos apoyadas en la puerta, y me hundo de nuevo en su cuerpo mientras mis dedos acarician suavemente su clítoris hinchado y a punto de estallar. Sus pequeños grititos de placer han pasado a ser gemidos desesperados, y me suplica que le de lo que quiere. Va a correrse, lo siento. Sus músculos internos se contraen cada vez con más fuerza alrededor de mi polla, sus muslos sufren espasmos por la fuerza con la que los contrae, y cuando el fuego implosiona en su interior, consigue llevarme de cabeza al orgasmo.

Echamos otro polvo cuando consigo recuperarme, más increíble si cabe que el anterior. La luz del amanecer comienza a entrar por la ventana cuando ella se incorpora en la cama.

—Debería irme, trabajo dentro de un par de horas y tengo que darme una ducha.

—Claro, te llevo a casa.

—No hace falta, de verdad.

—Vamos, nena... No pensarás que voy a dejarte irte sola a estas horas, ¿verdad?

—Está bien, como quieras.

Hacemos el camino hasta su casa en silencio, escuchando la música de la radio. En cuanto aparco frente a su portal, me vuelvo hacia ella con una sonrisa.

—Ha sido una noche increíble —susurra—. Gracias por todo.

Se vuelve para abrir la puerta, pero la detengo antes de que pueda llegar al picaporte.

—¿Dónde vas tan deprisa? Aún no me has dado tu número de teléfono.

Extiendo la mano para arrebatarse el móvil, que sostiene desde que se montó en mi

coche, y hago una llamada perdida a mi teléfono.

—Te llamaré en mi próximo descanso, ¿de acuerdo?

—¿Es una promesa? —bromea.

—Es un hecho. Vamos, ven aquí y dame un beso de despedida.

Ella se acerca tímida, y une sus labios a los míos en un beso fugaz.

—¡Vamos, Corine! Eso no es un beso.

Consigo arrancarle una carcajada antes de tenerla sentada sobre mis muslos. Me quedo sin respiración, no me esperaba una jugada de ese calibre. Sus pechos se aprietan contra mi garganta, y me muero por agachar la cabeza y meterme uno de esos pezoncitos rosados en la boca.

—Buenas noches, Leo —dice un segundo antes de meterme la lengua en la boca.

El beso me deja mareado, desorientado... y cachondo perdido. Corine sale del coche y me quedo unos minutos allí, mirando el techo de mi coche, intentando recuperar la compostura. ¡Joder! Ha resultado ser una loba con piel de cordero... Todo un hallazgo que pienso disfrutar todo el tiempo que pueda.

Capítulo 2

Me despierto cerca del mediodía del día siguiente. Sonrío al recordar la noche anterior... con Corine. Fue una noche de sexo impresionante, he de reconocerlo. Desde que nos conocimos en aquel bar nos hemos visto unas cuantas veces... y cada una de ellas el sexo ha sido más intenso... y ocurrente. Parece que por fin he conseguido pasar página, mi conejita de Playboy ha pasado a mejor vida. Me desperezco en la cama y me levanto de un salto, dispuesto a dejar de pensar con la polla un rato. Hoy tengo mucho que hacer, que mañana vuelvo al trabajo.

Tras hacer la colada en la lavandería de la esquina, paso por el supermercado a comprar unas cuantas cosas. Estoy parado en la vitrina de los yogures cuando veo al final del pasillo una silueta de lo más familiar para mí, aunque la haya recorrido con mis manos una sola vez. Salgo a correr tras ella, pero cuando llego a la esquina, la he perdido de vista. Sonrío y sacudo la cabeza. Mi imaginación está jugándome una mala pasada, debe ser eso. A pesar de haber pasado varios meses desde aquel día, no consigo sacarla de mi cabeza. Mi conejita de Playboy podría vivir en la otra punta de la ciudad, ¿qué demonios iba a hacer aquí?

Vuelvo a casa distraído, pensando en ella, en cómo le irá la vida... en si habrá dejado a ese malnacido, cuando un exabrupto me hace levantar la cabeza.

—¡Maldita sea!

—¿Lola? —pregunto sorprendido al verla lidiar con la puerta del piso de enfrente—
¿Eres tú?

La sorpresa dibujada en su cara debe ser tan enorme como la mía, y deja caer las llaves al suelo sin apartar sus ojos de mí.

—Erik... —susurra.

—En realidad me llamo Leo. ¿Qué haces aquí? —pregunto confundido mientras recojo sus llaves.

—Ahora vivo aquí. Y yo me llamo Taylor.

Eso significa que ha dejado al imbécil de su marido. Trago saliva y dejo las bolsas a un lado para apoyarme en la pared, junto a ella.

—Así que lo hiciste —comento—. Dejaste a ese imbécil.

—Fue difícil recoger mis cosas, pero era lo correcto. Ya no podría volver a confiar en él, así que...

—Quizás podamos retomarlo donde lo dejamos... —ronroneo acercándome a ella, pero se aparta.

—No creo que sea buena idea, Leo. Acabo de salir de una relación, y necesito pasar tiempo conmigo misma. Lo siento.

—Quizás pueda convencerte...

La aprisiono contra la pared, pegando mi pecho al suyo y acariciando su oído con mi aliento.

—Me encantó follarte, nena... fue un polvo alucinante, y sé que tú sentiste lo mismo.

—Por favor, para —ruega sin demasiada convicción.

Paso mi lengua por el contorno de su oreja, y bajo hasta ese punto delicioso del cuello en donde late el pulso, para morderla suavemente con mis dientes. Ella deja escapar un gemido, pero aprieta las manos contra la fría superficie de la pared y se aparta de mí.

—¿Y tú qué haces aquí? —pregunta cambiando de tema.

—Vivo aquí —digo señalando mi puerta con la cabeza—. Ahora somos vecinos, una situación muy favorecedora, ¿no crees?

—Claro que sí, por lo menos sé a quién puedo pedirle una taza de azúcar si se me termina.

—Quizás pida algo a cambio por ese azúcar...

Ella suelta una sonora carcajada y hace sonar el timbre de su casa.

—Debo entrar, aún tengo mucho que hacer aquí.

—Si necesitas una mano, puedo ayudarte. —Resigo el contorno de su escote con el dedo índice—. Puedo ayudarte a deshacerte de toda esta ropa y conseguir que te relajes durante un buen rato...

—Ya te he dicho que no va a volver a pasar nada entre nosotros, Leo, así que no

insistas.

En ese momento se abre la puerta de su casa y aparece ante el umbral un tipo bastante alto, aunque no tanto como yo, con el pelo engominado hacia atrás y una cara de gilipollas que de buena gana rompería en este mismo instante.

—¿Dónde estabas? —pregunta ella con una ceja arqueada— Llevo un buen rato llamando. La llave no funciona.

—Tranquila, nena, estaba hablando por teléfono con un cliente.

—Claro... ahora se llaman clientes.

Me vuelvo para abrir la puerta de mi casa sin decir ni una palabra y entro dando un portazo. Dejo las bolsas encima de la encimera e inspiro hondo con los dientes apretados. ¿Por qué me dice que necesita estar sola si es evidente que no lo está? ¿Y de dónde ha salido ese gilipollas? Me dejo caer en el sofá e inspiro hondo. ¿Por qué demonios me afecta tanto? ¡Fue solo un polvo, por amor de Dios!

Cojo la bolsa del gimnasio y me dirijo a la puerta. Por suerte la parejita feliz ha desaparecido del mapa, o creo que terminaría dándole al engominado ese puñetazo que tengo atascado en la muñeca. Necesito pegarle a algo, y más vale que sea a un saco de boxeo o tendré serios problemas. Cuando llego al gimnasio de la central, Tisdale me mira con una ceja arqueada.

—¿Qué demonios haces aquí, Johnson? Deberías estar durmiendo.

—Necesito hacer ejercicio, capitán. Dentro de un rato me iré a casa.

—¿Ha ocurrido algo?

—Nada importante, solo un vecino que se merece ser mi saco de boxeo.

—No te quiero con ese carácter en el camión, ¿entendido? Más vale que cuando entres a trabajar esa mala leche se haya ido por donde ha llegado.

Una hora después, estoy cansado, cubierto de sudor y con la misma mala leche que cuando llegué, así que vuelvo a casa, me doy una ducha y me meto en la cama para conseguir dormir algo. Cuando llego a la estación esa noche, todos mis compañeros ya están allí. Suelto mi bolsa sin mucha ceremonia y me tumbo en mi camastro con los ojos cerrados, sin hacer caso al cachondeo que se traen con el pobre novato.

—¡Me duele la cabeza! —grito— ¡Bajad la puta voz!

—¿Qué cojones te pasa? —pregunta Nikky— ¿No te la has visto en estos dos días?

¿O es que tu amiguita te ha dado calabazas?

—Vete a la mierda, McCafrey. No estoy de humor para tus tonterías.

—Leo, te estás pasando —protesta Wess.

—En serio, tío, estás muy raro esta noche —comenta John.

—Tengo un vecino tocapelotas que no me ha dejado pegar ojo, ¿de acuerdo? —miento—. Necesito dormir algo antes de que nos llamen.

Mis compañeros asienten comprensivos ante la gran mentira, y cierro los ojos para poder descansar algo, porque no he podido dejar de pensar en Taylor. No sé por qué coño no puedo quitármela de la cabeza, y eso hace que me cabree conmigo mismo por gilipollas.

—¡Atención brigada ciento dieciocho! —Avisa Clarise, la operadora de la central— Código diez setenta y cinco en el ciento sesenta de Clinton St. Fuego de clase C.

Bajamos a toda prisa a las cocheras, y nos equipamos en un abrir y cerrar de ojos.

—Una bombona de butano ha estallado en una vivienda unifamiliar —nos informa el capitán—. El aviso venía de los vecinos, tres posibles víctimas. El fuego ha alcanzado la planta superior, hay riesgo de derrumbe.

—Entendido —contesto.

El camión vuela por las calles de Brooklyn hasta nuestro objetivo. Las llamaradas se ven a dos calles de distancia, señal de que no va a ser un incendio nada fácil.

—Bien, Stuart con Michaels en manguera —ordeno—. Los demás vamos para dentro. Usad las mascarillas, este no va a ser un fuego fácil.

Entramos en la vivienda y el calor de las llamas nos da una bofetada. Es insoportable, y el sudor cae por mi frente, pero no me detengo hasta llegar a las escaleras.

—Wess y McCafrey, id al piso de arriba. John, ven conmigo. Estad atentos, pueden ser más de tres víctimas.

Me adentro en la cocina seguido de John para buscar a la víctima más predecible. El fuego se extiende por las paredes hasta el techo, y lo aparto de nosotros con el extintor hasta encontrar debajo de la mesa a una persona calcinada. Por la complexión se trata de una mujer, aunque hasta que el forense no haga la autopsia no podremos saber nada más de ella.

—Emisora B a emisora A —informo al capitán—. Diez cuarenta y cinco código uno.

—Recibido —contesta Tisdale con voz cansada.

Cuando encontramos a una víctima muerta, solemos comunicarnos por códigos, como en este caso, por si hay algún familiar o amigo cerca. Es más sencillo manejar la situación sin personas histéricas intentando entrar en la vivienda.

—¡Mierda! —oigo gritar a Wess— ¡Blackdraft!

La sangre se congela en mis venas al oír a mi amigo. Corro hacia las escaleras, pero la fuerza de la explosión producida en el piso de arriba me hace caer hacia atrás.

—¡Wess! ¡McCafrey! ¡¿Estáis bien?! —grito desesperado intentando incorporarme — ¡Contestad, maldita sea!

Los segundos se me hacen eternos hasta que escucho la voz de mi amigo por el intercomunicador.

—¡McCafrey está herido!

Subimos a toda prisa por las escaleras y encuentro a mis compañeros en el pasillo. McCafrey tiene una viga de madera atravesada en la pierna y cara de dolor, y Wess intenta sin éxito liberarle. Tras observar detenidamente la herida, suspiro al comprobar que el hierro no ha tocado ninguna arteria importante.

—Muy bien, Wess... Vamos a tener que cortarlo. Nikky, te va a doler un huevo, lo siento.

Corro escaleras abajo para coger del camión una sierra y subo hasta donde se encuentran mis compañeros. Mientras Wess sostiene el trozo de madera, voy cortándolo despacio... demasiado despacio. Los minutos se me hacen eternos viendo la cara de dolor de mi amigo cada vez que el movimiento de la sierra se traspasa a su pierna, pero después de unos buenos cinco minutos he conseguido liberarle.

—Wess, ve con los demás a buscar a las demás víctimas —ordeno—. Yo le bajaré. ¡Emisora B a emisora A! ¡Necesitamos más hombres! ¡Código diez trece!

—No puedo andar, Leo, y esto está a punto de ceder.

—Vamos, Nikky, yo te ayudaré.

—Lárgate, capullo. Déjame solo.

—Si caes tú caigo yo, colega. Así que mueve ese culo e intenta ponerte de pie.

Consigo sacar a mi amigo de la vivienda, no sin esfuerzo, y le dejo en la ambulancia, que se lo lleva al hospital acompañado de nuestro capitán. Me acerco de nuevo para volver a entrar, pero veo a mis compañeros sacando en brazos a una niña.

—¿Y el tercero? —pregunto.

John niega con la cabeza, señal de que ha fallecido, y pone a la niña en manos de los paramédicos, que la llevan de inmediato al hospital. Ya tenemos otro camión de refuerzo, y en menos de una hora tenemos el fuego controlado.

—Ahora es mi turno, muchachos —dice James, el inspector de nuestra brigada—. Id a descansar.

Llegamos a la estación cansados y preocupados por Nikky. El agua caliente de la ducha arranca de mi piel el hollín y la suciedad, y me siento a tomarme un café bien cargado a la espera de noticias de mi amigo.

Una hora después, Tisdale vuelve a la estación.

—Nikky está bien, muchachos —informa con gesto cansado—. Tiene que guardar reposo una temporada, pero volverá con nosotros.

—¡Gracias a Dios! —suspiro aliviado.

—Mañana nos enviarán un bombero de otra brigada, pero esta noche tendremos que apañarnos sin él.

El resto de la guardia pasa en relativa calma. Un contenedor incinerado, un gato atrapado en un árbol y una puerta que se niega a abrirse. Llego a casa cansado, con ganas de meterme en la cama y no salir de ella hasta que tenga que volver a trabajar.

Las puertas del ascensor se abren y me encuentro con Taylor, que va mirando el móvil, distraída.

—Deberías mirar por dónde vas, Taylor —comento—. Podrías terminar espachurrada en la carretera.

Ella da un respingo, pero sonrío al verme.

—¡Hola! ¿Qué tal el trabajo?

—La verdad... esta ha sido una guardia de mierda. Uno de mis compañeros ha resultado herido, y han muerto dos personas en un incendio.

—Lo siento mucho —dice apretándome el brazo—. ¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo?

—Nada que un baño y una buena sesión de sueño reparador no pueda solucionar. —
Sonrío.

—¿Estás seguro?

—Bueno, si te estás ofreciendo para algo más...

—Leo, no seas imbécil.

—Vete, me las apañaré sin mi vecina por unas horas.

Ella sonrío y se aleja por el portal, y yo me apoyo en el ascensor con un suspiro. Si en este mismo instante me hubiese propuesto echar un polvo, habría declinado la invitación. Estoy tan cansado que apenas puedo permanecer con los ojos abiertos. Me desnudo de camino a mi habitación y me dejo caer en la cama, donde el sueño no tarda en llegar.

Capítulo 3

Me despierto algo desorientado al día siguiente. Son las tres de la tarde, y aún debería dormir un poco más, pero el sueño brilla por su ausencia, así que me levanto de la cama y me doy una ducha caliente. Me sirvo un café bien cargado y me siento a ver las noticias, pero un golpe en la puerta me sorprende. Cuando voy a abrir, veo a Taylor parada en el umbral con un plato cubierto con papel de aluminio.

—¿Taylor? ¿Ocurre algo? —pregunto extrañado.

—No, claro que no. Es solo que... pensé que tendrías hambre.

Destapa el plato para descubrir un asado acompañado de patatas y guisantes.

—Anoche estabas tan cansado que pensé que no tendrías ganas de cocinar hoy —continúa un poco avergonzada.

—Pues la verdad es que no. —Sonrío—. ¿Quieres pasar?

—Gracias, pero tengo aún mucho que hacer.

—Debería agradecerte como es debido el detalle, Taylor.

—No empieces con tus juegucitos de seducción, o te juro por Dios que te estampo el plato en la cara.

—Me refería a invitarte a un café —miento—. Pero si estás ocupada...

—Aún tengo muchas cajas que desembalar.

—De acuerdo. Gracias por el asado, vecina.

—De nada.

Veo cómo se aleja hasta su casa, y mi mirada cae inconscientemente hasta toparse con el balanceo de sus caderas. Se me hace la boca agua solo con eso, y cierro la puerta antes de cometer una estupidez.

El asado está realmente bueno, y doy buena cuenta de él antes de meterme de nuevo en la cama. El primer día de descanso tras una guardia suele ser siempre así: comer y dormir. Me despierto algo más espabilado un par de horas después, y decido quedar con

Corine esa noche. Prometí llamarla, y a fin de cuentas Taylor no va a ser mía por más que quiera, así que bien puedo tener una buena sesión de sexo con alguien que sí está dispuesta a ello.

La voz ronroneante de la mujer contesta al tercer aviso.

—¡Vaya! Creí que no me volverías a llamar esta semana.

—Y no iba a hacerlo, pero tengo ganas de verte. ¿Cómo estás?

—Pues estaba a punto de darme una ducha. ¿Me acompañas?

Sonríó ante la invitación. Debería ir, debería follármela contra las baldosas mojadas de la ducha, pero aún tengo cosas que hacer antes de poder dedicarme al placer.

—Me encantaría, preciosa, pero aun tengo cosas por hacer. Te invito a cenar esta noche. Hay un restaurante cerca de mi casa en el que se come bastante bien, y después podríamos trasladar la fiesta a mi dormitorio. ¿Qué te parece?

—Una idea estupenda.

—Muy bien, pues te recojo a las ocho.

—Te estaré esperando impaciente.

Recojo un poco mi casa y voy al supermercado. No vamos a cenar en casa, pero si vamos a pasar la noche juntos debería tener algo más para desayunar que los cereales rancios que me acompañan cada mañana, así que compro algunas cosas y me doy una ducha para ir a ver a mi cita.

Cuando llego a su casa, ella ya me está esperando en la acera, con un sencillo vestido rosa de manga larga que deja gran parte de sus piernas al descubierto. No es tan guapa como Taylor, ni por asomo, pero tiene un cuerpo digno de adorar, y la verdad es que la chica es un encanto de mujer.

Me bajo del coche y me acerco a besarla, pero ella se aparta en cuanto mis labios rozan los suyos.

—¿Qué ocurre? —pregunto extrañado.

—Demasiados vecinos chismosos. Me siento un poco incómoda haciendo esto aquí.

No digo nada, aunque la verdad es que no entiendo por qué le importa tanto lo que opinen los vecinos, y le abro la puerta para que se acomode en el asiento del copiloto. Llegamos a mi barrio unos diez minutos después, y meto el coche en el garaje antes de ir

al restaurante.

—¿No íbamos a cenar fuera? —pregunta cuando me ve abrir la puerta.

—Sí, pero el restaurante está a unos pasos de aquí. Claro que si quieres podemos pedir algo para comer arriba y dejamos el restaurante para otro día...

—Bueno... si insistes... —bromea.

Suelto una carcajada y la aprisiono contra el vehículo para besarla a conciencia. Mi libido se está disparando, y no sé si podré esperar a tenerla en casa. La arrastro al restaurante y me guardo las ganas para después. La cena se me hace eterna. Aunque la comida está deliciosa, mi polla necesita enterrarse ya en ella, y el roce de la cremallera de los vaqueros me está haciendo un flaco favor. No puedo evitar moverme para aliviar un poco la presión, y ella me mira interrogante, pero no dice nada.

Cuando llegamos al portal, Corine me sorprende lanzándose a mis brazos y hundiendo la lengua en mi boca. Su arranque de lujuria consigue que mi miembro corcovee, deseando estar más cerca. Respondo al beso encantado, y atraigo su cuerpo hacia el mío agarrándola del culo.

—Así que la gatita quiere fiesta, ¿eh? —ronroneo.

—Fóllame, Leo...

La aprisiono contra la pared y subo la mano por su pierna hasta encontrarme con su sexo desnudo, y gimo al comprobar que está muy... muy mojada.

—Dios, nena... esto está que arde.

Introduzco un dedo entre sus pliegues calientes, y recorro su abertura una y otra vez. Ella gime en mi boca, se retuerce entre mis brazos, y enreda una pierna a mi cintura para dejarme mejor acceso. Continúo con mi exploración, rozando apenas su clítoris hinchado, e introduzco un dedo poco a poco en su interior.

—¡Joder, Leo!

Alargo mi asalto todo lo que puedo, metiendo y sacando mi dedo en ella, introduciendo otro más, bebiéndome sus gritos de placer. Estoy en llamas... no puedo esperar más. Con la mano que tengo libre desabrocho mis pantalones y dejo mi miembro en libertad. Me coloco un preservativo a toda prisa y me clavo en ella hasta el fondo, cerrando los ojos ante la descarga de placer.

—Sí... justo así —susurro un segundo antes de comenzar a moverme.

Paso el brazo por debajo de su muslo y me agarro a uno de los barrotes de la escalera. Comienzo a moverme deprisa, envistiendo una y otra vez. Siento sus manos en mi espalda, su piel me quema, y sus gemidos llenan el portal acompañados del olor a sexo. A estas horas es muy difícil que alguien entre o salga del edificio, pero la expectativa de ser pillados me excita aún más. Lo reconozco, soy algo exhibicionista a veces, pero cuando escucho la campanilla del ascensor pararse en la planta baja intento recomponernos para que no se note lo que estamos haciendo y beso a Corine.

—Buenas noches, vecino.

Me quedo helado en el sitio al escuchar la voz de Taylor. ¡Joder! ¿Por qué tenía que ser precisamente ella? Me vuelvo con una sonrisa socarrona en mis labios, más falsa que el collar de perlas que lleva mi acompañante, para encontrarme con Taylor colgada del brazo del tío del otro día.

—Buenas noches, vecina —contesto.

No puedo evitar ver la sorpresa, la vergüenza y algo que bien puede ser decepción dibujados en la cara de Taylor, y una carcajada escapa de mis labios sin poder evitarlo. Cuando la puerta se cierra a sus espaldas, me vuelvo hacia Corine, que ha enterrado la cara en mi hombro muerta de vergüenza.

—Tu vecina se ha dado cuenta.

—Eso parece. ¿Qué tal si subimos a mi piso? Ya hemos tenido suficiente público por hoy.

Ella asiente, y tras ponerme la ropa en condiciones, subimos a mi casa a terminar lo que hemos empezado. Nada más cerrar la puerta, me acerco a ella para besarla. Corine no se hace de rogar, y pega su cuerpo al mío para devolverme el beso, hundiendo su lengua en mi boca y desabrochando los botones de mi camisa.

—¿Tienes prisa? —ronroneo.

—Bastante... no me gusta quedarme a medias.

—Pobre Corine... le han cortado el rollo. ¿Qué te parece si te recompensó por ello?

Pego mi boca a su cuello y lo recorro con besos suaves, mordiscos delicados, mientras mis manos se deshacen del vestidito que cubre sus curvas. Tampoco lleva sujetador, lo que me da plena libertad para acariciar sus pechos a mi antojo, sopesándolos un segundo para pellizcar sus pezones un segundo después. Corine se retuerce entre mis brazos para deshacerse de mi ropa, y restriega su sexo contra mi erección buscando el

contacto con su clítoris, pero aún no voy a dejar que se corra, no tan pronto.

La llevo a la cama a trompicones, clavándome el pomo de la puerta en la espalda en el proceso y cayéndonos de bruces sobre la alfombra. La risa burbujea en mi garganta, y las ganas de follármela toman el control cuando veo sus ojos brillar. Me encanta que una mujer disfrute entre mis brazos, es más satisfactorio así. Alargo la mano hacia la mesilla y saco otro preservativo que abro con los dientes.

—¿Repetimos?

Entro en ella sin esperar respuesta, y comienzo a moverme despacio, apoyándome en los codos para ver su cara. El placer hace estragos en su cuerpo, que se retuerce bajo el mío para salirme al encuentro en cada investida. Sus uñas se clavan en mi espalda, sus talones se anclan en mis muslos y cierra los ojos para saborear el momento.

Pero quiero más, necesito más que eso, y salgo de ella para bajar poco a poco por su cuerpo hasta dejar caer mi aliento sobre su sexo.

—Mmm... el postre —susurro antes de hundir mi lengua en ella.

Recorro sus pliegues una y otra vez, saboreándolos, bebiéndome el calor de su excitación. Su sabor ácido inunda mis papilas, y mi nariz roza suavemente su clítoris cada vez que hundo la lengua en su canal. Está a punto de correrse, sus muslos se convulsionan y su estómago se encoge a la espera de la descarga, pero detengo en seco mis caricias y me tumbo junto a ella.

—Cabrón —dice con una sonrisa.

—Lo sé.

Ella se pone a cuatro patas sobre la alfombra, mirándome traviesa por encima del hombro. Acaricio su culo suavemente para terminar dándole una nalgada que resuena por la habitación.

—Eres demasiado traviesa para mi bien.

—Vamos, Leo... fóllame.

No sé si es el ronroneo en su voz, o el movimiento de su culo, pero el animal que llevo dentro sale a jugar. Aprieto sus nalgas mientras me entierro en ella hasta el fondo, y comienzo a moverme de forma desenfadada. Se acabó la espera, la suavidad y las tonterías. Mi pelvis choca contra su piel una y otra vez mientras mi polla se entierra hasta el fondo de su sexo, mis dedos aprietan la carne de su culo y mis muslos impactan contra

los suyos una y otra vez.

Sus gemidos se han convertido en gritos de placer, palabras ininteligibles escapan de sus labios, y el placer va creciendo hasta que sus músculos vaginales se contraen en su orgasmo. La presión es intensa, mi espina dorsal se queda rígida, mi polla corcovea, y el orgasmo me arrasa, dejándome laxo sobre la espalda de mi acompañante.

—Necesito una ducha —susurra ella.

—La segunda puerta del pasillo a la derecha.

Me despierta el roce de su mano en mi espalda. Me he quedado dormido sobre la alfombra, y sonrío al ver mi camiseta del cuerpo de bomberos cubriendo la piel de mi cita de esta noche.

—Te queda bien —susurro.

—Debo irme, es tarde.

—Quédate.

Ella me mira un momento, suspira y se sienta con las piernas cruzadas a mi lado.

—No creo que sea buena idea. Si me quedo, aumentará la intimidad entre nosotros, y eso dará paso a los sentimientos. No quiero enamorarme de ti, no con el trabajo tan peligroso que tienes.

—¿Quién ha hablado de amor? Me gustas y yo te gusto a ti. Podemos tener sexo consentido, ser follamigos, como se dice ahora. No tengo tiempo para enamorarme, y podemos poner límites entre nosotros. ¿Serás capaz de eso?

—Sí, creo que sí. Por eso debo irme. Ese es uno de los límites que quiero poner. Nada de dormir juntos.

—Corine, estoy destrozado, no me veo con fuerzas de conducir. Quédate y te llevo mañana a primera hora a casa, te lo prometo. Puedes dormir en otra habitación si vas a sentirte más cómoda.

—Leo, soy perfectamente capaz de coger un taxi. No soy una niña, ¿sabes?

—Muy bien, como quieras.

Me pongo el pantalón y la camisa sin abrochar mientras veo a Corine vestirse. Ha sacado unas bragas de su bolso, cosa que me asombra porque no creo que coja ni un bolígrafo en él, y se ha convertido de nuevo en una mujer despampanante. Tras llamar al

taxi, la acompaño a la puerta y le doy un suave beso en los labios.

—Hasta la próxima, preciosa.

—Adiós, bombón.

Veo cómo se aleja por la escalera, y cuando vuelvo la vista para entrar en casa veo a Taylor apoyada en el quicio de su puerta, con un pijama de corazoncitos y unas zapatillas de conejos. Nada en el mundo me ha parecido más sexy. Trago saliva antes de colocarme la máscara de indiferencia e imito su postura.

—¿Qué haces despierta tan tarde?

—No podía dormir, mi vecino hacía demasiado ruido.

—Lo siento, pensé que no estabas en casa.

—Veo que tu acompañante no se queda.

—Es parte de nuestro trato. Nada de dormir juntos.

—Así que vuestro trato... Interesante.

—Tenemos sexo y los sentimientos no interfieren. Es muy cómodo.

—¿Para ella o para ti?

—Para ambos. Ella no quiere enamorarse y la verdad es que yo tampoco. Es un buen acuerdo. ¿Dónde está tu amigo?

—Ha ido a casa a descansar. Mañana empieza su nuevo trabajo.

—Bueno, me voy a la cama —contesto—. Estoy agotado.

—No me extraña... menudo maratón.

—Bueno... soy un hombre activo sexualmente... No puedo evitarlo.

—Ya veo, ya.

—¿Celosa? —pregunto con una sonrisa socarrona.

—¿Yo? Para nada.

—¿Segura? Yo creo que sí lo estás. —Me acerco lentamente a ella—. Nos has visto follar en el rellano y has recordado lo bien que lo hago, ¿verdad?

—¡No digas estupideces! —El color de sus mejillas desmiente sus palabras.

—Ya lo creo que te has acordado. —Enredo un mechón de su sedoso cabello en mi

dedo—. Has recordado lo increíble que fue, y te da coraje que ahora sea otra la que se lo lleve. Pero ya sabes que puedes tenerlo cuando quieras... Solo tienes que dejarte llevar.

—Estás desvariando.

Su determinación se tambalea, puedo sentirlo, puedo oler su excitación desde aquí.

—Te mueres de ganas por volver a probarme, ¿no es cierto, conejita? —Acaricio su pezón por encima de la camiseta— Te mueres porque te empotre contra la pared como he hecho antes con ella.

—Cállate.

Aprieto suavemente la mano contra su sexo para introducir su pantalón entre sus dulces labios. La humedad traspasa la tela y empapa mis dedos, y no puedo evitar lamerlos con una mirada lasciva.

—Niégalo todo lo que quieras, preciosa, pero tu cuerpo te delata. Estás tan mojada que tus jugos han traspasado la tela, y eres tan cabezota que no eres capaz de reconocerlo y dejarte llevar. Tú misma, pero si tardas demasiado en decidirte puede que sea yo quien no esté interesado.

Sin más, cierro la puerta dejándola con un palmo de narices. Ahí lo llevas, preciosa, poco a poco vas a saber lo que te has perdido. Me doy una ducha y me meto entre las sábanas, pero no puedo conciliar el sueño, pensando en la mujer que posiblemente duerme al otro lado de la pared de mi habitación.

Capítulo 4

Cuando llego a la estación, el capitán no me deja ni soltar mis cosas en la taquilla.

—Johnson, a mi despacho.

Su tono de voz solo puede significar una cosa: problemas.

—¿Qué ocurre, señor?

—Stuart nos ha dejado.

—¿Ha abandonado tan pronto? No le creí por un cobarde.

—Ha pedido el traslado a otra unidad. Dice que necesita estar más cerca de su madre por su enfermedad.

—No tenía ni idea.

—Al parecer le han diagnosticado cáncer, y la pobre mujer pasará mucho tiempo en el hospital. Ya ha llegado su sustituto, pero el alcalde no piensa mandar a nadie más. Somos uno menos hasta que vuelva Nikky, así que debéis tener más cuidado de lo normal.

—De acuerdo, señor. Los pondré a entrenar ahora mismo.

Cuando llego al comedor, me quedo de piedra. El nuevo bombero no es otro que el amigo engominado de Taylor, que se acerca a mí con una sonrisa y masticando chicle como un colegial.

—Buenos días, señor —dice estrechándome la mano—. Soy Mathew Collins, el nuevo.

—Leo Johnson, tu superior a partir de ahora —contesto con desgana—. Ellos son tus nuevos compañeros, que aún no saben nada de todo esto. Vamos y te los presento.

—Creo que le conozco de algo —añade.

—Soy el vecino de Taylor.

—¡Ah, sí! El seductor del portal —bromea—. Taylor casi se muere de la vergüenza. Estuve riéndome de ella durante horas.

Ignoro sus palabras y nos acercamos al resto de bomberos, que miran al novato por el rabillo del ojo.

—¿Y este quién es? —pregunta Wess.

—Stuart ha desertado, así que nos han mandado a Collins para sustituirle — contesto.

—¿No es el sustituto de Nikky? —pregunta Michaels.

—No van a mandar a nadie para sustituir a Nikky, así que necesito que seáis mucho más precavidos de lo normal. Poneos a entrenar. Michaels, llévate a Collins, muéstrale cómo entrenamos y que vaya cogiendo el ritmo.

En cuanto mis chicos abandonan la sala, me acerco a servirme una taza de café, y John se apoya en la encimera, a mi lado.

—¿Qué? —pregunto.

—Estoy esperando a que me cuentes por qué estás de un humor de perros.

Suspiro antes de sentarme en una silla frente a él.

—¿Recuerdas al vecino tocapelotas del que os hablé el otro día?

—El que no te dejó dormir, sí. ¿Qué pasa con él?

—Que ha pasado a ser el novato.

John suelta una carcajada que reverbera por toda la estación. Se agarra el estómago, sin poder parar de reír, y termino dándole una patada en las espinillas para hacerle callar.

—No le veo la gracia, capullo —protesto.

—¿En serio? ¿Collins es el vecino tocapelotas?

—Bueno más o menos.

—¿Cómo que más o menos? Lo es o no lo es, no es tan difícil.

—¿Te acuerdas de la chica con la que follé la noche de carnaval?

—¿Esa que no podías sacarte de la cabeza? ¿Qué tiene que ver ella con todo esto?

—Ella es mi vecina. Se divorció del capullo de su marido y se ha venido a vivir al piso de enfrente.

—No jodas...

—Qué más quisiera... Y Collins es su nuevo amiguito.

—¿¿En serio??

—Y tan en serio. Cuando la vi le pedí retomararlo donde lo habíamos dejado, y ella me dijo que necesitaba estar sola. Estoy intentando provocarla, hacerla cambiar de opinión, pero Collins está allí metido a todas horas, no se despega de ella ni con aceite hirviendo.

—¿Pero no estás con Corine?

—Corine es solo una aventura, ya lo sabes. Sexo sin calentarnos la cabeza. Pero no sé por qué no puedo sacarme a Taylor de la mente... Me tiene obsesionado.

—Yo te diré por qué no puedes: porque es un trofeo que no has podido conseguir. No estás acostumbrado a que una mujer te rechace, y te ha tocado la moral. Supéralo, tío, porque por más que te joda su nuevo amiguito, como tú lo llamas, trabaja ahora con nosotros, y tenemos que ser un equipo más que nunca ahora que somos uno menos.

Dicho esto, mi amigo baja a entrenar, y me deja dándole vueltas a sus palabras. Si fuese una puta obsesión, ya me la habría conseguido quitar de la cabeza. ¡Hace meses de eso, joder! Pero por otra parte, es cierto que ninguna mujer se ha resistido a acostarse conmigo, y puede que en mi fuero interno esté dolido por ello.

Apuro mi café con un suspiro y bajo a entrenar yo también, aparcando a Taylor en mis pensamientos hasta que salga del trabajo. Vuelvo a casa a las seis de la mañana, cansado y lleno de ceniza. Hemos tenido un incendio a última hora, y prefiero ducharme en casa que ver a los del siguiente turno. No es que seamos competitivos, o que nos creamos la mejor brigada del parque, pero Reese y su panda de gilipollas disfrutaban sacándonos de nuestras casillas.

Tras darme una ducha, me dejo caer en la cama, pero un golpe en la puerta me hace gruñir.

—¡Joder!

Me acerco a abrir de un humor de perros, sin pararme siquiera a ponerme unos bóxers, y abro la puerta de par en par para encontrarme de frente con mi dichosa vecinita, que va tomando poco a poco un color carmesí de lo más cómico.

—Esto... Creo que es mejor que vuelva en otro momento —dice avergonzada.

—Estaba a punto de acostarme, acabo de llegar de trabajar, y te aseguro que si

vienes más tarde no pienso abrirte la puerta.

—¿Puedes al menos taparte? Esto está siendo de lo más incómodo.

—Al fin y al cabo, no es que sea algo nuevo, ¿verdad? Ya la has visto antes, así que...

—No tienes por qué ser tan borde, ¿sabes? Yo no tengo la culpa de que haya sido un mal día.

—Tienes razón, pero ya que estoy desnudo, podríamos aprovechar y...

—Mejor me voy.

Ella se da la vuelta para marcharse, pero la retengo del brazo antes de acercarme a mi dormitorio para ponerme un pantalón de deporte.

—¿Mejor así? —digo con sorna.

—Gracias.

—¿Qué ocurre?

—Venía para preguntarte si querías venir a cenar a casa esta noche. Ya he terminado la mudanza, y voy a hacer una pequeña cena de inauguración. No vendrá demasiada gente, pero me gustaría que estuvieras allí. Claro que con un poco más de ropa...

Sonrío inconscientemente y me apoyo en el quicio de la puerta.

—Si te soy sincero, no sé si saldré del coma a tiempo. El día después de una guardia no soy persona, Taylor. Terminé destrozado y necesito descansar, pero intentaré estar allí.

—Puedes traer a tu amiga, si quieres. Será sobre las ocho.

—No te aseguro nada, ¿de acuerdo?

—Muy bien. Te dejo descansar.

La observo entrar en su casa con los hombros caídos, claramente decepcionada, pero no le he dicho nada más que la verdad. Vuelvo a mi habitación y me meto de nuevo en la cama, no sin antes de poner la alarma a las siete, y me quedo dormido en el acto. Cuando abro los ojos ya es de noche, y compruebo que son las nueve. Ni siquiera he escuchado el despertador, que yace bajo la mesita de noche víctima de algún porrazo, así que me visto a toda prisa y me acerco a casa de Taylor.

Está preciosa esta noche, con un vestido vaquero y unas sandalias de tacón. Sonríe al verme en el umbral con cara de disculpa.

—Espero llegar para el postre —comento—. Mi pobre despertador ha terminado muerto cuando ha intentado despertarme a las siete.

—Me alegro de que hayas venido —dice apartándose de la puerta—. Pasa.

Tras presentarme a sus amigos, me ofrece una copa de vino.

—Aún queda algo para cenar, si quieres —dice con una ceja arqueada.

—Tranquila, cenaré después. No creo que sea correcto que me ponga a comer a deshora.

—No seas tonto, acompáñame a la cocina. Puedes comer mientras sirvo la tarta.

La sigo por el pasillo hasta una pequeña cocina rústica. Me siento en la barra americana, frente a ella, que me coloca delante un plato con diferentes canapés.

—Pensaba llevártelo por la mañana —dice con una sonrisa—, pero ya que estás aquí...

—Gracias, la verdad es que estoy famélico.

Doy buena cuenta de mi plato, observándola moverse por la cocina, y por mi mente pasan ideas absurdas de una feliz vida en común. Sacudo la cabeza para descartarlas. Prefiero empezar con una buena noche de sexo, pero para ello necesito que ella esté receptiva, y creo que me va a costar más de lo que me imaginaba.

—No he visto al chico que te acompañaba el otro día —comento de pasada.

—¿Mathew? No ha podido venir, tiene un jefe que es un negrero y ha terminado destrozado.

Sonrío ante el reproche de su voz, pero sigo comiendo.

—Es el novato, tiene que aprender.

—No seas demasiado duro con él, Leo. No quiero que te lo cargues la primera semana.

—¿Crees que soy duro? —pregunto riendo— Solo ha sido un día de entrenamiento como otro cualquiera, pero necesito que todos mis chicos estén al cien por cien. Tengo un hombre menos en la compañía y debemos estar preparados por si se nos viene encima algo grande, y te aseguro que el entrenamiento de la academia no nos prepara para ello.

—Tendré que creerte.

—No le protejas tanto, ya es mayorcito.

—Pero tengo la oportunidad de sobornar a su jefe, así que...

—¿Con qué piensas sobornarme, con comida?

—Reconoce que te gusta como cocino.

—Es cierto, cocinas muy bien. Pero desde luego no es un aliciente nada atractivo para ser benevolente con Collins.

Ella me mira interrogante, esperando que continúe, pero vuelvo la mirada hacia mi plato y sigo comiendo.

—¿Y cuál sería ese aliciente?

—¿En serio no lo sabes?

Me levanto de mi asiento y la aprisiono contra la encimera. Ella se agarra al mueble con fuerza, como si quisiera evitar enredar las manos en mi cuello, y me mira con los ojos llenos de pasión... y algo más profundo, que no consigo descifrar.

—Eres demasiado lista, Taylor, y si has tenido que preguntarlo es por una única razón. Te gusta que te provoque, ¿verdad, preciosa? Te encanta que te aprisione contra la pared, o contra un mueble, y haga que tu sexo se humedezca.

—No sigas, por favor.

—Lo estás pidiendo a gritos, cariño. —Paseo mis labios por su cuello—. Te niegas a ti misma lo que estás deseando desde que volvimos a vernos, y eso te está matando tanto como a mí.

—Eso no es verdad.

—¿No? ¿Y por qué tus ojos están ardiendo de deseo? ¿Y por qué tus pezones despuntan a través de la tela del vestido?

—Tengo frío. Y no te deseo.

—¿Estás segura de eso?

Uno mis labios a los suyos de una vez por todas, y dejo que la pasión tome el control de la situación. Sus dedos se tornan blancos por la fuerza con que se agarra a la encimera, pero arquea la espalda para pegar su cuerpo al mío. Solo un poco más...

—Taylor, ¿necesitas... Lo siento.

Maldigo al oír la voz desde la puerta, pero el momento ha pasado. Taylor se aparta como accionada por un resorte y huye hacia el otro lado de la cocina, y es entonces

cuando logro descifrar el otro sentimiento reflejado en sus ojos: vulnerabilidad.

—¿Quieres un trozo de tarta? —pregunta como si no hubiera pasado nada.

—No, creo que debería irme.

—Pero si acabas de llegar...

La desilusión en su voz hace que me duela el pecho por dejarla, pero ahora que sé que se siente vulnerable tengo que ir mucho más despacio con ella. No puedo presionarla demasiado, o se romperá y huirá de mí tan lejos como pueda.

—Otro día me invitas a cenar, ¿de acuerdo? El día no ha sido duro solo para Matthew, yo también estoy muerto.

Tras ponerme un trozo de tarta en un plato, me acompaña a la puerta y espera a que abra la mía con una sonrisa en los labios.

—Gracias por venir de todas formas, vecino —susurra.

—Gracias a ti por invitarme.

Meto la tarta en la nevera y vuelvo a mi habitación, donde me dejo caer sobre la cama de nuevo, pero el sueño brilla por su ausencia. ¿Cómo he podido estar tan ciego? Después de la infidelidad de su marido, Taylor se siente insegura, y lo único que he conseguido con mi insistencia es alejarla más de mí.

¿Y qué cojones pinta Collins en su vida? Quizás es alguien con quien se siente cómoda y segura, quizás piensa que no va a engañarla, o quizás es solo su amigo gay, el único hombre que no puede traicionarla. De pronto siento la imperiosa necesidad de hacerla sentirse segura conmigo, de conseguir que confíe en mí lo suficiente para dejarse llevar y ver hacia dónde puede llevarnos esta atracción desesperada que hay entre nosotros. Debo ser más sutil en mi seducción, no lanzarme a su yugular a bocajarro esperando que reaccione. Se cazan más moscas con miel que con vinagre, y a partir de ahora voy a ser de lo más dulce para ella.

Capítulo 5

A la mañana siguiente me despierto con ganas de hacer algo diferente. Estoy cansado de que mi vida se limite al trabajo, así que preparo las cosas para irme a la playa a pasar el día pescando. Cuando casi lo tengo todo listo, suena el timbre de la puerta. Es Taylor de nuevo.

—Buenos días vecina —digo con una sonrisa.

—Uy, parece que hoy te has levantado de buen humor.

—He dormido bien.

—¿Vas a salir? —pregunta al ver la mochila en el suelo del recibidor—. Venía a invitarte a comer.

—Me voy a pescar. Tengo ganas de salir al aire libre.

—Qué suerte la tuya. Ojalá yo pudiese escaparme.

—Solo tienes que ponerte el bañador —contesto sin pensar—. Te doy diez minutos.

—No... —exclama asombrada— ¿En serio me llevas?

—Si quieres venirte, por mí no hay problema. No me importa tener algo de compañía. Mientras no espantes a los peces...

—¡Te lo prometo! —Su excitación me arranca una sonrisa—. No tardo.

—Voy a ir metiendo esto en el coche. Te espero abajo.

Diez minutos después, como un reloj, mi vecina sale por la puerta con unos shorts y una camiseta de tirantes. Arqueo una ceja ante el enorme sombrero de paja que se ha colocado sobre la cabeza, pero ella solo se encoje de hombros y la suelta en el asiento de atrás.

—No quiero quemarme la cara —aclara—. No se te ocurra reírte.

—Ni loco que estuviera. ¿Nos vamos?

Media hora después, llegamos a *Coney Island*. La playa no está demasiado llena en

estas fechas, así que puedo pescar tranquilamente cerca de las rocas. El viaje ha sido divertido, Taylor ha venido cantando a pleno pulmón mientras me reía de su nulo oído musical. La observo abrir la hamaca, extender sobre ella una toalla y dejar el sombrero en el suelo. Mi corazón va a mil por hora esperando el momento en el que se deshará de la ropa, y su cuerpo quedará cubierto por un minúsculo biquini, así que me centro en abrir la sombrilla y preparar mi puesto de operaciones.

—Ven que te eche un poco de crema —dice entonces Taylor.

—Ni hablar. Eso es asquerosamente pegajoso. Paso.

—No seas crío, Leo. Te vas a quemar.

—Soy bombero, sé tratar quemaduras si se diera el caso. Además, voy a estar bajo la sombrilla.

—Al menos deja que te ponga un poco en la cara.

Suspiro y levanto la cara para darle el capricho, y ella se sitúa entre mis piernas con el bote de protección solar en la mano.

—No sabes lo que hacer para ponerme las manos encima, ¿verdad? —bromeo.

—Tonto.

Sonrío al ver su sonrisa, y cierro los ojos al darme cuenta de que sus pechos quedan a la altura de mi boca, y que solo tengo que empujarla un poco por el culo para saborearlos a mi antojo.

—Ya está —susurra—. ¿Puedes ponerme un poco en la espalda, por favor?

Trago saliva antes de comenzar mi tarea. Su cuello me tienta, es un fruto prohibido que me muero por saborear, lanzarme a su yugular y volverla loca de deseo, pero me limito a pasar mis manos por su espalda, una y otra vez, hasta que su piel ha absorbido la crema por completo. Siento su respiración acelerarse, su pulso late tan desbocado como el mío, pero no hace ni un solo movimiento. Cuando termino por fin esta dulce tortura, le paso el bote de crema.

—¿Contenta? —ronroneo.

—Mucho. Me gusta que seas obediente.

Resoplo ante tal gilipollez. Si mi madre la escuchara se reiría a carcajadas, pero me vuelvo hacia la caña de pescar y, tras ponerle en cebo, la lanzo al mar y la clavo en la arena. Saco de la mochila el termo de café, y un par de vasos de plástico, y le paso uno a

ella.

—Y dime, ¿qué tal la fiesta? —pregunto como si tal cosa.

—Pues la verdad es que muy bien. Pasé un rato muy agradable con mis amigos, hacía tiempo que no les veía.

—Somos vecinos desde hace semanas, pero no sé nada de ti.

—Trabajaba en un hospital, pero me despidieron. Cuando me estaba divorciando Joshua me hizo un par de escenas delante de mis superiores y terminé pagando las consecuencias.

—Qué cabrón...

—Ahora busco trabajo por la zona. Espero que pronto me salga algo, porque los ahorros se terminarán pronto y no sé dónde voy a vivir.

—Siempre te queda irte a vivir con Mathew.

—No, ni loca que estuviera. Prefiero vivir sola.

Pasamos gran parte de la mañana en un cómodo silencio, yo enfrascado en la pesca y ella leyendo un libro y tomando el sol. A la hora de comer nos acercamos a un pequeño restaurante en el muelle, y nos sentamos en la terraza que da al mar.

—Mmm... qué bien se está aquí —susurra con los ojos cerrados—. Necesitaba escapar de la rutina.

—¿Tan agobiada estás?

—No es eso... Mis padres me llaman a todas horas para ver si estoy bien. Mi hermano me vigila como si fuese una niña pequeña. Mis amigas creen que soy una frágil muñeca de porcelana a punto de romperse.

—Entiendo.

—Necesito que dejen de preocuparse por mí, que me dejen respirar. Ya soy mayorcita, ¿sabes?

—¿En serio? No me había dado cuenta —bromeo.

—Eres la única persona con la que ahora mismo puedo hablar tranquilamente de lo que ocurrió sin preocuparme de parecer frágil.

—No creo que lo seas. Pienso que eres muy valiente.

—Ojalá todo el mundo pensara como tú.

Un suspiro escapa de sus labios, y alargo inconscientemente la mano para sostener la suya. Ella me mira con esos ojos hipnotizadores, con esa sonrisa tan deseable... y tengo que cambiar de postura para que mi erección no sea demasiado visible.

Volvemos a casa temprano. Tengo que preparar las cosas para mañana, y tengo que dormir bastante antes de mi turno. Taylor me ayuda a subir las cosas a mi piso, y tropieza con la caña de pescar, que he dejado apoyada junto a la puerta, para terminar cayendo sobre mí, que pierdo el equilibrio y hago que terminemos los dos en el suelo. El golpe me deja sin aliento, pero soy terriblemente consciente de sus pechos aplastados contra mi pecho y su pelvis perfectamente encajada entre mis piernas. Sus labios están tan cerca de los míos que puedo beberme su aliento, y sin pensarlo uno mi boca a la suya. Al principio ella se queda quieta, sorprendida, pero tras un gemido quedo responde al beso, hundiendo su lengua en mi boca como la otra vez, enredando sus brazos en mi cuello.

Mi polla cobra vida de repente, y amenaza con escapar del pantalón de deporte, pero ella se separa de mí avergonzada y se vuelve para recoger el desastre que hemos montado.

—Lo siento —susurra—. No debí hacer eso.

Continúa sin mirarme, esconde la cara tras su enorme sombrero, e intenta escapar de mi apartamento a toda prisa.

—Taylor, vamos, mírame. —Ella obedece—. No tienes que pedir perdón, ¿de acuerdo? Ha sido solo un beso.

—Lo sé, pero...

—No has hecho nada malo. Es evidente la atracción sexual que hay entre nosotros, la hay desde carnaval. No ha pasado nada que tengas que lamentar.

—Gracias.

Sin más, sale por la puerta cerrando con suavidad, y yo permanezco sentado en el suelo, intentando recuperar la compostura. El día de playa me va a salir caro, tengo una erección de mil demonios y la causante de mi excitación acaba de salir por la puerta totalmente arrepentida de haberme besado.

Me levanto con un suspiro y me meto en la ducha. El agua fría calmará mi estado... o eso espero al menos. Podría llamar a Corine... pero solo me estaría engañando a mí mismo. No digo que el sexo con ella no sea increíble, pero la que realmente calienta mi sangre estará ahora mismo en el piso de enfrente imitándome. ¡Joder! Ahora no puedo

evitar imaginarla desnuda, bajo en chorro de agua caliente, enjabonando ese delicioso cuerpo con sus delicadas manos.

Mi mano termina bajando por mi estómago hasta alcanzar mi verga. Un gemido escapa de mis labios ante el contacto, e imagino que es ella quien la agarra. La imagino de rodillas en la ducha, succionándome la polla lentamente. Su boca de piñón se amolda a mi carne, y su lengua traviesa acaricia la punta con delicadeza. Abarca mi culo con ambas manos y me empuja para tragarme por entero. Sus uñas de porcelana se clavan ligeramente en mi piel, e inconscientemente la agarro del pelo para sentir su tacto entre mis dedos.

Imagino que la levanto lentamente, para colocarla de espaldas a mí, apoyando ambas manos en la pared. Me introduzco en ella lentamente, centímetro a centímetro, y ella gime suavemente al tenerme empalado por entero. Comienzo a moverme despacio, hacia delante y hacia atrás, y aprieto mi polla para acelerar el placer, para llegar antes al orgasmo. En mi mente Taylor se mece suavemente acompasando sus movimientos a los míos. El placer serpentea por mi espalda, mis músculos se tensan, y el orgasmo me recorre como un relámpago.

Me dejo caer de rodillas en la ducha, maldiciéndome por ser tan gilipollas. Tengo que dejar de pensar en ella, es solo una amiga con la que no voy a volver a acostarme nunca, y más vale que me haga a la idea.

Con un suspiro salgo de la ducha y, tras secarme, me dejo caer en la cama. El sueño me vence lentamente, pero no consigo descansar atormentado por unos ojos verdes que me traen por la calle de la amargura.

Capítulo 6

Hoy he tenido un día de perros. Me he despertado con un dolor enorme en el costado debido al golpe que me di ayer en un incendio, y me he pasado gran parte de la mañana en urgencias para que me digan lo que ya sabía: que es un leve traumatismo que va a doler un par de días más.

Esta tarde me he dedicado a hacer la colada y a llenar mi frigorífico, pero la ausencia de Taylor me está pasando factura. Desde que fuimos a la playa hace un par de semanas me ha evitado a toda costa. Al principio se limitaba a no salir de casa cuando yo estaba en mis días libres, pero hace una semana salió con un par de maletas y aún no ha vuelto a casa. Solo de pensar que puede estar pasando su tiempo con Collins se me revuelve el estómago, no puedo evitarlo. He intentado olvidarla, refugiarme en el sexo con Corine... pero no ha servido de nada.

Esta noche voy a salir con los chicos, necesito despejarme. Me doy una ducha y me acerco a la cocina a prepararme algo de comer, y escucho la puerta de mi vecina cerrarse suavemente. Gracias a Dios ha vuelto a casa. Me muero de ganas de correr hacia la puerta y echar la suya abajo para preguntarle dónde demonios ha estado, pero me limito a beber un trago del refresco que tengo en la mano y seguir cocinando.

Wess aporrea mi puerta a eso de las diez.

—¿Aún estás así? —pregunta al verme con un pantalón de deporte.

—He pensado que mejor me quedo en casa, tío. Las costillas me duelen como el demonio y no tengo ganas de salir.

—¡Vamos! Nikky va a venirse con nosotros. John ha ido a recogerle a su casa.

—¿Ya se encuentra bien?

—No del todo, pero dice que necesita un respiro. Se quedará sentado en una silla con la pierna en alto, pero dice que al menos se reirá con nosotros.

—De nosotros, querrás decir.

—Lo que sea. Así que vamos, ve a vestirte. ¿Tienes cerveza?

—En el frigorífico.

Camino resignado hasta mi cuarto para vestirme, y nos ponemos en marcha rumbo al pub. Michaels ya está allí, así que me pido una cerveza y me siento a su lado.

—¿Qué tal las costillas? —pregunta.

—Jodidas, tío. Me duelen como el demonio.

—¿Has ido al hospital?

—Para nada, pero sí. He perdido sentado en una incómoda silla toda la mañana para que me digan lo que ya sabía. Analgésicos y reposo.

—Pues no creo que la cerveza sea buena idea.

—Solo una. Necesitaba un trago.

—No vas a poder jugar al billar. Te veo sentado con Nikky sin moverte de la silla.

—Ni lo sueñes, capullo. Pienso darte una paliza con costillas lastimadas incluidas.

En ese momento entran por la puerta John y Linda ayudando a Nikky. El cabrón está mucho mejor, parece que los cuidados de su madre han servido para mucho.

Tras abrazarle, le ayudo a sentarse en mi silla y voy a la barra a pedir un refresco para él y otro para mí. Michaels tiene razón, con los analgésicos no es buena idea que tome alcohol.

Cuando veo aparecer a Collins siento unas ganas irrefrenables de bufar, pero me quedo en silencio. Por mucho que a mí me caiga como una patada en el culo, es uno más de nosotros y tiene tanto derecho como yo de estar aquí. Pasamos un buen rato jugando al billar. Vamos por la segunda partida, y me toca romper. Estoy apoyado en la mesa colocando el taco, y un empujón en las costillas me hace trastabillar y aullar de dolor.

Al darme la vuelta me encuentro de cara con Taylor, que me mira con reproche.

—Eres un capullo, Leo.

Su voz la delata. Está borracha como una cuba, y mis amigos la miran boquiabiertos.

—¿A qué viene esto, Tay? —pregunta Collins, que me mira con una ceja arqueada.

—Los dos sois un par de capullos —continúa ella—. Todos los hombres lo sois.

—Llévatela a casa, Collins —susurro—. Está como una cuba.

—Venga, Taylor, nos vamos a casa. Ya has hecho bastante el ridículo por una noche.

—¡Vete a la mierda! —Se suelta de su agarre de un empujón—. Soy adulta y puedo hacer lo que quiera.

—He dicho que nos vamos a casa —protesta Collins.

La bofetada que Taylor le propina al pobre muchacho resuena por todo el local. Mis amigos se han quedado mudos, y ella mira con los ojos abiertos como platos a su novio, que cubre su mejilla con la mano.

—¿Acaso te has vuelto loca? —grita él.

—Taylor, venga, vámonos —digo entonces.

—No quiero.

—Por favor, vamos... Me has hecho pedazos con el empujón y necesito vendarme las costillas —miento.

—Eres un exagerado, no te he dado tan fuerte.

—Tengo una contusión, preciosa. Me has dado justo donde más duele.

Ella me mira avergonzada, y vuelve a su lugar en la barra para coger su chaqueta y acompañarme obediente.

—Yo cuido de ella, Collins, tranquilo.

Él asiente y se vuelve hacia la barra para coger su cerveza y dar un buen trago, y yo sujeto a Taylor de la cintura para llevarla hasta mi coche. Hacemos el camino en silencio, y cuando llegamos a casa me doy cuenta de que se ha quedado dormida. Cojonudo, precisamente cuando no puedo cargarla en peso.

—Taylor —susurro zarandeándola suavemente—. Vamos, preciosa, despierta.

—Quiero dormir —protesta.

—Te llevaré a la cama, pero tienes que ayudarme.

—No voy a acostarme contigo.

—Yo no te lo he pedido.

—Acabas de decirme que me llevarás a la cama.

—Para acostarte e irme a dormir yo también.

Taylor por fin accede a levantarse del asiento del copiloto y me sigue hasta el

ascensor. Cuando llegamos a su casa, tengo que rebuscar en su bolso para encontrar las llaves, y cuando por fin aparecen entre cientos de chismes sin sentido, la llevo hasta la habitación.

—¿Puedes cambiarte tú sola? —pregunto.

—¡Pues claro que puedo! Soy ato... ato...

—Ya veo lo autosuficiente que eres, que no puedes ni hablar.

Me dirijo con un suspiro a su cómoda y encuentro un camisón de algodón. Perfecto, porque no sé si seré capaz de irme de esta casa si se pone el camisoncito de encaje que hay a su lado. Me pongo en cuclillas junto a ella en la cama y la ayudo a sacarse el trozo minúsculo de tela que lleva por camiseta por los brazos. El esfuerzo me hace gruñir, y ella se me queda mirando sin apenas respirar.

—¿Qué pasa? —pregunto incómodo.

—No me acordaba de lo guapo que eres.

Alarga su mano para acariciar mi mejilla suavemente, causándome escalofríos de placer. Inspiro hondo para intentar calmarme, pero ella se acerca y deposita un suave beso en mi mejilla.

—No quería acordarme de lo guapo que eres.

—¿Por qué? —susurro.

—Porque recordaría la noche que pasamos en carnaval. Recordaría cómo sentí tus manos sobre mi cuerpo, y querría volver a sentirlas.

Joder... como siga por ese camino voy a cometer una estupidez.

—Eres tú quien quiere que no se repita —contesto.

—Eres demasiado peligroso para mí.

—¿Peligroso?

—Terminaría enamorándome, y eso sería un error fatal.

Hago el intento de levantarme, pero ella se lanza a mis brazos y hunde la lengua en mi boca con una avidez que casi acaba conmigo. En mi intento de sostenerla para no dejarla caer, levanto las manos del suelo y terminamos tumbados sobre el frío mármol. Ya no siento el dolor de las costillas, solo siento un hambre tan animal que asusta, y la aprieto contra mi pecho para saborear su boca, para ahondar el beso y hacerla gemir de deseo. Mi

pierna se cuela entre las tuyas, y mi muslo roza suavemente su sexo una y otra vez. Ella se retuerce, enreda las manos en mi pelo y comienza a mover las caderas para frotarse contra mis vaqueros, y yo voy a perder la cordura en tres, dos, uno...

Con un solo movimiento me coloco sobre ella y la aprisiono contra el suelo, y acaricio con mi mano su pecho por debajo de la tela del sujetador negro de encaje. Su pezón despierta a la vida de inmediato, y su cuerpo se arquea buscando más caricias, buscando mi contacto. Su boca no deja de moverse bajo la mía, su lengua traviesa provoca a la mía a jugar al juego prohibido, así que me abro los pantalones y me los bajo hasta los muslos para apartar a un lado sus braguitas y enterrarme en ella de una sola estocada.

De su garganta escapa un gemido, y sus uñas se clavan en mi espalda cuando empiezo a moverme dentro de ella, a un ritmo frenético, desesperado por sentirla contraerse a mi alrededor recorrida por el orgasmo. Taylor clava sus talones en mis gemelos para anclarse a mí y poder salir al encuentro de mis embestidas, y su boca recorre mi tatuaje con lamidas y mordiscos que me acercan al Nirvana.

—Me encanta tu tatuaje... —susurra— Me pone a mil por hora.

Yo me limito a sonreír antes de meterme su pezón en la boca y morderlo suavemente, sin parar de mecarme dentro de ella, sin apartarme del placer que siento cada vez que estoy con ella. Queda confirmado: Taylor es una diosa del sexo que ha bajado a la tierra para hipnotizarme, para atraparme en sus redes de deseo y no dejarme escapar jamás. Mis caderas se mueven cada vez más y más deprisa, y siento que Taylor se arquea bajo mi cuerpo, se tensa, y se corre entre palabras ininteligibles. Mi polla corcovea ante las contracciones de su sexo, y tras unas cuantas embestidas más, la acompaño a ese mundo de placer que solo nos pertenece a nosotros.

Cuando la tormenta amaina, la miro a los ojos, esperando ver en ellos el reproche, o el arrepentimiento, pero en cambio veo una sonrisa adormilada en sus labios carnosos.

—Estoy cansada —susurra.

La ayudo a sentarse en la cama, le quito la minifalda y le coloco el camisón antes de meterla entre las sábanas. Ella se ha quedado dormida antes de poner la cabeza en la almohada, así que le doy un suave beso en los labios y me marcho a casa. No quiero que Collins llegue y me encuentre con ella en la cama, no sería capaz de mirarle a la cara. Ahora no pienso permitir que siga con él, ella es mía y no va a ser de nadie más. Tenemos una conversación pendiente, pero bien podemos tenerla por la mañana.

Capítulo 7

No he podido pegar ojo en toda la noche pensando en lo que ocurrió cuando dejé a Taylor en su casa. Ya no merece la pena negarlo: esa mujer me gusta más de la cuenta, y necesito estar con ella. No sé cómo voy a salir del lío en el que me estoy metiendo, pero si algo es seguro es que saldré con ella a mi lado.

No puedo dejar de pensar en si se acordará de lo que pasó entre nosotros. Reconozco que me aproveché de la situación, que estaba borracha y vulnerable, pero fue ella quien se lanzó a mis brazos y me metió la lengua en la boca. Necesito verla y hablar de lo que ocurrió lo antes posible para quitarme este calentamiento de cabeza.

Me doy una ducha y voy al supermercado antes de llamar a su puerta, porque después de la borrachera del día anterior tendrá un dolor de cabeza impresionante, y añado a mi compra un bote de analgésicos para ella. Ya he recogido mi casa, he hecho la comida y hasta me he planchado las camisas, pero no me atrevo a ir a buscarla, no quiero enfrentarme a un rechazo.

Inspiro hondo y me dirijo hacia la puerta de casa, dispuesto a ser valiente y dar por fin el paso, pero ella se me adelanta. El timbre de la puerta hace temblar todo mi cuerpo, y al abrir veo a Taylor ataviada con ropa de deporte y una coleta alta. Dios... ¿Por qué cojones tiene que ser tan deseable?

—¿Qué tal has dormido? —digo para romper el hielo.

—Bien... supongo. ¡Dios, va a estallarme la cabeza!

—Sí, bebiste un poco anoche. Pasa, te daré un analgésico.

Ella me sigue obedientemente y se sienta en una de las sillas de la barra americana de mi cocina.

—Me ha dicho Mathew que me trajiste anoche a casa —añade ella—. Muchas gracias por todo.

Inspiro hondo ante el significado de sus palabras. ¿Que se lo ha dicho Mathew? ¿Es que no se acuerda de nada? Una furia inexplicable sube por mis venas a toda velocidad.

¡Quiero que se acuerde, joder! Pero tampoco puedo forzarla a nada si quiero que olvide sus miedos y se quede conmigo. Coloco el bote de pastillas delante de ella y le acerco un vaso de agua.

—Voy a darme una ducha, cierra la puerta al salir.

—¿Qué ocurre, Leo? —pregunta ella agarrándome del brazo— ¿Hice anoche algo que te molestó?

—Déjalo, Taylor. En serio.

—¿Por qué estás enfadado? ¿Acaso también te abofeteé a ti?

Permanezco en silencio mirando al suelo.

—¡Háblame Leo, maldita sea!

—¿Quieres saber qué me pasa? Anoche, cuando te traje a casa, intenté ayudarte a ponerte el pijama para que te fueras a dormir y te lanzaste a mis brazos. Terminamos haciendo el amor, Taylor, y tú dices que no lo recuerdas.

—¡Maldita sea!

—¿Qué pasa? ¿Te arrepientes de haberte acostado conmigo y utilizas la excusa del alcohol?

—¡Claro que no! Es verdad que no me acuerdo.

—Fue el polvo más alucinante que he echado en la vida, ¿y tú dices que no lo recuerdas?

—Lo siento...

—No me lo creo, Tay. No parecías a punto de entrar en coma cuando te lanzaste a mis brazos. No creo que lo hayas olvidado.

—¡Sí lo recuerdo, maldita sea! Pero eso no cambia nada. En cualquier caso, fue un error. No debió haber pasado.

—¿Un error? ¿Por qué demonios fue un error? ¿Porque estás con Collins? Eso tiene fácil solución, y lo sabes.

—Espera... ¿Crees que Mathew es mi novio? ¿Por eso le trataste tan duramente cuando entró a trabajar en tu estación?

—Eso no tiene nada que ver. Soy duro con todos los novatos para que espabilen. La academia es el país de las maravillas comparada con un maldito incendio real.

—Mathew es mi hermano.

Su confesión me deja sin aire en los pulmones. Si es su hermano... significa que no pinta nada entre ella y yo.

—Mi hermanastro, de hecho —continúa—. Su padre y mi madre se casaron cuando nosotros éramos unos niños.

—Por eso no os parecéis.

—No llevamos la misma sangre, pero el cariño que nos tenemos jamás irá más allá del que puedes tenerle tú a tus hermanos.

—¿Entonces por qué no podemos estar juntos? —protesto—. Me gustas mucho, y sé que yo te gusto también. Entre nosotros hay algo, y lo sabes. ¿Por qué no explorarlo?

—Porque tengo miedo. Porque no quiero enamorarme de nuevo y ver cómo me engañas con otra.

—¿Es eso lo que piensas? ¡Yo no soy tu ex! ¿Acaso esa es la impresión que te di la noche que nos conocimos?

—¿Por qué insistes? ¡Tienes una mujer diferente cada vez que quieres! Escucho cómo gritan cuando están en tu cama.

—¡Solo es una! ¡La única mujer a la que has escuchado es la que viste en el portal!

—No puedo estar segura, ¿verdad?

—Mírame.

Me acerco a tan solo un centímetro de ella. Nuestros alientos se entremezclan, y su pulso se acelera tanto como el mío. Solo tengo que adelantarme un milímetro y unir mi boca a la suya. Solo un milímetro y Taylor será mía de nuevo... pero necesito que lo sea de buen grado, no porque no pueda resistirse a la atracción que hay entre nosotros.

—Estás celosa de ella, ¿no es cierto? —susurro.

—¡No digas tonterías!

—No son tonterías, ¿verdad, preciosa? La escuchas gemir entre mis brazos y la odias por ocupar el lugar que te corresponde. Estás celosa de ella, pero sin embargo no consientes ser tú la mujer que grite en mi cama.

—Eres un creído y un imbécil.

—No, cariño, solo digo la verdad. Es cierto que he estado con otra mujer... porque

creía que pertenecías a otro tío y que jamás serías mía. Pero eso no es cierto, ¿verdad? Eres mía desde el momento en que nos vimos en el Nixx.

—Yo no te pertenezco, Leo. Ni a ti ni a nadie.

—¡Pero yo sí te pertenezco a ti! ¿Es que no te das cuenta? ¡Te necesito tanto que duele! Necesito hacerte el amor, nena. Necesito tenerte entre mis brazos. ¿Por qué no ahora?

—Lo siento, Leo... pero no puedo.

Sin más, sale por la puerta a todo correr y yo me quedo con cara de gilipollas y un cabreo de mil pares de cojones. Corro tras ella, y golpeo la puerta una y otra vez, pero no obtengo respuesta.

—¡Joder, Taylor! ¡Abre la maldita puerta!

—Vete, Leo, por favor.

—No pienso irme de aquí hasta que no reconozcas que te gusto. No pienso marcharme hasta que seas mía.

Ella abre la puerta y me mira con los ojos llenos de tristeza.

—Que me gustes no cambia nada, Leo. Acabo de salir de una relación desastrosa, y estoy rota por dentro. ¿Por qué no quieres entender que no puedo estar contigo en este momento?

—Déjame estar contigo, nena. Déjame arreglar lo que ese cabrón ha destrozado.

—No puedes hacerlo. Aunque quieras no puedes arreglar mi corazón. Debo hacerlo sola, y necesito que lo entiendas.

—Podemos intentarlo, Tay. Podemos ir más despacio si es lo que quieres.

—Lo siento, de verdad... pero no puede ser.

Vuelve a cerrarme la puerta en las narices, y le doy un puñetazo a la madera para descargar toda la rabia y la frustración que siento en este momento. Si tuviese a su ex marido delante ahora mismo le reventaría la cara, lo juro.

—Johnson, ¿qué coño haces aporreando la puerta de mi hermana?

Suspiro al oír la voz de Collins. Cojonudo. Ahora voy a tener que vérmelas con el hermanito protector. Me vuelvo hacia él y me quedo mirándole un segundo antes de volver a mi casa y cerrar la puerta de un portazo. No tengo fuerzas para pelearme otra vez. No

tengo fuerzas para nada.

Soy un gilipollas. Le he suplicado que se quede conmigo, lo único que me ha faltado ha sido ponerme de rodillas, y lo único que he conseguido ha sido un portazo en las narices. ¿Qué le pasa a esta endemoniada mujer? Un golpe en la puerta arranca un gruñido de mi garganta. No me sorprende ver a Collins tras ella, así que abro y me dirijo a la cocina a buscar una botella con la que poder emborracharme.

—¿Se puede saber qué está pasando entre mi hermana y tú? —pregunta cruzándose de brazos.

—Nada que te importe.

—¡Oh, sí que me importa! Porque da la puta casualidad que mi hermana está llorando a mares, y te he encontrado a punto de echar abajo su puerta. Como se te ocurra hacerle daño...

—No quiere estar conmigo —le interrumpo—. Le he pedido que salga conmigo y no quiere hacerlo. Cree que voy a engañarla como el gilipollas de su ex.

—¿Te gusta mi hermana? —pregunta sorprendido.

—¿De qué te extrañas? Es una mujer impresionante.

—No es la clase de chicas con las que te sueles relacionar.

—Precisamente por eso, Collins. Y ahora, si no te importa, quiero cogerme una buena borrachera y dormir hasta que tenga que ir a la estación.

—Deja a mi hermana en paz, Johnson, o me veré obligado a romperte la cara.

Dicho esto, sale de mi casa dando un portazo. Me dejo caer en la cama con una botella de whisky en la mano, y tras un par de tragos, la estrello contra la pared. De nada servirá que me emborrache. Tengo que pensar en la manera de hacerla cambiar de opinión. Tengo que hacerle ver que no soy como ella imagina.

Capítulo 8

Me despierto con el tiempo justo de ir a la central. Hoy no tengo ganas de hacer nada, pero tengo que cumplir con mi obligación. Me doy una ducha rápida y preparo el bolso para marcharme. Cuando salgo al pasillo me encuentro con Taylor, que también sale de su casa.

—Hola, Leo —dice con la cabeza gacha.

La miro sorprendido. Después de la bronca que tuvimos ayer, ¿me habla tan campante? Intento seguir mi camino, pero ella me retiene por el brazo.

—Por favor, Leo, háblame.

—Creo que ayer quedó todo lo suficientemente claro. No tengo nada más que decirte.

—El otro día lo pasamos muy bien en la playa. No quiero que la amistad que teníamos se vaya al traste por una discusión.

—¿Discusión? Me humillé, Taylor. Lo único que me faltó fue suplicarte que te quedaras conmigo, y lo único que recibí de ti fue un portazo en las narices.

—No dejes que tu orgullo herido se interponga entre nosotros, por favor.

—¿Orgullo herido? No, nena, no te equivoques. No es mi orgullo herido lo que se interpone entre tú y yo, sino tus malditos miedos infundados. No soy como tu ex, y lo sabes, pero eres una cobarde y no quieres arriesgarte a comprobar si lo nuestro podría funcionar.

—Eso no es justo.

—Es lo que pienso. Y ahora, si me disculpas, tengo que irme a trabajar.

Paso gran parte de la mañana entrenando con más fuerza de la necesaria. Apenas he hablado con mis amigos, pero la verdad es que lo último que necesito en este momento es conversación. Collins entra en el gimnasio y se pone a entrenar en silencio en la máquina de al lado.

—¿Cuándo supiste que serías bombero? —pregunta.

Le miro de reajo y sigo golpeando el saco un poco más, pero él no tiene la culpa de mi cabreo con su hermana, así que me seco el sudor con una toalla y me apoyo en la pared.

—Sinceramente no lo sé. Mi padre trabajaba en un hotel, así que no lo llevo en los genes. Mi madre dice que cuando era pequeño me regalaron un camión de bomberos de juguete y que al verme jugar supo que esa sería mi vocación.

—A mi madre no le hizo ni puñetera gracia que entrase en la academia. Puso el grito en el cielo, pero es lo que me gusta. Quiero llegar a ser un buen bombero, como tú.

—Nosotros no elegimos ser buenos o malos bomberos, Collins. Hasta que el fuego te mira a la cara no sabes si vas a limitarte a hacer tu trabajo o si te vas a convertir en un buen bombero. Y aún queda mucho para que tú puedas ponerte frente a él. Estás muy verde todavía.

—Sé que me queda mucho por aprender. Para eso estoy aquí.

—Cierto.

Me doy una ducha y me pongo mi uniforme antes de servirme una taza de café. Wess se sienta a mi lado y me mira fijamente.

—¿Qué? —protesto.

—Creí que el ejercicio te habría bajado los humos, pero veo que no es así.

—Lo siento, ¿vale? Pero estoy jodido.

—¿Qué ocurre?

—Es Taylor... va a terminar volviéndome loco.

—¿La hermana de Collins?

Le miro con la boca abierta.

—¿Es que todo el mundo sabía que eran hermanos menos yo?

—No te molestaste en preguntarle. Desde que le viste con ella le sentenciaste, y la verdad, ha sido divertido regodearnos viendo cómo le odiabas porque creías que se acostaba con tu chica.

—No es mi chica. No quiere intentarlo.

—¿Se lo has pedido? —pregunta Michaels acercándose.

—Solo me faltó ponerme de rodillas. Le rogué que me diese una oportunidad, pero lo único que recibí fue un portazo en las narices. He sido un gilipollas por creer que podría conseguir convencerla.

—Eso no es así, tío —añade John—. Acaba de salir de una relación, su ex marido la ha engañado con otra mujer, y no va a confiar en el primero que se le ponga por delante solo porque él se lo diga.

—Me conoce. Sabe que yo no soy así.

—Tienes que darle tiempo —dice Michaels—. Sé su amigo, pero no la atosigues con una relación para la que aún no está preparada.

—¿Acaso vosotros sois diplomados en amor?

—No hace falta ser muy listo para saber eso —comenta Wess—. Es de manual, macho.

En ese momento entra Collins en la habitación y la conversación queda zanjada. Lo único que me hace falta es que me escuche hablando de su hermana, ya tuve bastante demostración de macho alfa ayer. La tarde se me hace eterna, parece que vamos a tener una jornada tranquila.

Cenamos tranquilamente, hay que reconocer que Collins cocina bastante bien, y nos tumbamos en nuestros camastros para poder dormir un poco. Varias horas después, la voz de Clarise, la chica de la centralita, resuena por toda la estación y nos pone a todos en alerta.

—¡Atención brigadas ciento dieciocho y ciento diecinueve! ¡Código diez setenta y siete en el sesenta y dos de Park Avenue!

Bajamos a toda prisa por la cucaña para buscar nuestro equipo y encontrarnos con el jefe Tisdale, que ya está equipado y dispuesto a subirse al camión como uno más.

—Rápido, chicos, ha estallado una bomba de gas butano en el cuarto piso y el fuego se ha extendido hasta la azotea.

La sirena del coche de bomberos perturba el silencio de la noche. Los neumáticos vuelan sobre el asfalto, y en cuanto llegamos a nuestro destino saltamos del camión.

—¡Collins, tú con Michaels en la manguera exterior! —ordena el jefe— Ponte el arnés antes de subirte a la cesta, no quiero tener que lamentar más bajas.

—Entendido, señor.

—¡Los demás! La brigada ciento diecinueve nos ha dejado los pisos más bajos. Iremos dos por piso e intentaremos salvar al máximo número de personas posible. ¡Daos prisa y poned las mascarillas!

Subimos los escalones de dos en dos hasta llegar a la planta en la que se originó el fuego. Tisdale me hace una señal para que me ocupe de ella, y asigna a Wess para que me acompañe. El fuego está descontrolado, pero al menos no hay signos de que vaya a originarse una explosión. Nos armamos con nuestra manguera y comenzamos a menguar las llamas hasta poder acceder a la vivienda. Nada. No encontramos signos de que hubiese alguien en la casa en el momento de la explosión.

—Emisora A, a emisora B —grito por la radio—. Cuarta planta despejada.

—¡Daos prisa, daos prisa! —Es la voz del capitán—. ¡Os necesito en la quinta planta!

—¡Vamos para allá!

Al llegar veo el fuego serpentear por las paredes hasta el techo. Alargo la mano para detener a Wess.

—El fuego está en las paredes —susurro.

Wess asiente y prepara la manguera para atacar a ese hijo de puta.

—Ve dándome más manguera —ordenó.

De repente, el fuego se mueve como una cobra irascible y atraviesa la habitación.

—¡A cubierto, Wess!

Nos tumbamos en el suelo sin dejar de apuntarle, y después de unos minutos que nos han parecido horas logramos controlarlo. Aún no he terminado de ponerme de pie cuando el teniente me arrastra del brazo tirando de mí para que corra escaleras abajo.

—¡Va a explotar todo! ¡Tenemos que retroceder!

—¿Y los inquilinos? —pregunta Wess.

—¡No hay tiempo! —grita John— ¡Rápido, rápido!

No tienen que decírmelo dos veces. Salgo a correr como alma que lleva el diablo detrás de mis chicos, y nos lanzamos al suelo a tiempo de librarnos de la explosión. Nubes de polvo y escombros salen volando en todas direcciones. Observamos impotentes a

nuestro enemigo acabar con las vidas de personas que posiblemente dormían plácidamente, y aprieto los dientes ante la sensación de impotencia que me recorre. No es la primera vez, y desde luego no será la última que el fuego gane la partida, pero la derrota siempre me hace sentir acabado.

Miro de reojo a Collins, que tiene los ojos anegados en lágrimas.

—Que el hijo de puta no te acobarde, Collins. No le demuestres tu miedo.

—¡Pero esas personas han muerto!

—El fuego es un ser vivo, chico —dice el capitán—. Respira, se alimenta y odia. Pero sobre todo piensa. Esta vez él ha sido más listo. Hagamos que la próxima vez no lo sea.

Tardamos horas en terminar con las llamas, pero ahora nos limitamos a atacarlas desde fuera. Suspiro cuando cerramos la última manguera, ha sido una noche demasiado larga y necesito descansar hasta mañana.

—Venga, chicos, recojamos todo esto y dejemos a Novak hacer su trabajo —ordena Tisdale—. Nosotros ya hemos terminado.

Dicho esto, me acerco a la boca de riego para enjuagarme la ceniza de las manos y la cara. El frío me despeja, y me dan ganas de meterme bajo el chorro y quedarme allí durante horas.

Escucho el sonido de algo cayendo cerca de mí. No me da tiempo a girarme, un trozo de hormigón me golpea en la cabeza. Al principio el dolor es insoportable, pero al momento se me nubla la vista y dejo de sentir. Lo último en lo que pienso antes de perder el sentido es que ha llegado mi hora, y no he podido disfrutar de la mujer a la que quiero.

Capítulo 9

¡Joder! ¡Que alguien apague ese maldito sonido! Intento abrir los ojos pero el dolor es tan fuerte que me hace vomitar. Unas manos frescas de mujer acarician mi frente, pero no consigo ver a su dueña. Vuelvo a tumbarme en la cama, pero el maldito sonido no cesa. Intento dormir, pero el dolor que siento en la cabeza es insoportable. Intento hablar... pero las palabras no salen de mi boca. ¿Qué me pasa? ¿Por qué no puedo moverme? Poco a poco el dolor va remitiendo. Me siento tan cansado...

Abro los ojos para encontrarme en una sala de hospital. Tengo un tubo atascado en la garganta y otro en la nariz. Intento mirar alrededor, pero solo veo sombras en la penumbra. Una mesa, lo que parece ser un ramo de flores... y una silueta descansando en el sillón. ¿Qué ha pasado? Lo último que recuerdo es estar en el incendio de Park Avenue, un hijo de puta demasiado inteligente. Recuerdo que el edificio explotó, pero... ¿acaso estaba aún dentro? No puedo hablar por el tubo, así que intento hacer algo de ruido con la mano, pero la aguja que tengo insertada en el torso me hace gemir.

La silueta del sillón se levanta de un salto y se acerca a mí. ¿Taylor? ¿Qué demonios hace aquí ella?

—¡Gracias a Dios! —susurra— El médico creía que no saldrías nunca del coma.

La miro sin comprender. ¿Coma? ¿Cuánto tiempo llevo aquí postrado?

—Llevas un mes aquí —dice adivinando mis pensamientos y acariciándome la mejilla—. Iré a llamar al médico.

Veo a Taylor salir de la habitación, e intento recordar qué demonios ha pasado para que se vuelva tan cordial. Creo que la última vez que nos vimos tuvimos una discusión bastante fuerte, no entiendo por qué ahora está tan amigable. La dueña de mis pensamientos vuelve unos minutos después seguida de un hombre de unos cincuenta años.

—Bienvenido al mundo de los vivos, señor Johnson. Ahora voy a quitarle el tubo de la garganta para que pueda hablar. Le dolerá un poco, pero pronto se sentirá mejor.

¿Un poco? ¡El hijo de puta no sabe de lo que habla! Siento arder cada centímetro de plástico que sube por mi garganta, y no puedo evitar que se me salten las lágrimas del dolor. ¡Me cago en la puta! Cuando termina su tarea, examina mis ojos, mi pulso y el latido de mi corazón, y le hace una señal a la enfermera para que inyecte algo en la vía, posiblemente un calmante.

—Su marido está recuperándose, señora Johnson. Ahora vamos a sedarle, porque necesita descansar. Los daños fueron importantes, y no podemos arriesgarnos a que se produzca un nuevo coágulo.

—Muchas gracias, doctor —contesta Taylor.

Espera, ¿qué? ¿Cómo que su marido? ¿Señora Johnson? ¿Qué cojones me he perdido? Intento hablar, pedirle una explicación de lo que acaba de ocurrir, pero mi boca no responde. Mis ojos se cierran sin quererlo, y antes de que el pensamiento se borre de mi mente vuelvo a estar dormido.

—Se pondrá bien, Linda, es un tío fuerte.

Es la voz de John. Abro los ojos para ver a mi amigo sentado a los pies de la cama, y a Linda sentada junto a mí, en una silla, sosteniendo mi mano entre las suyas.

—Hola, campeón —susurra ella con lágrimas en los ojos—. Nos has dado un susto de muerte.

Miro a mi amigo sin comprender.

—Después de la explosión del incendio de Park Avenue, te golpeó un trozo de hormigón en la cabeza. Estuviste a punto de palmarla, colega. No vuelvas a darnos un susto como ese.

Alargo la mano para tocarme la cabeza, pero está vendada por completo.

—Tuvieron que ponerte varias placas para reconstruir el cráneo, estás vivo de puro milagro.

—¿Taylor? —Mi voz ha sonado tan ronca que apenas la reconozco.

—Está descansando. Esa muchacha se ha estado quedando contigo para que tu madre y yo pudiésemos descansar —contesta Linda.

—No tenía... por qué —contesto.

—Sois amigos, es normal que se preocupase por lo que te ha pasado —dice John.

—La última vez que nos vimos tuvimos una buena bronca y no nos hablábamos, John. ¿Ha pasado algo que yo no sepa?

—No ha pasado nada, te vio en las noticias y vino corriendo a ver cómo estabas. Se preocupa por ti, Leo —protesta él—. Deberías darle las gracias en cuanto vuelva.

Tiene razón, por supuesto, pero aún tiene que explicarme por qué el médico cree que es mi mujer.

—Los chicos te mandan saludos —continúa mi amigo—. Han estado viniendo a verte por turnos, todos deseábamos ser quien te hiciese despertar.

—Me duele la cabeza —susurro.

Linda aprieta un botón que tengo junto a la mano y me coloca bien las sábanas.

—Esto es un calmante. El doctor dice que puedes pulsarlo siempre que notes dolor. Ahora duerme un poco, necesitas recuperarte.

Cierro los ojos un segundo, esperando que el medicamento haga efecto, y cuando los vuelvo a abrir no es a Linda a quien veo junto a mi cama, sino a mi “esposa”.

—Taylor —susurro.

—Hola, Leo —contesta ella cogiendo mis manos entre las suyas—. ¿Cómo te encuentras?

—Cansado. No puedo moverme.

—Tuviste un golpe muy feo. Vas a tardar un poco en recuperarte.

—¿Por qué estás aquí?

—Estaba viendo las noticias, y cuando retransmitían el incendio la cámara captó el momento en el que ese trozo de hormigón te cayó en la cabeza. Tuve que mentir a los médicos para que me dejaran estar aquí.

—No querías saber nada de mí, ¿a qué viene esto?

—¿No puedes dejar ese comportamiento de una vez? Que no quisiera tener una relación contigo no significa que no me preocupe por ti.

—Pues no tienes por qué. Tengo mucha gente a mi alrededor que se preocupa por mí.

—¿No puedes dejar tu orgullo herido de lado de una vez? Firmemos una tregua, por favor.

Suspiro y cierro los ojos un segundo. Tiene razón, no puedo estar ofendido toda la vida por su rechazo. Debo pasar página y seguir con mi vida.

—Gracias por quedarte —susurro.

—No sabía si tenías a alguien que velase por ti. No quería que estuvieses solo.

—¿Han avisado a mis padres?

—Están descansando en tu casa. Nos hemos ido turnando para estar aquí.

—¿Creen que eres...

—No, a ellos les aclaré que solo lo dije para poder estar aquí. Saben que somos amigos, tranquilo.

Bien, por lo menos mi madre no se hará falsas esperanzas con una nuera inexistente. Cierro de nuevo los ojos, aprieto el botón que me enseñó Linda, y poco a poco me quedo dormido.

—Mira, Leonard, parece que se está despertando.

Es la voz de mi madre. Esa voz tan dulce como la miel que tanto echaba de menos. Hace unos años que vivo en la otra punta de la ciudad, y no la veo tanto como me gustaría. Cuando abro los ojos lo primero que veo son los suyos, tan azules y cristalinos como el cielo, y esa sonrisa tranquilizadora que me dedicaba cada vez que sentía miedo de niño.

—Mamá...

—Hola, tesoro. ¿Cómo te sientes?

—Cansado y dolorido. Me duele mucho la cabeza, y no puedo moverme, apenas tengo fuerzas.

—Es normal, cariño, has estado a punto de morir. La piedra que te golpeó en la cabeza abrió tu cráneo en dos.

—Menudo susto nos llevamos cuando lo vimos en las noticias, hijo —dice mi padre—. Creíamos que te habíamos perdido.

Veo las lágrimas caer por el rostro de mi madre, y alargo la mano para limpiarlas con los dedos.

—No llores, mamá. Aún hay Leo para rato... en cuanto me recupere.

—Ahora solo tienes que preocuparte de descansar, cariño —contesta ella—. Y cuando salgas de aquí te vendrás a casa con nosotros para recuperarte por completo.

—Sabes que eso no va a pasar, mamá. Tengo que volver al trabajo lo antes posible.

—No seas cabezota, hijo —protesta mi padre—. Necesitas descansar.

—¿Podemos discutirlo en otro momento? —interviene mi madre pacificadora—. Ahora lo que tienes que hacer es descansar y recuperarte.

—No hay nada que discutir. Ya soy mayorcito y puedo cuidarme solo. Además, si necesito algo tengo muchos amigos y una vecina que puede ayudarme.

—Esa chica es un ángel, Leo —contesta mi padre—. Deberías pensar en casarte con ella.

—¡Solo es una amiga! No empecéis a ver relaciones donde no las hay. —Suspiro cansado de la conversación—. Me duele la cabeza.

—Iré a llamar al médico —dice mi madre levantándose.

—No hace falta, quédate conmigo. —Aprieto el botón del medicamento, que empieza a calmarme.

—Duerme un rato, tesoro. Me quedaré esta noche contigo —contesta mi madre.

Cierro los ojos y deajo que el sueño me venza, pero no puedo quitarme de la cabeza a Taylor, y lo maravilloso que sería que su pequeña treta para quedarse a mi lado se hiciera realidad.

Capítulo 10

Hoy vuelvo a casa, por fin. He perdido la cuenta de los días que llevo encerrado en esta maldita habitación de hospital, sin respirar aire fresco, y ya empezaba a volverme loco. Mis salidas se limitaban a pequeños paseos por los pasillos tirando de un gotero móvil y enseñando el culo a través de la abertura de la bata de hospital, y hasta hace un par de semanas mi madre no se dignó a traerme un pijama como Dios manda.

Mis amigos han venido a verme a diario, y por suerte sus andanzas han sido un soplido de aire fresco para mi insoportable estancia. Nikky ha regresado al cuerpo, y John se está ocupando de mi puesto mientras me recupero por completo.

Por fortuna, mis padres tuvieron que regresar a su casa y han dejado de incordiarme con su obsesión de verme casado con Taylor. ¿Acaso creen que yo no quiero estar con ella? No hubo manera de hacerles entender que es ella quien no quiere ni hablar del tema, y al final opté por hacerme el dormido cada vez que sacaban el tema a relucir.

En cuanto a Taylor... ella es harina de otro costal. Cada vez que se ha quedado conmigo para que mi madre vaya a descansar me ha cuidado como si realmente fuera mi mujer. No hay quien la entienda, no quiere intentarlo conmigo pero sus actos desmienten sus palabras. Es tan dulce... y ¡joder! me vuelven loco sus tetas. Cada vez que hace el intento de colocarme las almohadas para que yo esté cómodo las pega a mi cara, a apenas un centímetro de mi boca, y he tenido que hacer verdaderos esfuerzos titánicos para no lanzarme hacia delante y darme un festín con ellas.

Hablando de Taylor... Entra en la habitación seguida de Wess, que trae una silla de ruedas.

—¿Para qué coño es eso? —pregunto con una ceja arqueada.

—¿Para qué va a ser? —contesta Wess— Para llevarte hasta el coche.

—Y una mierda, tío. A mí no me sientas en esa cosa —protesto.

—Aún estás débil, Leo —interviene Taylor.

—No estoy paralítico, puedo andar solo.

A pesar de las protestas de mis amigos, me cuelgo la bolsa en el hombro y salgo del hospital por mi propio pie. Llego al coche hecho mierda, pero con la satisfacción de no haber necesitado la puñetera silla de ruedas. Cuando llegamos a mi piso, Taylor me ayuda a subir a casa mientras Wess busca aparcamiento. En cuanto abro la puerta, me dejo caer en el sofá con un suspiro.

—Si es que eres un cabezota —protesta ella—. Tendrías que habernos hecho caso con la silla.

—Estoy bien, solo un poco cansado.

—Vamos, te ayudaré a meterte en la cama y te prepararé algo de comer.

—No hace falta, en serio. Puedo pedir comida por teléfono.

—Leo, necesitas descansar, y no me importa cocinar para ti. Vamos, levanta.

Intenta ayudarme a ponerme de pie, pero de un tirón la dejo sentada a horcajadas sobre mis rodillas.

—¿Así piensas levantarme? —ronroneo.

—¡Si no me ayudas! Levantarte es como levantar un bloque de hormigón. Vamos, pon algo de tu parte.

—La verdad es que así estoy más cómodo, Tay. —Muevo las caderas para que note el bulto de mi incipiente erección—. Quizás tengas razón, y debamos irnos a la cama.

—Leo, no empieces —protesta poniéndose de pie—. Es evidente que estás recuperándote, ya tienes ganas de tontear.

—Yo no tonteo, preciosa. Intento seducirte.

—Aunque estuviera dispuesta a dejarme seducir, que no es el caso, no creo que tuvieses fuerza suficiente para echar un polvo.

—¿Quieres apostar?

Me levanto del sillón rápidamente y la aprisiono contra la esquina de la encimera.

—Parece que te gusta estar en esta posición, ¿verdad, Tay?

—Eres un engreído, Leo. Apártate, porque no quiero hacerte daño.

—Ya me lo haces, nena. Me lo haces con tu negativa. Me tienes cachondo perdido y con unas ganas irrefrenables de enterrarme en ti.

—¿Y qué pasará después? ¿Dejarás de desearme? ¿Me olvidarás y pasarás a la próxima mujer?

—¿Eso crees? ¿Que lo único que quiero es un polvo y si te he visto no me acuerdo?

—No —contesta agachando la mirada—, sé que no es eso lo que quieres, pero es lo único que puedo ofrecerte.

—¿Seguro? Porque yo creo que puedes ofrecerme mucho más que eso.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque eres una mujer increíble. Porque me haces desear cosas que jamás había deseado. Porque cada vez que apareces en mi campo de visión mi corazón se salta un latido. Porque te deseo tanto que duele.

El timbre de la puerta la salva de contestar, y me vuelvo al sofá mientras ella va a abrirle a Wess, que trae en las manos un intercomunicador de bebé.

—Joder, macho, cada vez que apareces delante de mí con algún aparato me echo a temblar —contesto—. ¿Para qué cojones quiero yo eso?

—Es para que estés en contacto con Taylor siempre que lo necesites. Uno lo tendrá ella en casa, y si te pasa algo podrá venir corriendo.

—¿De quién ha sido la brillante idea?

—Ya le dije que no querías ni oír hablar del tema —contesta Taylor—, pero ya sabes cómo es.

—A ver, Wess, ¿no sabes que existen los teléfonos? No voy a usar esa cosa, así que guárdalo para cuando encuentres a una mujer que te aguante y tengáis una docena de hijos.

Entre los dos me llevan hasta la habitación, y mientras Wess me ayuda a ponerme un pijama, Taylor deja sobre la mesita de noche una bandeja con algunos dulces, una jarra de agua y un vaso.

—Debería irme —añade—. Si necesitas algo llámame, mi teléfono está apuntado en la agenda de la cocina. Intenta descansar, más tarde te traeré algo para cenar.

—Gracias, Tay, de verdad.

Ella se acerca a la cama y deposita un suave beso sobre mis labios, que me hace recordar cómo es hacer el amor con ella, y la deseo aún más.

—Piensa en lo que te he dicho —susurra.

Wess la ve salir de la habitación con la boca abierta, y cuando oímos la puerta de la calle cerrarse suavemente, el cabrón me propina un puñetazo en el hombro, haciéndome aullar.

—¿Pero a ti qué coño te pasa? —protesto.

—¿Me explicas a qué ha venido ese beso?

—Tú llamas beso a cualquier cosa, Wess. Solo se estaba despidiendo de mí.

—¿No decías que no quiere nada contigo?

—Y no lo quería, pero parece que ha cambiado de opinión.

—¿Y por qué la dejas marcharse?

—Porque lo único que me ofrece es un polvo para olvidarme de ella, y no es eso lo que quiero.

—¿Acaso quieres casarte con ella?

—¿Tú no sabes que existen los términos medios? Me gusta, y me siento bien con ella. Solo quiero averiguar hacia dónde nos puede llevar eso, pero ella no se siente preparada.

—Te está poniendo en bandeja la oportunidad de tener eso, Leo. Deberías aprovecharla.

—¿Tú crees? Yo creo que lo que quiere es librarse de mí.

—Tienes dos opciones, macho. O sigues con tu orgullo de macho herido y la conservas como amiga, o pruebas a coger lo que te ofrece para intentar convencerla de que se quede contigo. No tienes nada que perder, pero sí mucho que ganar.

Dicho esto, mi amigo se marcha, y yo me quedo recapacitando sobre sus palabras. Tiene razón, Taylor no es la clase de mujer que desaparece por las buenas, y si no lo intento no podré saber si será mía algún día.

Por la noche, el timbre de la puerta hace que mi corazón lata a mil por hora. Sé que es ella, y la verdad es que estoy un poco nervioso porque no sé cómo va a salir la cosa.

Abro la puerta para encontrarme con su radiante sonrisa detrás de una fuente de horno tapada con papel de aluminio.

—He hecho lasaña —dice—. Espero que tengas hambre.

—Pasa y cena conmigo. Estoy harto de estar solo.

—¿Estás seguro?

—Por favor.

Ella entra en el salón y deja la fuente aún humeante sobre la mesa, y me ayuda a sentarme en el sofá antes de poner la mesa. Cenamos tranquilos, charlando sobre banalidades, y cuando termino de saborear la comida, me dejo caer hacia atrás en el respaldo del sillón.

—Ven, siéntate a mi lado —ordeno con los ojos cerrados.

—¿Estás bien? —pregunta obedeciéndome.

—Sí, solo un poco cansado.

Paso el brazo por sus hombros y la atraigo hasta mi pecho. Ella se tensa, pero su cuerpo se relaja en cuanto ve que no quiero ir más allá.

—He estado pensando sobre tu proposición, Tay —susurro.

—¿Y?

—Y voy a aceptarla... pero con una modificación.

—Te escucho.

—No vamos a acostarnos una sola vez.

—Pero...

—Déjame terminar. Vamos a hacer el amor siete veces. Ni una más ni una menos.

—¿Y por qué siete?

—Porque es mi número de la suerte. Serán mis siete polvos capitales. Seré yo quien decida cuándo y dónde, y tú deberás seguir mis instrucciones al pie de la letra, sin protestar.

—A ver... ¿Qué instrucciones?

—Nada fuera de lo corriente. Puedo pedirte una ropa interior determinada, o algún juego sexual en específico. Nada fuera de lo común, no voy a pedirte que me dejes darte una paliza, pero sí quiero cumplir algunas fantasías.

—¿Y qué gano yo con eso?

—Si después de esas siete veces decides que no quieres volver a repetir, te dejaré en

paz. No volveré a insistirte, te doy mi palabra.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

Ella se queda mirándome un segundo, mordiéndose el labio inferior con nerviosismo, y finalmente asiente.

—De acuerdo. Siete veces y jamás volveremos a hablar de sexo.

—Ahora ven aquí, siéntate sobre mis rodillas.

Ella obedece, se sienta de cara a mí y entrelaza sus dedos en mi pelo. Yo introduzco mis manos por debajo de su camiseta, y desabrocho el sujetador para que sus senos salten libres frente a mi cara. Con el índice, bajo el escote para dejar uno de ellos al descubierto, y lo chupo suavemente para que su pezón despierte a la vida, arrancando de los labios de Taylor un gemido quedo.

—Cada vez que ponías bien mis almohadas en ese dichoso hospital, me moría por hacer esto.

Continúo lamiendo el pezón un poco más, humedeciéndolo para hacerlo vibrar con mi aliento, y cuando le dedico la misma atención al otro pecho, los cubro con su camiseta.

—Bésame, Taylor.

Ella une sus labios a los míos, y siento su sexo arder bajo la tela de mis pantalones de seda. Necesito follármela, pero mi juego de seducción necesita mucho más mimo, mucho más trabajo que un simple polvo en el sofá. Mi lengua juega con la suya mientras mi mano se introduce por el borde de sus pantalones cortos y encuentra el nido humedecido de rizos castaños que tanto anhelo.

—Mmm... Estás tan mojada... Me encanta ver cómo te excitas entre mis brazos...

Vuelvo a unir mis labios a los suyos y mis dedos comienzan a crear su magia entre sus pliegues, acariciando su clítoris hinchado, adentrándose en el calor de su sexo, consiguiendo que sus caderas se muevan inconscientemente hasta que de su garganta se escapa un gemido. Está a punto de caramelo, con un solo roce más en su clítoris la catapultaré al orgasmo, pero saco mi mano lentamente de sus pliegues y cubro su cuerpo por completo.

—¿Pero qué? —balbucea sin comprender.

—Vete a casa, tumbate desnuda en la cama y mastúrbate para mí.

—¿Así vas a aprovechar tu primer polvo?

—No, cariño. Mi primer polvo será mañana por la noche... cuando lleves todo un día deseando que me entierre en ti. Este es mi primer fetiche... quiero oírte mientras te das placer pensando en mí.

—Me da corte —protesta.

—Solo voy a oírte a través de la pared, nena. Pero si quieres hacerlo aquí mismo...

Taylor se levanta de mis piernas y pasa su mano por mi polla una y otra vez, haciéndola saltar, consiguiendo que el placer recorra mi espalda como un látigo candente.

—Con una condición —dice con una mirada lasciva—. Quiero que tú lo hagas conmigo.

Ella se marcha a su casa, y corro hacia la habitación para cumplir sus deliciosas fantasías. Mi plan va viento en popa... aunque ella no lo sepa.

Capítulo 11

El timbre de la puerta me despierta de un sueño profundo. Una sonrisa inconsciente brota de mis labios al recordar la noche anterior. Escuchar a Taylor gemir a través de la pared fue la cosa más excitante que he hecho en mi vida, pero todo mejoró cuando marqué su número de teléfono y escuché de primera mano cómo se tocaba para mí.

Me levanto de un salto para abrir la puerta, donde la encuentro con una sonrisa y un par de cafés acompañados de croissants.

—Buenos días, Leo. Supongo que no habrás desayunado.

—Supones bien, preciosa. Pasa.

Me deleito ante el contoneo de sus caderas enfundadas en leggings, y se me hace la boca agua al subir la mirada hasta esos dulces pechos que casi escapan del escote del minúsculo top que lleva puesto. Espero que no haya ido de esa guisa al Starbucks, porque apuesto a que todos se la comerían con los ojos... y algo más.

Veo cómo se mete en mi cocina y rebusca en mis armarios hasta sacar las naranjas y el exprimidor, y disfruto viendo cómo se mueven sus curvas mientras ella hace un par de zumos de naranja. Si después de lo de anoche ha decidido mimarme, no seré yo quien se oponga.

—¿Cómo has dormido? —pregunto con una sonrisa pícaro.

—La verdad es que he dormido a pierna suelta. Después de descargar tensiones se duerme mucho mejor.

—Así que estabas tensa...

—Siempre me pone tensa estar cerca de ti —me sorprende diciendo—. Pero eso ya lo sabes, ¿verdad? Y vas a utilizarlo en mi contra.

—¿En tu contra? En absoluto, cariño, pero sí a mi favor.

Me acerco despacio hasta su espalda, y pego mi cuerpo al suyo.

—Me gusta que la mujer que se acueste conmigo disfrute tanto o más que yo, Tay

—susurro cerca de su oído—, y me he propuesto volverte loca de deseo.

Dicho esto, cojo de la encimera los dos vasos de zumo y vuelvo a mi lugar en la mesa, donde comienzo a desayunar como si tal cosa. Taylor se sienta frente a mí, y pasa la lengua por sus labios carnosos pintados de rojo pasión. Empezamos mal. Si sigue por ese camino terminaré llevándomela a la cama, y todo el plan se irá a la mierda. Tiene que desearme tanto como yo a ella, y para eso tengo que provocarla mucho más.

Bajo la mirada hasta el periódico y simulo leer las noticias, pero realmente la estoy mirando a ella. ¡Joder! Me pone cachondo hasta verla desayunar, y alargo la mano hasta su escote para reseguirlo con el dedo.

—¿Así has bajado a comprar? —pregunto.

—¿Por qué lo preguntas?

—Es un poco atrevido, ¿no crees?

—¿Solo un poco? Esperaba hacerte entrar en calor.

Sonríó ante sus palabras. Así que mi dulce conejita se está volviendo salvaje... Muy bien, si quiere jugar...

—No demasiado —contesto—. Se ve muy poca piel para eso.

Taylor se pone de pie y se deshace del top, quedándose con un sujetador de encaje rojo. Al ver que continúo con mi lectura, se coloca frente a mí de espaldas, y empieza a bajar lentamente las manos por sus piernas para deshacerse de los leggins. Su precioso culo cubierto por la fina goma del tanguita que lleva puesto queda a escasos centímetros de mi cara, pero Taylor se incorpora y vuelve a sentarse a desayunar como si no hubiera pasado nada.

—¿Tienes calor? —pregunto aparentando desinterés.

—No, quiero que me folles.

No puedo evitar soltar una sonora carcajada que reverbera por toda la habitación.

—El trato es que follamos cuando a mí me apetezca, cariño. Si te follo ahora no contará como uno de los siete polvos capitales.

Ella aparta el desayuno a la otra punta de la mesa y se sube a ella, quedando a cuatro patas frente a mí.

—No he podido dejar de pensar en acostarme contigo desde que colgué el maldito

teléfono anoche, Leo. Me da igual que no cuente como uno de tus malditos polvos, pero necesito que me folles aquí y ahora.

Sus palabras hacen que me relama pensando en el festín que tengo delante.

—Vuélvete —ordenó.

Ella obedece, y su precioso culo queda frente a mi cara. Recorro su hendidura con un dedo, y aparto la tela del tanga hasta dejar su delicioso sexo al descubierto.

—Apoya la cabeza en la mesa.

Al hacerlo, su dulce coñito queda expuesto, abierto y jugoso para mí. Acercó mi boca para saborearlo, y el olor de su excitación inunda mis fosas nasales haciéndome gemir. La primera pasada de mi lengua la hace estremecerse, y compruebo que está muy mojada, muy preparada para mí. Hundo mi lengua entre sus pliegues, saboreándola, arrasando su clítoris hinchado y arrancando gritos ininteligibles de su garganta. Sus jugos corren por mi barbilla, e introduzco un par de dedos en su canal para acompañar los movimientos de mi lengua. ¡Joder, está encharcada! Mis dedos entran en ella con facilidad, y los curvo para poder alcanzar ese pequeño punto que la hace gritar a pleno pulmón.

—¡Joder, sí! ¡Dame más, Leo! ¡Fóllame! ¡Fóllame!

Sus palabras consiguen que mi polla se escape por el elástico del pijama, buscando hurgar entre sus pliegues y adentrarse en su dulce cavidad, pero aún necesito que se estremezca llegando al orgasmo. La deseo con una intensidad tan dolorosa que me siento mareado, y cuando siento que sus paredes vaginales se contraen alrededor de mis dedos, me pongo de pie y de una sola estocada me clavo dentro de ella.

—Mmm... Qué calentita estás, cielo —ronroneo antes de comenzar a moverme.

Mis caderas empiezan su vaivén, al principio muy lentamente, saboreando cada centímetro que entra en contacto con su cuerpo, sintiendo cada descarga de placer subir por mi espalda como ráfagas candentes. Mis dedos se clavan en sus caderas, y veo los suyos ponerse blancos de la fuerza con la que se agarra al filo de la mesa. Mis embestidas se vuelven frenéticas, mis huevos chocan contra su clítoris cada vez que mis caderas chocan con las suyas. El calor va aumentando, los gritos escapan sin control de nuestras gargantas, sus músculos me engullen, me exprimen, me aprietan, y cuando Taylor queda laxa entre mis brazos, me vació en su interior, dejándome caer sobre su espalda.

Ha sido un polvo impresionante... como cada vez que me acuesto con ella. Dejo

caer una docena de besos por su espalda antes de levantarme y arrastrarla conmigo para ponerla de rodillas. Abarco sus pechos con mis manos y acaricio sus pezones suavemente, y ella deja caer la cabeza en mi hombro.

—Vístete, preciosa. El desayuno se enfría.

Horas después, tumbado en el sofá, rememoro la deliciosa visita de Taylor. Como esperaba, no ha podido aguantar hasta esta noche para tener ese polvo pendiente, por lo que he conseguido acostarme con ella una vez más de las acordadas. Pero lo mejor de todo ha sido desayunar con ella, disfrutar de su compañía, de su conversación... simplemente de su presencia en mi vida. Podría acostumbrarme muy rápido a esto, a desayunar juntos sin preocuparnos de nada que no seamos nosotros, pero debo atenerme a la realidad.

El sonido del móvil me saca de mis cavilaciones, y sonrío al ver que es Linda quien me llama.

—Hola preciosa —digo al descolgar—. ¿Cómo está la mamá más sexy del mundo?

—Mejor ahora que te has recuperado. ¿Quieres venir esta noche a cenar a casa? Vamos a hacer una barbacoa.

—¿Para que me esclavices en la parrilla? Ni hablar.

—¿Cómo se te ocurre pensar eso? Estarás tumbado en la nueva hamaca de John sin mover un solo dedo, te lo prometo. Además, he invitado también a Taylor.

—¿Qué te ha contado el cabrón de tu marido? —protesto ante la intención reflejada en su voz.

—John no me ha contado nada, pero no hay que ser muy listo para ver que entre vosotros dos hay química, así que si la cena en casa ayuda a que salte la chispa...

—Muy bien, dile a John que me recoja, pero nada de juegucitos, ¿de acuerdo? Que nos conocemos.

—Prometido. Nos vemos a las ocho. Y ponte guapo.

—Siempre estoy guapo, y lo sabes. Si no fuese porque John la tiene más grande seguro que estarías casada conmigo —bromeo.

—Que no te quepa la menor duda. Pero ya sabes el dicho... caballo grande...

A las siete y media salgo de casa y llamo al timbre de Taylor. Me divierte verla abrirme con cara de susto, claramente agobiada porque aún no está lista.

—Tranquila, solo soy yo —digo con las manos en alto—. Veo que aún no estás lista.

—Lo siento, soy una tardona, pero nunca consigo ser puntual para estas cosas.

Se para delante de mí y da una vuelta completa. Se me hace la boca agua al ver su culo respingón abultando la faldita que lleva puesta, pero disimulo haciéndome el interesante.

—¿Voy bien? —pregunta.

—Veamos... Esa falda te sienta muy bien, resalta tus curvas. Pero para mi gusto... —Me acerco a ella y meto mis manos bajo la tela, abarcando su carne y atrayéndola hacia mí—. Estarías mejor completamente desnuda, para poder follarte como es debido.

—¡Leo! ¡Que tus amigos están al llegar!

—Créeme, preciosa, por eso te libras.

El sonido de mi móvil la libra de contestar, y corre hacia su cuarto para terminar de repararse para la barbacoa. Media hora después, estoy tumbado en una hamaca junto a la piscina con un refresco en la mano, disfrutando de ver a John y Wess esclavizados frente a las brasas. Taylor está en la cocina hablando con Linda, y aunque me gustaría tenerla a mi lado, me gusta ver que se lleva bien con mi mejor amiga.

—¡Despierta, capullo! —grita Wess lanzándome un cubito de hielo— Te he llamado dos veces.

—Lo siento, pero tengo que guardar reposo por prescripción médica, así que os jodéis vosotros con la barbacoa.

—Te estaba preguntando cómo van las cosas con Taylor —ríe John—, pero veo que estás fantaseando con ella ahora mismo.

—No va mal la cosa —contesto ignorando sus bromas—. Os estoy haciendo caso, le estoy dejando espacio y estoy siendo paciente. Además, tampoco es que pueda dedicarme ahora mismo a acosarla, en cuanto hago más esfuerzo de la cuenta empieza a dolerme la cabeza.

—¿Te estás tomando la medicación? —pregunta John.

—¡Pues claro! ¿Acaso crees que soy gilipollas? No quiero terminar sufriendo un ictus o algo peor. ¿Y qué tal todo por la estación?

—La verdad que bastante bien —contesta Wess—. Collins ha resultado ser un bombero excepcional. Aprende deprisa, y ha pasado a ser uno de los mejores.

—Pagará su frustración con el fuego. Vino a casa a amenazarme antes del accidente.

—¿A ti? —pregunta John sorprendido— ¿Por qué?

—Me pilló aporreando la puerta de su hermana, y cuando entró en la casa la vio llorando. Acabábamos de discutir, y no me tomé demasiado bien su negativa.

En ese momento se acercan las chicas, y la conversación queda relegada en el olvido. Cenamos animadamente, entre risas y anécdotas de nuestras andanzas en la brigada, y pronto llega la hora de volver a casa. Wess nos acerca hasta el piso, y Taylor y yo subimos en el ascensor en silencio, sin atrevernos a mirarnos.

—¿Te lo has pasado bien? —pregunto al llegar a nuestro rellano.

—De maravilla. Linda es una mujer maravillosa, y tus amigos son muy divertidos. La noche se ha hecho demasiado corta.

—¿Querrías alargarla? —ronroneo.

—Estoy demasiado cansada, pero no diría que no a una proposición indecente.

Me encanta cuando se pone así de juguetona, pero esta noche mi cuerpo ya no da más de sí, así que acerco lentamente mi boca a la suya. Mis labios rozan los suyos despacio, mi lengua los recorre en una leve caricia que le arranca un gemido, y cuando me separo de ella puedo ver en sus ojos arder la pasión que tanto echaba de menos.

—Mañana a las ocho de la noche voy a follarte —susurro—. Quiero que vengas a mi casa con un conjunto de encaje negro, con medias de liga y tacones de aguja. Vamos a disfrutar de mi primer polvo capital, cariño, y te aseguro que vas a gritar tanto que terminarás afónica.

Dicho esto, me doy la vuelta y entro en mi piso, me dejo caer en la cama con una sonrisa y me duermo con el cuerpo de mi preciosa diosa grabado en mi retina.

Capítulo 12

Ya son casi las ocho, y lo tengo todo preparado para el primer polvo de nuestro trato. He cuidado al máximo cada detalle, esta noche quiero que la seducción sea la protagonista. Mi salón ha sido convertido en un harén. Los sillones han sido relegados al olvido, y en su lugar decenas de cojines de diferentes colores cálidos cubren la alfombra. Varias mesas de café en las esquinas sostienen velas con olor a canela y varillas de incienso con aroma de sándalo. Las cortinas están cerradas, de modo que la única luz de la habitación la aportan las pequeñas velas, y tengo preparados algunos ases más bajo la manga.

Mi atuendo es sencillo: unos pantalones de lino blancos y una camisa a juego, con los pies descalzos y las mangas subidas hasta los codos. Necesito que mi dulce concubina se deje arrastrar por el placer, por la pasión, para poder pasar con ella toda la noche.

El timbre de la puerta hace que mi corazón se salte un latido. Cuando abro me encuentro a Taylor cubierta por una gabardina que le llega por los tobillos, pero por la abertura puedo comprobar que ha seguido mis instrucciones al pie de la letra. La hago pasar con un gesto, y cuando cierro la puerta a nuestras espaldas, la vuelvo hacia mí y desabrocho muy lentamente cada uno de los botones de su abrigo, dejándolo resbalar por sus hombros para comprobar que su conjunto de encaje es tal y como pedí. Recorro con la yema del dedo el borde del sujetador sin apartar mis ojos de los suyos, que arden como dos llamas candentes de deseo.

—Buena chica —susurro—. Ven, siéntate en el salón, voy a por algo de beber.

La ayudo a sentarse en los cojines, y cojo de la cocina un tazón de fresas y un bol de chocolate fundido amargo, que contrastará con el dulzor de la fruta y el frescor del champán, que lleva un buen rato metido en hielo. Vierto una buena cantidad de salsa sobre la fruta, y sirvo dos copas del frío líquido para brindar con ella.

—Por la primera noche —susurro antes de entrechocar nuestras copas.

—Por el primer pecado.

La observo degustar su bebida con los ojos cerrados, y no puedo controlar la

tentación de lanzarme a su cuello y morderla suavemente. Ella ronronea ante la caricia, y moja una fresa en el chocolate y la muerde con lascivia, dejando un reguero de crema caer por su barbilla. Acerco mi lengua al dulce pecado, y succiono suavemente la piel de su comisura antes de unir mis labios a los suyos. No hay más contacto, solo nuestras bocas que juegan a atraparse entre lengüetazos y mordiscos, y cuando me aparto de ella puedo notar su respiración acelerada.

La ayudo a tumbarse en los cojines, y mojo un dedo en el chocolate para trazar un camino sobre su piel, desde su clavícula hasta su ombligo, sin apartar aún la ropa interior. Paseo mi lengua por el dulce, subiendo poco a poco por su cuerpo, y cuando termino de saborearla, me tumbo sobre ella y agarrándola suavemente de las muñecas, hundo mi lengua en el calor de su boca. Taylor gime, se contonea bajo mi cuerpo para rozar mi erección con sus muslos, y ahondo el beso un poco más. Mi lengua baila con la suya, se retira, vuelve a inundar su boca tras un pequeño mordisco en el labio inferior, y mi preciosa amante cierra los ojos presa del deseo.

Me deshago por fin del sujetador y acaricio sus pechos suavemente, pellizcando sus pezones a cada pasada de mis manos. Dejo caer un poco de chocolate sobre la cresta rosada, y me doy un festín con ella, eliminando cualquier rastro de dulce que pueda haber quedado, mordiendo suavemente para acariciarlo con mi lengua un segundo después. Taylor está totalmente entregada a mis caricias, sus manos se cierran sobre la tela de las almohadas, y sus caderas ondulan buscando las mías. Bajo por su estómago hasta toparme con el encaje de sus braguitas, y lo aparto para acariciar su abertura con la lengua y descubrir que está completamente mojada, completamente preparada para mí.

Aparto un poco sus labios para poder hundir mi lengua hasta el fondo, acariciando su clítoris hinchado, recogiendo el dulce néctar que cae por sus pliegues, e introduzco dos dedos en su canal para comenzar a moverlos, alcanzando su punto G y haciéndola gritar. Lamo, chupo, muerdo su botón una y otra vez, acaricio sus pliegues, me alimento de ella, y cuando está a punto de alcanzar el orgasmo me aparto con un beso suave y subo hasta su boca.

—Aún no, preciosa —susurro—. Nos queda mucha noche por delante.

—Necesito correrme, Leo —implora.

—Lo sé, pero debes ser paciente. Te prometo que merecerá la pena.

Me deshago de mi camisa con un solo movimiento, y dejo caer mis pantalones hasta el suelo para quedar completamente desnudo frente a ella, que gatea hasta mí y se coloca

de rodillas para meterse mi polla en la boca. ¡Joder! Me recorre un escalofrío al verla mirarme traviesa mientras me engulle por completo, y siento sus uñas acariciar mis bolas lentamente antes de que sus dedos jueguen con ellas. Me encanta... es la mejor mamada que me han hecho en mi puta vida, y no puedo evitar gemir con los ojos cerrados cada vez que siento sus labios cerrarse sobre mi miembro.

La sostengo suavemente del cabello, para marcarle un ritmo más lento, porque como siga así voy a correrme antes de lo que me gustaría, y disfruto de la sensación, del placer indescriptible, de la intimidad que se está tejiendo entre nosotros como una tela de araña que nos atrapa. Cuando ya no puedo más, la separo lentamente de mi cuerpo y la vuelvo a tumbar en la alfombra, me deshago de sus braguitas y subo sus piernas para colocarme perpendicular a ella y empalarme hasta la empuñadura. Acaricio sus pechos mientras bombeo en ella, con embestidas lentas, sin apresurarme, disfrutando de sus gemidos de placer. Aumento el ritmo y hundo un dedo entre sus pliegues para encontrar su clítoris hinchado, y continúo moviéndome cada vez más deprisa, desesperado por hacerla llegar al orgasmo, necesitando llegar yo con ella.

Taylor mueve sus caderas al compás de las mías, saliéndome al encuentro a cada embestida, haciendo que mi polla choque una y otra vez con su sexo, que me exprime, me engulle, me aprisiona, y con un gritito delicioso sus músculos se contraen llevados por el orgasmo, arrastrándome a mí también.

Permanecemos tumbados sin movernos, simplemente respirando, y cuando ella hace el intento de moverse cruzo mi brazo sobre su cintura.

—¿Dónde crees que vas? —pregunto sin abrir los ojos— No he acabado contigo.

—Estoy pegajosa, quiero lavarme.

—Contaba con eso, cariño.

De un salto, me pongo de pie y tiro de ella hasta hacerla chocar con mi cuerpo, y la beso despacio, un beso que no tiene aún nada de sexual, pero igualmente placentero.

—Vamos, tenía pensado darme un baño contigo.

—Veo que lo tienes todo calculado al milímetro, ¿eh? —pregunta con una sonrisa.

—Solo tengo siete oportunidades de acostarme contigo, mi preciosa diosa, así que tengo que aprovecharlas bien.

El cuarto de baño está adecuado igual que el salón, iluminado con pequeñas velas y aromatizado con incienso de jazmín. Tuve el atino de poner el agua hirviendo en la

bañera, así que ahora está tibia, perfecta para lo que tengo en mente. Enciendo las burbujas del jacuzzi y me siento en el escalón, y tiro de ella hasta dejarla sentada sobre mis rodillas.

—Ahora vamos a deshacernos de toda esa pringue —susurro.

Vierdo un poco de gel en mi mano y comienzo a pasarla lentamente por su piel, retirando el chocolate que haya podido quedar, y avivando de nuevo el fuego de mi dulce acompañante. Acaricio suavemente sus pezones, su estómago... y bajo hasta sus rizos, donde me recreo llenándolos de jabón antes de introducir un dedo entre sus pliegues y acariciar levemente su clítoris.

Taylor deja caer la cabeza sobre mi hombro, y abre las piernas por completo para quedar abierta para mí. Muerdo su cuello mientras juego con sus pechos, amasándolos, pellizcando sus pezones, y bajo de nuevo hasta su sexo para guiarme hasta su interior.

—Mmm... por fin —gime ella.

Comienzo a moverme despacio, pero es ella quien tiene el control. Sus caderas comienzan a ondular, haciéndome salir y entrar de su cuerpo cada vez más deprisa. La postura hace que su sexo me aprisione, y siento mucho más el roce, sobre todo en mi glande hinchado. No puedo más, necesito llevar el control, así que la hago salir de mi cuerpo y la envuelvo en una toalla antes de cogerla en brazos y dejarla caer en mi cama, donde llevo queriendo tenerla desde que entró por la puerta.

Coloco sus tobillos a la altura de su cabeza y me empalo en ella de una sola estocada, para moverme dentro y fuera de ella a toda velocidad. Siento que voy a partirla en dos, ella grita palabras ininteligibles y se agarra a mis brazos hincándome las uñas. Voy a estallar, mis huevos chocan contra su dulce culito y aumentan el placer que estoy sintiendo.

—¡Joder, sí! ¡Más fuerte! ¡Más fuerte! —grita Taylor.

Mis venas están a punto de estallar. Mi espalda se arquea a cada embestida, y mis dedos se clavan en sus tobillos cada vez que mi pelvis choca contra la suya. Estoy tan cerca... necesito que se corra, necesito que me ordeñe como solo ella sabe hacerlo, y cuando siento la primera succión de su sexo sobre mi polla, me dejo ir con un grito ahogado y caigo rendido en la cama.

Ha sido un polvo alucinante. Inspiro profundamente para conseguir llenar mis pulmones de aire, y mi mano tiembla cuando acaricio lentamente su mejilla sonrosada.

Taylor me regala una sonrisa, una capaz de derretirme el alma, y se apoya en mi pecho con un suspiro. La rodeo con mis brazos y permanecemos así un buen rato, tan solo disfrutando del momento, escuchando el latir de nuestros corazones, y poco a poco me quedo dormido.

Me despierto cuando las primeras luces de la mañana se cuelan por la persiana entrecerrada, y no puedo describir lo que siento al ver a Taylor dormida junto a mí, con una de sus piernas atrapada entre las mías. Disfruto de la forma en que el sol incide sobre la piel de su mejilla, y acaricio lentamente uno de sus pezones mientras la observo dormir. Sus pestañas aletean antes de dejar al descubierto sus preciosos ojos, y una sonrisa perezosa brota de sus labios mientras se despereza y se vuelve hacia mí con la cabeza apoyada en la mano.

—Buenos días —susurro.

—Buenos días. Parece que me he quedado dormida.

—Ambos lo hemos hecho, pero no tenemos prisa, ¿verdad? No tenemos que ir a ninguna parte.

—Debería irme ya —dice antes de besarme fugazmente.

—Si sigues así no pienso dejarte marchar.

—Tengo que hacer unos recados, Leo. Y tú tienes que descansar.

—Estoy bien, nena, no te preocupes por mí.

—Has hecho demasiados esfuerzos esta noche, campeón. No vayas de súper héroe.

—De acuerdo, descansaré... si te quedas conmigo.

—Ni hablar. El tiempo de tu primer pecado ha concluido.

Mi chica se levanta de la cama y corre al salón a buscar la poca ropa que trajo anoche. Yo la sigo lentamente, deleitándome con el movimiento de su cuerpo, saboreando cada segundo hasta que abre la puerta y se vuelve hacia mí.

—Estás desnudo, Leo —ríe—. No tienes vergüenza.

—Ni la más mínima.

La agarro de la cintura y pego su cuerpo al mío para darle el último beso de la cita. Me recreo saboreándola, incitándola, tentándola para que se quede conmigo, pero ella apoya las manos en mi pecho y me aparta suavemente.

—Ve a descansar, Leo, por favor.

—De acuerdo —contesto suspirando—. Hasta la próxima, preciosa.

—Hasta la próxima.

Me quedo apoyado en el quicio de la puerta hasta que ella cierra la suya, y sonrío satisfecho. Mi plan ha salido perfecto. Si todo sigue como hasta ahora, cuando llegue el último pecado Taylor será mía para siempre.

Capítulo 13

Llevo una semana en casa guardando reposo, y la verdad es que estoy hasta los cojones de que todo el mundo me cuide como si fuese un bebé. Mis padres no paran de llamarme a todas horas, Linda ha cogido por costumbre hacerme varias visitas al día armada con la llave de mi casa que tiene su marido... y luego está Taylor. A ella hay que echarle de comer aparte.

No ha vuelto a repetirse la grandiosa noche que pasamos juntos, y no porque no haya intentado seducirla, sino porque ha estado todo el tiempo comportándose como una verdadera sargento conmigo. En cuanto oía la televisión más tarde de las doce de la noche, ya estaba llamando a mi puerta para mandarme a la cama a descansar. Yo intentaba aprovechar la situación para conseguir meterla en ella conmigo, pero lo único que he conseguido ha sido una reprimenda con los brazos en jarras. Y para qué negarlo... me ponía cachondo perdido con esa actitud.

En tres días volveré al trabajo de una vez por todas, mi médico ha claudicado y me ha dado el alta, aunque ese también ha protestado lo suyo. ¡Me encuentro bien! ¿Por qué nadie quiere entenderlo? A partir de ahora voy a ser el Leo de siempre, nadie va a volver a decirme lo que tengo que hacer, y desde luego voy a empezar saliendo a la calle. Hay ciertas cosas que me gustaría comprar, porque mis cocineras, Taylor y Linda, me han tenido alimentado a base de cocina saludable. ¡Me muero por una hamburguesa, joder! O mejor... un buen chuletón de ternera a la parilla.

Me doy una ducha rápida y me pongo una camiseta de tirantes y un pantalón de deporte, que está haciendo calor, y me dispongo a conducir hasta el supermercado, pero me sorprende al ver a Taylor sentada en el rellano de nuestro piso con cara de desolación y una carta en la mano.

—Nena, ¿qué haces ahí tirada? —Estiro mi mano hacia ella—. Vamos, levanta de ahí.

Ella obedece, pero sigue con la mirada perdida en el suelo, una mirada llena de desolación que me preocupa mucho.

—Ey —susurro levantándole la barbilla— ¿Qué te ocurre? ¿Va todo bien?

—Estoy en la calle.

—¿Cómo que estás en la calle? ¿Qué ha pasado?

—Mis ahorros se han terminado y no he podido pagar el alquiler, así que mi casero me ha dado cuarenta y ocho horas para dejar el piso.

—¿Puede hacer eso?

—Me temo que sí. Hay una cláusula en el contrato para eso. Tengo que irme en dos días.

—Lo siento mucho —digo abrazándola.

—No sé qué voy a hacer, Leo. No tengo trabajo, ni ahorros.

—Deberías hablar con tu hermano, nena. Puedes irte a vivir con él.

—Es la única opción que me queda aunque no me guste. Mathew es muy maniático, y siempre hemos chocado mucho.

Una idea empieza a rondar mi cabeza. Es una locura, descabellada, pero antes de darme cuenta las palabras salen de mi boca.

—Vente a vivir conmigo.

Taylor me mira como si me hubieran crecido dos cabezas, y a mí me da la risa. Realmente eso ha sonado muy mal, demasiado mal para la situación, pero levanto las manos antes de explicarme.

—No me mires así, que no me refiero a lo que estás pensando —aclaro.

—Me alegro, porque me han dado ganas de salir corriendo.

—Tengo una habitación de invitados, puedes quedarte allí mientras no encuentres un trabajo. Podemos guardar tus cosas en la cochera, hay suficiente espacio.

—No sé si es buena idea...

—Es la mejor opción que tienes, nena. Sabes que yo no soy tan rarito como Mathy en capullo. —Ella sonrío—. Vamos, di que sí... Seremos compañeros de piso.

—Pero no puedo irme a vivir contigo, no tengo cómo pagarte.

—¿Ah, no? Yo creo que sí. Puedes cocinar y ocuparte de las tareas de la casa cuando yo no esté, y compartirlas conmigo los días que tengo descanso. Nos haremos compañía...

—¿Y qué pasa con nuestro acuerdo?

—¿Qué pasa con él?

—Vivir contigo será genial mientras esté vigente, pero ¿qué pasa si aún no he encontrado trabajo cuando se termine?

—Te di mi palabra, Tay. Nada va a cambiar eso. Si no quieres seguir conmigo cuando termine el acuerdo te dejaré en paz, tanto si vives conmigo como si no.

Ella se lo piensa unos minutos, y yo permanezco expectante, cruzando los dedos para que acceda y se venga a vivir conmigo. Tras unos minutos, que me parecen eternos, ella asiente.

—De acuerdo, pero por favor, no quiero que Mathew se entere del motivo por el que lo hago. Se cabrearía muchísimo, y no tengo ganas ni fuerzas para pelearme con él.

—Pensaré que estamos juntos... A mí no me importa, pero...

—Me da igual lo que piense. Es mi vida, y si no le gusta mi decisión es asunto suyo.

—Muy bien, pues vamos a buscar unas cajas para empezar a trasladarte.

Ella se agarra a mi mano y pega su cuerpo al mío cuando bajamos por el ascensor. Aunque permanezco calmado, por dentro estoy dando saltos pensando en todas las posibilidades que tengo de seducirla teniéndola bajo el mismo techo. Nos pasamos toda la tarde organizando sus pertenencias en cajas, empaquetando y trasladando a la cochera. Hace calor, estamos cansados, y ya son las siete de la tarde. Me acerco a ella con una botella de agua fría y dejo caer un reguero de líquido por su nuca, consiguiendo que dé un salto.

—¡Serás... —protesta arqueando la espalda.

—Vamos, es tarde y estamos cansados. Mañana terminaremos con esto.

—Tienes razón, necesito una ducha.

—Coge algo de ropa y te das un baño en casa.

—Aún puedo quedarme aquí, Leo.

—No, no puedes. Si te quedas aquí, verás tu casa dismantelada y te deprimirás, y te pasarás la noche llorando. Mueve el culo y vamos a casa.

—Pero...

—¿Por las buenas o por las malas? —protesto.

—Según cómo sean las malas... —Está juguetona, y me gusta ver que no se ha venido abajo después de todo.

—O vas por tu propio pie... o te llevo a rastras. Tú decides.

Sale a correr hasta el dormitorio riendo a carcajadas, y voy tras ella. La veo saltar sobre la cama para pasar al otro lado de la habitación, y me corretea un rato, hasta que, de un salto, la atrapo de la cintura y la dejo caer sobre la cama. Su respiración está tan acelerada como la mía, y de repente las risas dan paso a un deseo tan salvaje que apenas puedo controlarlo. Ella me mira con la pasión dibujada en su retina, sus pechos suben y bajan, sus manos se han quedado paradas en mis antebrazos. Bajo la cabeza muy lentamente, dándole la oportunidad de apartarse, pero ella permanece quieta, con los ojos cerrados, esperando mi llegada, deseando tanto como yo unir mi boca a la suya.

El teléfono suena de repente y rompe la magia del momento, así que me aparto de ella y salgo de la habitación para contestar. Mi cabreo es monumental al ver que es Wess quien me llama.

—¿No había horas para llamarme, gilipollas?

—¡Ey! ¡Que solo quería ver cómo estabas! —contesta.

—Pues me has cortado el rollo, capullo.

—Deduzco que estabas con Tay.

—Deduces bien. Estoy de puta madre, y ahora, si me disculpas, vete a darte una vuelta.

Cuelgo el teléfono protestando, y cuando me doy la vuelta veo que Taylor se acerca por el pasillo con una bolsa de mano.

—Creo que con esto puedo apañarme hasta mañana —dice.

—Muy bien, si estás lista, vamos a casa.

Taylor va directamente a la ducha y yo a preparar la cena, pero me doy cuenta de que al final no he comprado nada en el supermercado, y lo único que tengo es comida precocinada. Me siento en el sofá a ver las noticias esperando que ella termine, pero mi mente no deja de viajar hasta el cuarto de baño, no deja de imaginarla desnuda, enjabonando cada centímetro de su precioso cuerpo, y el mío responde al momento. Tengo una enorme tienda de campaña entre las piernas, y no quiero que ella piense que solo la quiero para follar, o que he aprovechado la oportunidad para tenerla en mi cama cada vez

que se me antoje.

Cuando sale del baño, me apoyo en la mesa para alejar de su vista mi erección.

—Tenemos un problema —comento—. Con el lío de la mudanza no fui al supermercado, así que solo hay comida precocinada.

—¿Y cuál es el problema con eso? —pregunta con una ceja arqueada.

—Pues que o bien cenamos lasaña congelada o llamamos para que nos traigan algo para cenar.

—La lasaña por mí está bien. Pero si tú prefieres otra cosa...

—A mí me da lo mismo, nena.

Me acerco al congelador y comienzo a sacar paquetes para ponerlos en la encimera. Hay macarrones con queso, lasaña, una pizza...

—Elige —digo sonriéndole.

—Me quedo con la lasaña.

—Muy bien. Voy a meter esto en el horno mientras me ducho. ¿Lo vigilas, por favor?

—Claro, Leo. Ve a ducharte.

Cuando salgo del cuarto de baño veo que Taylor ha puesto la mesa, ha preparado una ensalada y ha abierto una botella de vino.

—Veo que has estado ocupada —comento sentándome en la silla.

—Tenía ingredientes para hacer una ensalada en mi frigorífico, y también esta botella, así que...

—No, si me encanta la ensalada, ¿eh?

—Pues siéntate, la cena ya está.

Disfruto viéndola comer mientras vemos una película, y cuando terminamos recojo la mesa y me siento con ella en el sofá. Taylor apoya la cabeza de inmediato en mi hombro y pasa sus brazos por mi cintura, y disfruto abrazándola, saboreando el olor de su cabello, sintiendo su cuerpo relajarse junto al mío. El tiempo parece haberse detenido esta noche, y no puedo evitar desear estar así muchas veces más.

Cuando la película termina, me doy cuenta de que ella se ha quedado

completamente dormida tumbada en mi pecho, así que la cojo en brazos y la llevo hasta mi cama. Tay abre los ojos al tocar el colchón, y mira extrañada a su alrededor.

—Esta es tu habitación, Leo. —Intenta incorporarse, pero se lo impido.

—No tengo la otra preparada, así que quédate aquí. Yo dormiré en el sofá.

—Quédate aquí conmigo.

—Nena... Sabes lo que puede pasar si me quedo.

—Tan solo dormir, Leo. Hoy necesito tenerte cerca. Necesito que me abracés, por favor.

Suspiro antes de quitarme la camiseta y meterme en la cama. Taylor se acurruca junto a mí antes de que haya puesto la cabeza en la almohada, y me abraza con fuerza, como si tuviese miedo de perderse si me suelta. Sé que esta situación le asusta, se siente indefensa, y lo único que puedo hacer por ella es hacerle vez que no está sola, que siempre estaré ahí para ayudarla.

Capítulo 14

Me despierto sintiendo el peso del brazo de Taylor sobre mi cintura. Me doy la vuelta para disfrutar contemplándola, absorbiendo sus rasgos, y me encuentro con que uno de sus deliciosos pechos ha escapado por el cuello de la camiseta que se ha puesto para dormir. Mi boca empieza a salivar al momento, y mi mano sube inconscientemente por su cintura hasta encontrar la cresta rosada. Sé que no debo hacerlo, estoy cruzando los límites, pero no puedo controlar las ganas de tocarla.

Acaricio su pezón lentamente, con miedo de que se despierte y salga huyendo de mi vida. Mi polla crece por momentos, ávida de entrar de nuevo en ella. El pequeño capullo vuelve poco a poco a la vida, y de su garganta brotan pequeños gemidos de placer que hacen que mi sangre hierva. Aparto mi mano de su pecho para sustituirla con mi boca, y me meto el pezón en la boca para succionarlo suavemente, mientras acaricio mi polla por encima de la ropa para calmar el ardor que me consume.

Sus caderas comienzan un vaivén delicioso, buscándome, intentando calmar su sexo, e introduzco la mano por sus braguitas hasta encontrar sus labios húmedos, su clítoris hinchado. Comienzo a hacer círculos sobre él, y la mano de Taylor se enreda inconscientemente en mi pelo. Me quedo muy quieto, pero por suerte no se ha despertado, así que cubro de nuevo su cuerpo y escapo hasta el cuarto de baño. ¿En qué cojones estaba pensando? Si llega a despertarse yo...

Aún estoy cachondo, me duelen los huevos y necesito correrme. Me siento en la tapa del váter con los pantalones por los tobillos y comienzo a masturbarme imaginando a la mujer que duerme a pocos metros de donde me encuentro. La imagino desnuda en la ducha, contoneándose de espaldas. Se enjabona las curvas con una sonrisa, mirándome traviesa sobre su hombro, para darse la vuelta y enjabonar sus pechos, su estómago, y enterrar las manos entre sus rizos sedosos. Acto seguido comienza a masturbarse, dándose placer con las manos con lascivia, viendo cómo con una mano pellizcaba su pezón mientras con la otra acaricia su clítoris hinchado.

Mi mano se mueve cada vez con más brío sobre mi polla hinchada, apretándola, estrujándola como si estuviera enterrada en el sexo de Taylor. El sudor perla mi frente, mis

músculos se tensan cada vez más y más. Una gota de líquido perlado surge de mi glande, y con la mano que tengo libre aprieto mis bolas para darme más placer. Los movimientos de mi mano se vuelven frenéticos, el placer sube por mi espalda como una serpiente seductora. No puedo evitar que los gemidos entrecortados escapen de mi garganta. El placer se vuelve intenso, devastador, asfixiante, y con un grito me corro en las baldosas de la pared.

Jamás, en mi puñetera vida, me he sentido más miserable que ahora. ¡Soy un puto perverso! ¿Cómo pretendo ganarme su confianza si a la primera de cambio hago una gilipollez como esta? Me doy una ducha rápida para quitarme el semen de las piernas y bajo a comprar algo para desayunar. Cuando vuelvo a casa, Taylor sale del cuarto de baño secándose el cabello con una toalla, y la miro esperando la reprimenda que nunca llega.

—¿Llevas mucho despierta? —pregunto para disimular.

—Me has despertado al cerrar la puerta. ¿Qué traes ahí?

—Café y donuts. Espero que tengas hambre porque he comprado de todas clases.

Nos sentamos a desayunar en silencio, y disfruto del placer de verla sentada a mi mesa con la luz de la mañana incidiendo sobre su pelo. ¿Qué cojones me pasa? Necesito un buen polvo, tiene que ser eso.

—En cuanto termine voy a terminar de recoger la casa —dice sin apartar la vista del periódico—. El dueño vendrá a las ocho a recoger las llaves, y no quiero que se quede con nada.

—Puedo ayudarte, si quieres.

—Ya estoy abusando demasiado de tu hospitalidad, Leo.

—Aprovéchate de mí, Tay. Hasta mañana no entro a trabajar.

—¿Seguro que no te importa?

—Por favor, nena, me ofendes.

Pasamos toda la mañana recogiendo sus pertenencias. Yo me centro en la cocina, no quiero invadir la intimidad de su dormitorio, y tras comer terminamos con la maldita mudanza. Después de llevar todas las cajas a la cochera, me dispongo a coger las que ha seleccionado para dejarlas en casa, y voy al supermercado a comprar la cena de esta noche, que no estoy dispuesto a cenar comida precocinada otra vez. Aún no he puesto las bolsas en la encimera de la cocina cuando llaman a la puerta. No me da tiempo a ver nada,

antes de poder echarle un vistazo a la visita un puño se estrella contra mi nariz, haciéndome aullar de dolor.

—¿Pero se puede saber qué coño te pasa, Mat? —grita Taylor viniendo en mi auxilio.

—¡Te dije que dejases a mi hermana en paz! —grita el gilipollas.

Tay examina mi nariz e intenta cortar la hemorragia metiéndome un trozo de papel por el orificio.

—¿En qué demonios estabas pensando? —grita ella dándole un empujón— ¡Acaba de salir del hospital!

—Que te hubiese dejado en paz.

—¿Y a ti qué te importa lo que haga con mi vida? Creo que ya soy mayorcita para decidir por mí misma, ¿sabes?

—¡Le dije que no se acercase a ti!

—¿Y quién te dice que no ha sido tu hermana quien me ha buscado a mí, gilipollas? —protesto dándole un empujón.

—¡Te voy a matar!

—Vamos, novato... ten cojones de tocarme otra vez.

Taylor se coloca entre nosotros con los brazos abiertos, apoyando una mano en el pecho de su hermano y otra en el mío.

—¡Parad de una vez! Parecéis críos de primaria. Leo, por favor, déjame hablar con mi hermano.

Levanto las manos en alto y vuelvo a la cocina, a dedicarme a guardar la compra en su lugar.

—¿Por qué te importa tanto que esté saliendo con Leo? —pregunta Taylor.

—¡Es mi jefe! Y no solo eso, no me huele bien todo esto. ¿Por qué te has mudado con él tan de repente? ¡Y sin decirme nada, Tay!

—Tengo treinta y cinco años, Mat, no tengo edad de andarme con tonterías. Nos gustamos, queremos estar juntos, y la mejor manera de hacerlo es vivir juntos para ver si somos compatibles.

—Hace unos días decías que no querías estar con nadie.

—Sabía que no te iba a gustar enterarte de lo nuestro.

—No, no me gusta. Tiene fama de mujeriego, Tay. No quiero que vuelva a pasarte lo mismo.

—Sé cuidarme sola, no hace falta que lo hagas tú.

—Muy bien, haz lo que quieras, pero te juro que como te vea llorar una única vez, voy a reventarle la cara. ¿Me oyes, capullo? Te mataré como la hagas sufrir.

Dicho esto, Mathew sale de la casa dando un portazo, y Taylor se deja caer en el sofá con un suspiro.

—Lo siento, Leo, de verdad. No quería que pasara todo esto, pero si se entera de la verdadera razón por la que vivo contigo dejaría de hablarme de por vida.

—Vamos, ven aquí y ayúdame a cocinar. Olvida lo que acaba de pasar.

—Va a hacerte la vida imposible en la brigada por mi culpa.

—Taylor, allí yo soy el jefe, no puede hacer nada porque Tisdale le daría una patada en el culo. No te preocupes por tu hermano, sabré manejarle.

Cenamos tranquilamente y dejo a Taylor viendo una película mientras recojo los platos.

—Bueno, me voy a la cama, que mañana entro a trabajar a las seis —digo dirigiéndome al dormitorio—. Buenas noches.

—Que descanses, Leo.

Me meto entre las sábanas, pero no puedo pegar ojo. Escucho a Taylor en el salón, llorando a lágrima viva con una de esas películas cursis que tanto gustan a las mujeres, y me muero de ganas de acercarme a ella para consolarla y hacerle el amor. De pronto caigo en la cuenta de que me he enamorado de ella, total e irreversiblemente. Toda mi obsesión es porque no puedo vivir sin ella, y el miedo me atenaza el estómago impidiéndome respirar. ¿Qué pasará si ella no siente lo mismo? ¿Qué haré si después de nuestro acuerdo ella decide seguir su vida sin mí?

La oigo apagar la televisión, y sus pasos la llevan hacia el cuarto de baño. Escucho el agua del lavabo correr, y sus zapatillas se arrastran hasta su nuevo dormitorio. Pasan los minutos como si fueran horas, no consigo conciliar el sueño imaginando a mi chica dormida apaciblemente al otro lado del pasillo, pero su silueta en el quicio de mi puerta me sorprende. Permanezco en silencio, esperando su próximo movimiento, esperando a

ver si se atreve a entrar en el cuarto para despertarme.

—¿Estás dormido? —susurra.

—No, no lo estoy. ¿Qué ocurre?

—¿Puedo dormir contigo? No sé por qué no consigo hacerlo en el otro cuarto.

Suspiro antes de incorporarme y encender la luz.

—Taylor, esta mañana, cuando te he visto dormida a mi lado, he muerto de ganas por desnudarte y hacerte el amor. He tenido que masturbarme como un colegial en el baño para no incumplir nuestro acuerdo.

—Lo sé —susurra—. Te he oído hacerlo.

Sus palabras me dejan en estado de shock.

—Te he oído y me moría de ganas por entrar y calmar ese ardor, Leo. Porque yo también estaba ardiendo.

—¿Y por qué no lo has hecho?

—Porque no quería darte falsas esperanzas. Porque sigo sin estar preparada para una relación, y no quiero poner en peligro nuestra amistad porque no sepa controlarme. Pero no sé qué me pasa que solo consigo dormir si estás a mi lado. En cuanto te has levantado de la cama me he despertado, y ahora no soy capaz de descansar.

—Taylor, si vuelvo a dormir contigo será porque has decidido darme una oportunidad, no antes. No voy a jugar a la parejita feliz contigo cuando a ti te venga bien, porque al final seré yo quien termine jodido. Lo siento.

Ella asiente y sale de la habitación con la cabeza gacha y los ojos anegados en lágrimas. Suspiro y voy tras ella, no voy a hacer lo que me pide, pero tampoco quiero hacerla pasarlo mal. La encuentro acurrucada en su cama, llorando a mares, y se me parte el alma al verla tan vulnerable. Me siento junto a ella y levanto su cara lo justo para borrarle las lágrimas, y beso suavemente sus labios.

—No quiero que te lo tomes así, nena, de verdad.

—Pero es que no quiero hacerte daño. Debería haberle dicho a Mat la verdad y haberme ido con él.

—No he dicho eso. Fui yo quien te ofreció vivir aquí, y todo irá bien. Necesitaba que entendieses por qué no voy a dormir contigo, nena, nada más.

—Ya, pero...

—¿Acaso crees que yo no quiero hacerlo? Pero tú no quieres darme más que nuestro acuerdo, y no quiero terminar destrozado cuando se termine. Ni siquiera sé por qué acepté ese estúpido acuerdo...

—¿Entonces quieres que lo rompamos?

—No, claro que no. Pero puedo soportar mentalizarme de que eso será todo si no pasamos de ahí, ¿lo entiendes?

—Creo que sí.

—Muy bien, entonces intenta descansar. Nos veremos dentro de dos días.

—Buenas noches.

Me alejo de ella con la seguridad de que no volverá a derrumbarse, y me meto en la cama para permanecer mirando al techo, pensando que mi plan es una bomba de relojería que va a explotarme en la cara por gilipollas.

Capítulo 15

Cuando llego a la estación, el silencio es casi sepulcral. No he pegado ojo en toda la noche pensando en la mujer que dormía al final del pasillo, y sé que ella tampoco ha dormido demasiado. La oía dar vueltas en la cama, levantarse al baño o resoplar intentando conciliar el sueño sin éxito. Creo que la idea de vivir juntos va a ser mi peor pesadilla, pero es la única manera de hacerle ver que yo no soy como el cabrón de su ex marido.

Me extraña que las luces estén apagadas, siempre hay alguien en la central cuando yo llego, y cuando acciono el interruptor todos mis compañeros me reciben con una pancarta y vítores de bienvenida.

—¡Seréis capullos! —digo con una sonrisa.

—Bienvenido de nuevo, Johnson, ya era hora de tenerte de vuelta —dice el capitán.

—Me moría de ganas por volver, jefe, estaba empezando a oxidarme.

—No te emociones, chico, que aún no vas a volver a la acción. Permanecerás aquí, entrenándote de nuevo, hasta que yo crea conveniente que vuelvas a dirigir la unidad.

—Muy bien, señor. Mejor eso que aburrirme en casa.

—Tengo entendido que no tienes muchos motivos para aburrirte ahora que tienes novia —añade Nikky.

Sonrío ante el bufido de Collins, que sale de la habitación dando un portazo.

—¡Guau! A alguien no le hace mucha gracia que salgas con su hermana... —dice Michaels.

—Dos problemas tiene —sentencio—. Más vale que se haga a la idea.

Paso gran parte de la mañana entrenando con Wess y John, que no se tragan demasiado mi relación con Taylor.

—Me pregunto cómo has convencido a Taylor para que salga contigo cuando hace unos días no quería ni hablar de hombres... —dice John.

—A vosotros no puedo mentiros, tíos, pero jurad que no comentaréis nada. Collins no puede enterarse, di mi palabra.

—Me insultas, colega —protesta Wess—. Vamos, ¿qué ocurre?

—Taylor se ha quedado sin ahorros y la han echado de su casa. No quería irse a vivir con su hermano porque es bastante gilipollas, como ya sabemos todos, así que le ofrecí que se viniera a vivir conmigo.

—Te va a explotar en la cara, tío —dice John.

—¿Crees que no lo sé? ¿Pero qué querías que hiciera? La quiero, ¿sabes? Estoy enamorado de ella.

Un silencio sepulcral inunda el gimnasio. No me extraña, es la primera vez en mi vida que confieso estar colgado por alguna chica, y mis amigos deben estar flipando en colores.

—¿Y qué pasa con vuestro acuerdo? —pregunta Wess.

—Sigue vigente. Pero no sé cómo hacerlo, no sé cómo separar una cosa de la otra. Anoche quería dormir conmigo y me negué.

—Tú eres gilipollas —ríe Wess.

—No, tío, hizo lo correcto —me defiende John—. Necesitas poner distancia entre vosotros, y ese ha sido un buen primer paso. Que vea que solo te acuestas con ella cuando quieres, que eres tú quien manda. Si nota que te tiene comiendo de su mano al final saldrás mal parado.

—Me sentí como una mierda cuando la vi llorando, tíos, y de buena gana la habría arrastrado hacia mi cama, pero necesitaba poner distancia.

—¿Y qué vas a hacer con Collins? No parece muy contento con la situación.

—Ayer vino a mi casa a pegarme un puñetazo, y te juro que no se lo devolví por ella. El subnormal me dejó sangrando como un cerdo.

—No entiendo por qué es tan protector con ella —dice John—. Tengo entendido que ella es la mayor.

—Supongo que se siente culpable por lo que le hizo su ex —reflexiona Wess—. Desde luego yo me sentiría así.

—Pero yo no tengo la culpa de lo que le pasó, y ya es hora que los dos lo entiendan.

De pronto escucho la voz de Clarise resonar por la estación.

—Atención brigada ciento dieciocho. Código diez setenta y cinco en el ciento sesenta y tres de Park Avenue. Fuego de clase A.

Miro a mis chicos y les hago una señal con el cuello.

—A por él, colegas. Dadle una buena paliza.

El silencio que precede al aviso de un incendio es ensordecedor. Nunca me había parado a pensar en el estado en el que queda la estación cuando nosotros salimos hacia un incendio. Me sirvo un café y me acerco a la ventana. Estoy aburrido, y hace mucho que no hablo con mi chica preferida, así que marco su número y espero a que conteste.

—Buenas tardes, oficial sexy —ronronea Clarise al otro lado de la línea.

—Buenas tardes, operadora impresionante. ¿Qué tal te encuentras?

—Gorda. Pesada. Y horrible.

Río a carcajadas ante su tono de desesperación. Clarise lleva casada unos seis años, pero Tom y ella no habían tenido la suerte de concebir el hijo que tanto deseaban. Ahora ella está de cinco meses gracias a la fecundación *in vitro*, y pronto serán los padres más felices del mundo.

—Tú jamás estarás horrible, preciosa.

—Cómo se nota que no me has visto. Parezco un tonel.

—¿Sabes ya el sexo del bebé?

—Sí, dos niñas y un niño.

—¡Madre de Dios! ¿Trillizos, Clary? Tu todo lo haces a lo grande, ¿eh?

—En la clínica nos plantearon la posibilidad. En este tipo de fecundaciones son comunes los partos múltiples, y dentro de lo que cabe solo son tres, así que...

—Enhorabuena, cariño, de verdad te lo mereces.

—Como siga engordando a este ritmo voy a tener que darme de baja antes de lo previsto.

—¿Volverás con nosotros?

—¿Estás de broma? Con tres niños que criar no tendré tiempo ni de mirarme al espejo.

De repente una idea comienza a formarse en mi cabeza.

—¿Me harías un enorme favor?

—Ya sabes que mientras no se entere Tom... —bromea.

—¿Tú puedes echarme un cable para que una amiga mía se quede con tu puesto cuando te vayas?

—Veré lo que puedo hacer. Te gusta, ¿verdad?

—Eres demasiado lista para mi bien.

—Corre la voz de que te has echado novia y que vives con ella.

—Me has cazado. —Sonríe—. Necesita trabajar, no se siente cómoda dejándome a mí que lo pague todo, ya sabes...

—No te prometo nada, pero te advierto que aún me quedan un par de meses dando guerra por aquí.

—Precisamente... no tengo prisa.

—¿Y tú qué tal estás?

—Agobiado. Todo el mundo intenta decirme lo que tengo que hacer, pero me encuentro perfectamente y podría estar apagando a ese hijo de puta en vez de aquí sentado sin hacer nada.

—A ver, Superman, que acabas de salir del hospital y has sufrido un accidente muy grave. Tienes que bajar el ritmo.

—Ya lo sé, pero...

—Has estado en coma, casi mueres, ¿lo pillas?

Me encanta cuando se pone en plan teniente O'Neill conmigo. Somos amigos desde que entré en el cuerpo, y siempre se ha portado como si fuera mi hermana mayor. Una mezcla de sargento y hermana mayor.

—Sí, mi teniente, lo pilló.

—Así me gusta, que seas obediente.

—Cómo te gusta dominarme, ¿verdad, cariño?

La respuesta de Clarise se pierde al ver por el rabillo del ojo a Taylor parada en la puerta con una mezcla de ira y decepción en los ojos aplastante.

—Ahora te llamo.

Suelto el teléfono sobre la mesa y salgo a correr tras ella, que ha huido rápidamente de mi alcance. La atrapo en las escaleras, y la levanto en peso pasando el brazo por la cintura para volver a la habitación. Ella grita, me araña y patalea como una auténtica fiera, pero tengo que aclarar un par de cosas con ella antes de dejarla salir de la estación.

—¡Suéltame, gilipollas! —grita.

—Esa boca, preciosa. No querrás que crean que salgo con una deslenguada.

—¡Vete a la mierda! Ahora mismo me mudo con mi hermano.

—¿Se puede saber qué cojones te pasa?

—¡Me mentiste!

—¿Yo te mentí? Que yo sepa no te he prometido nada.

—Dijiste que no eras como mi ex, ¡pero estabas ligando con otra!

—¿Acaso tú y yo tenemos algo? Porque me falla la memoria.

—¡Tenemos un acuerdo, capullo!

Mis nervios están a flor de piel. Tengo que respirar hondo para serenarme, porque no ganaré nada perdiendo el control de la situación.

—¿Y en qué parte del acuerdo prometí que no me acostaría con nadie más?

—¡Se sobreentiende!

—¡Maldita sea, Taylor! ¡No hay quien te entienda! ¿No quieres estar conmigo pero te jode que ligue con otra?

—Al menos no durante nuestro acuerdo.

Me acerco lentamente a ella, que ha terminada acorralada entre la pared y las taquillas.

—¿Por qué, Tay? —ronroneo— ¿Por qué no quieres compartirme?

—Porque puedes pegarme alguna enfermedad de transmisión sexual —tartamudea.

Está mintiendo descaradamente, puedo notarlo en cada fibra de su ser, y sonrío satisfecho con su respuesta velada.

—Yo creo que te gusto, y que quieres tenerme para ti sola. Creo que no quieres que esté con nadie más por si te quito tus seis polvos restantes, porque el primero fue tan

impresionante que no puedes olvidarlo.

—Baja Modesto, que ya sube Leo.

—Reconócelo, nena... reconoce que me quieres solo para ti y dejaré de ligar con otras...

—No te creo.

Uno mis labios a los suyos suavemente, apenas rozándolos, tanteando su boca y despertando su pasión. Ella cierra los ojos, suspira, y se entrega al beso como siempre hace, con el alma. Sus brazos se enredan en mi pelo, sus pechos se pegan al mío y la pasión se desborda. Quiero follármela, necesito enterrarme en ella, pero mis compañeros pueden llegar en cualquier momento, así que separo mis labios de los suyos y tiro de ella hasta la pantalla del ordenador.

—Quiero que veas una cosa.

Marco el Skype de Clary, y al tercer tono la cara de mi amiga sale en la pantalla.

—Hola, mi amor, quiero presentarte a alguien.

Clary apoya la barbilla en las manos y sonríe observando atentamente a Taylor.

—Así que ella es la mujer que te ha robado el corazón... Soy Clarise, la teleoperadora del cuerpo.

—¿Puedes ponerte de pie, preciosa? —pregunto a mi amiga.

Taylor abre los ojos como platos al ver su barriga, que es verdaderamente acojonante.

—¡Joder, nena, estás como un tonel! —exclamo— Ella es mi embarazadísima amiga, a la que quiero como si fuera mi hermana.

—E... encantada —tartamudea Taylor.

—Me ha escuchado hablar antes contigo —aclaro.

—¿Por eso has colgado? —Ríe a carcajadas—. Cariño, yo estoy felizmente casada, y como puedes ver, embarazada de trillizos. Leo y yo solemos bromear de esta forma desde que nos conocemos, pero jamás se me ocurriría liarme con él, le quiero como a un hermano.

—Bueno, preciosa, tendremos que dejar el polvo para más tarde, mi chica me reclama —bromeo.

—Cuídate, oficial sexy, y trata bien a esa preciosidad.

Cuando apago el ordenador, me vuelvo hacia Taylor.

—Esta noche llegaré sobre las doce. Quiero que estés esperándome desnuda en mi cama. Es hora de cumplir otro pecado capital.

Capítulo 16

No veo la hora de llegar a casa. Llevo toda la tarde cachondo, babeando al imaginar a Taylor esperándome desnuda. Estoy a mil por hora, mi pulso no consigue calmarse, y machacarme en el gimnasio no ha servido para nada. En cuanto abro la puerta, el olor a sándalo inunda mis fosas nasales, y un camino de pequeñas velas me lleva hasta mi habitación. Así que mi presa se ha puesto romántica... Lástima, porque en este momento el romanticismo me sobra.

La encuentro tal y como he pedido, desnuda sobre mi cama, con sus tacones de aguja como única compañía. Dios... a esos zapatos voy a ponerles un altar. Si ella supiera lo que me pone verla con ellos puestos... Me acerco lentamente y me pongo de rodillas sobre la cama sin mediar palabra, y ella recula hasta quedar apoyada contra el cabecero.

—No creo haber pedido velas —digo con una ceja arqueada.

—Pensé que te gustaría esta iluminación. Es la que pusiste la otra vez, así que...

—La próxima vez obedece al pie de la letra. Mis pecados, mis normas. Para lo que tengo esta noche en mente me hace falta verte muy bien.

La beso fugazmente en los labios antes de apagar las velas, encender la luz y repantigarme en el sofá que hay junto al balcón.

—Siéntate frente a mí, que pueda verte bien —ordeno.

Me encanta ver cómo obedece. Me encanta ver lo cohibida que se siente, aunque el deseo se refleja en sus ojos.

—Abre las piernas y enséñame lo que tienes para mí.

Taylor obedece, y con sus dedos abre los pliegues de su sexo, que está mojado, preparado para dejarme entrar en él.

—Mastúrbate para mí.

La observo impasible acariciar sus pezones con la yema de los dedos, muy lentamente, apenas rozándolos, alternando de uno a otro a cada caricia. Ella arquea la cabeza hacia atrás, y aprieta sus tetas entre los dedos una y otra vez, mirándome con

lascivia, provocándome, incitándome a ponerme de rodillas entre sus piernas para comerme su dulce sexo. Pero no voy a tocarla hasta que me de lo que quiero, así que arqueo una ceja para instarla a seguir.

—Me da vergüenza —reconoce.

—Vamos, Tay... ¿quién fue la que tuvo sexo telefónico conmigo no hace mucho?

—No es lo mismo. Ahora estás delante.

—Ponme cachondo, nena. Es mi pequeño fetiche secreto.

Acerca tímidamente sus manos a los pliegues de su sexo, y los separa para introducir un dedo entre ellos y acariciar su clítoris hinchado. lo hace lentamente, con pequeños círculos que rozan apenas su botón, y un escalofrío sube por mi espalda cuando introduce dos dedos en su canal para moverlos de manera frenética, doblándolos a toda velocidad, alcanzando su punto G y gimiendo como una loca. Sus piernas cada vez se abren más, y me mira suplicante, deseando que termine con su dulce tortura follándomela de una vez, pero yo tengo otros planes.

Me desnudo sin dejar de mirarla, y ella no para de masturbarse en ningún momento. Sus dedos están llenos de esa crema deliciosa que destila cuando está a punto de correrse, y me muero por lamerlos.

—Ven —digo ofreciéndole la mano.

En cuanto la tengo de pie, subo su mano hasta mi boca y cumplo mi deseo, retirando con mi lengua cualquier rastro de humedad que pueda quedar entre sus dedos, y tiro de ella hacia el cuarto de baño. Estiro una toalla en el suelo y la sitúo sobre ella, y vierto sobre su espalda un reguero de aceite corporal que extiendo con mis manos despacio, acariciando su culo, sus piernas, sus hombros... Ella apoya la cabeza en mi hombro cuando repito la operación por delante, y comienzo a extender el aceite sobre sus pechos, pellizcando sus pezones, bajando por su estómago hasta enterrar las manos entre sus rizos sedosos.

Me encanta verla embadurnada en aceite, me pone muchísimo saber que nuestros cuerpos van a resbalar cuando me la esté follando. Con un movimiento de mi mano sobre su cabeza la pongo de rodillas y la insto a meterse mi verga en la boca.

—Chupa —ordenó.

Ella me mira traviesa, y pasa la lengua por toda su longitud antes de engullir mi glande, succionando con frenesí, haciéndome aullar de placer. Su dulce boca comienza

entonces a moverse por mi polla, adelante y atrás, y casi me fallan las piernas ante el placer que estoy sintiendo. Taylor es buena, muy buena en esto, y me succiona con un ansia deliciosa, agarrándose a mis muslos para impulsarse, haciéndome perder la cabeza con sus lamidas. La aparto suavemente, porque voy a terminar corriéndome entre sus labios, y la beso antes de ponerla de pie, con los pechos apoyados en la superficie de mármol que hay frente al espejo, y entro en ella con una sola embestida.

—¡Joder, Leo! ¡Dame fuerte!

Sus gemidos me vuelven loco, y me agarro a sus caderas para bombearla con fuerza, como ella me pide, y siento mis huevos chocar contra la carne de sus labios cada vez que estoy empotrado en ella hasta el fondo. Mis embestidas se vuelven frenéticas, el placer es sublime, y mi mirada lasciva se cruza con la de ella en el espejo, que no puede dejar de mirar cómo me la follo. Taylor arquea la espalda y sus pechos quedan suspendidos sobre el frío mármol, que acaricia sus pezones cada vez que bombeo, arrancándole un gemido.

—Te gusta mirarnos, ¿verdad, preciosa?

—Me pone cachonda.

Y a mí me pone cachondo oírle hablar así, lo reconozco. Tay sube su pierna sobre el mueble, quedando más abierta, y con la mano que le queda libre comienza a acariciar su clítoris, mientras yo aprieto su pecho entre mis manos. Quiero lamerlos, saborearlos, así que le doy la vuelta y subo su pierna a mi antebrazo antes de volver a entrar en ella. La postura se las trae, pero mi chica es elástica y manejable, así que no ocurre ningún accidente que tengamos que lamentar.

Pero necesito más, quiero más de ella, así que la hago sentarse en el filo de la bañera y me siento a sus pies, con mi boca a escasos centímetros de su dulce coñito.

—Voy a comerte, cariño —susurro—. Voy a comerte porque me muero de ganas de saborear tu dulce néctar.

En cuanto mi lengua entra en contacto con su clítoris, el orgasmo arrasa el cuerpo de Taylor, que se arquea con un grito ahogado, y se agarra al filo de la bañera con tanta fuerza que sus nudillos se vuelven blancos como el papel. Continúo lamiendo, chupando, mordiendo esa perla escondida que tanto venero, y levanto un poco las caderas para volver a entrar en ella.

Mis embestidas en esta postura son superficiales, pero igual de placenteras, y puedo morder su boca a mi placer mientras bombeo dentro y fuera de ella. No puedo más, el

placer está subiendo por mi espalda, pero aún necesito alargar esto un poco más, así que me tumbo en el suelo y la ayudo a colocarse sobre mí, bocarriba, pero alzando el culo, de manera que me deje bombear a mi antojo dentro de su cuerpo. Sigo moviéndome, arriba y abajo, hundiéndome en esta cueva cálida y húmeda que me vuelve loco. El orgasmo se acerca, puedo sentirlo, y hundo la mano entre sus pliegues para encontrarme con su clítoris y lanzarla de cabeza al suyo propio antes de vaciarme por completo.

Caigo rendido en el suelo, con ella sobre mi cuerpo, pero no puedo moverme. Necesito respirar, me falta el aliento, y la aparto suavemente hasta mi lado para poder recuperarme del impresionante polvo que acabamos de echar. Ella permanece con los ojos cerrados, respirando entrecortadamente, y puedo ver que su cuerpo tiembla.

—Nena, ¿estás bien? —pregunto mirándola preocupado.

Ella asiente con una sonrisa, pero no abre los ojos.

—Necesito recuperarme —dice por fin.

—Lo que necesitamos es una ducha.

Me levanto y tiro de ella hasta la ducha, donde enjabono nuestros cuerpos con brío y nos enjuago antes de liarla en un albornoz y mandarla a la cama con una palmada en el culo.

—Vamos, vete a la cama, estás que te caes de sueño.

Me seco, ya más tranquilo, y entro en mi cuarto para descubrirla profundamente dormida en mi cama. Suspiro antes de apagar todas las dichas velas, que ha vuelto a encender, ponerme un pantalón de pijama y tumbarme a dormir en el sofá. Lo que le dije el otro día iba en serio: se acabó lo de dormir juntos. Una hora después, veo su silueta dibujada en la puerta del dormitorio, y suspiro antes de sentarme.

—¿Qué ocurre, Tay?

—Creí que te referías a tu cama. Creí que el pecado incluiría toda la noche.

—No todos los pecados van a incluirla, nena. Cada uno es diferente.

—Puedes volver a tu cama si quieres, yo me voy a la mía.

Noto su voz temblar, signo de que está a punto de romper a llorar, y me acerco a ella lentamente.

—¿Estás bien? —pregunto en un susurro.

—Sí, es solo que...

—¿Qué pasa?

—Quería que supieras que este pecado me ha gustado especialmente.

Sus palabras me sorprenden, tanto que no sé ni qué decir.

—Nunca me había masturbado delante de un hombre —continúa—, y he de reconocer que ha sido muy excitante hacerlo.

—Al final vas a resultar ser una conejita pervertida...

—Eres tú quien me pervierte. —Pasa un dedo sobre una de mis tetillas, produciéndome un escalofrío—. De hecho ahora mismo estoy muy pervertida.

—¿Ah, sí? ¿Y qué perversión se te ha pasado por la mente?

—Quiero que me folles de nuevo —susurra—, esta vez apoyada contra la pared.

Inspiro hondo ante sus palabras. ¡Joder! Ha vuelto a ponerme duro al momento... pero no voy a darle lo que quiere... va a tener que esperar.

—Lo apuntaré para el próximo pecado, cariño. Esta noche no puedo más. Estoy reventado, volver al trabajo ha sido duro, tengo que reconocerlo.

Inmediatamente la Taylor seductora da paso a la teniente O'Neill, y me coge del brazo para acompañarme a la cama.

—Joder, Leo, deberías haber tenido cuidado. Ya te dije que no me parecía buena idea que volviesses tan pronto a la estación.

—Solo he estado entrenando, Tay, no seas exagerada.

—Pues ahora acuéstate y descansa. ¿Por qué no has pospuesto el pecado si estabas cansado?

—Estaba cansado, no muerto, y el pequeño ataque de celos de esta mañana me ha puesto a mil por hora.

—Yo no estaba celosa —protesta sin convicción.

—Claro que lo estabas. Me has oído flirtear con otra mujer y los celos han tomado el control. Te gusto, Tay, reconócelo.

—¡Pues claro que me gustas! ¿Acaso crees que me estaría acostando contigo de no ser así?

—¿Y no te gustaría hacerlo cada vez que se te antoje? Solo tienes que decir una palabra, nena. Una palabra tuya y el trato se va a la mierda. Una palabra tuya y mis flirteos solo serán para ti.

—Creo que tanta actividad física ha hecho que no te llegue el oxígeno al cerebro. Estás diciendo tonterías.

Río a carcajadas mientras ella me empuja sobre la cama para acostarme como si fuera un crío de dos años.

—Será mejor que duermas, sex symbol, o voy a terminar violándote para sacarte esas ideas de la cabeza.

La observo salir de mi cuarto contoneando las caderas, con la certeza de que va a aliviar el ardor que siente en cuanto entre en su habitación, y sin la menor duda lo hará pensando en mí. Cada vez estoy más cerca de conseguir que se rinda, que confíe en mí y sea mía para siempre.

Capítulo 17

Después de pasarme dos puñeteras semanas castigado sin salir a apagar fuegos con mis compañeros, por fin Tisdale me ha dado carta blanca. Vuelvo a dirigir mi equipo, y la verdad es que me hace falta quemar un poco de adrenalina. Mi vida con Taylor está siendo tranquila, quizás demasiado. Es la perfecta compañera de piso, he de reconocerlo, pero eso no quita que me muera de ganas de llevármela a la cama cada vez que se pone esos vestiditos indecentes que ella llama ropa de estar por casa.

John ha dado gracias a Dios por haberme devuelto mi puesto de trabajo, porque él no está hecho para mandar, y mucho menos para tener la cabeza fría en una situación de emergencia. Collins ha estado sin dirigirme la palabra todo este tiempo, espero que cuando le dé una orden directa no tengamos ningún problema.

El primero en llegar a la estación esa mañana es Nikky, que me saluda alzando la mano y se va directo a la máquina de café.

—¿Una mala noche? —pregunto.

—Al contrario. —Sonríe—. Ha sido una noche increíble... pero no he pegado ojo.

—Reza porque no haya un incendio importante, o te voy a despertar a hostias por ser tan inconsciente.

—Me alegro de tenerte de vuelta, oficial.

—Espabila, que en cuanto lleguen los demás vamos a empezar a entrenar.

Uno a uno van llegando todos mis compañeros, y después de desayunar los llevo al gimnasio.

—Chicos, mientras no haya ningún aviso, vamos a entrenar. Hoy haremos pesas, tres series de quince repeticiones, y si aún estamos en *stand by* seguiremos con una carrera. Dos minutos de fondo, un minuto de ritmo vivo y un sprint a tope.

Pasamos gran parte de la mañana entrenando, hasta la hora de comer. Me acerco a Collins y le palmeo la espalda con una sonrisa.

—Novato, ¿por qué no preparas unos macarrones? Me apetece comer pasta.

—¿Y por qué no te los preparas tú solo? —me sorprende diciendo— O mejor, dile a mi hermana que te los traiga, apuesto a que estará encantada de hacerlo.

Inspiro hondo antes de agarrarle del cuello de la camisa.

—La próxima vez que hables así de tu hermana me va a importar una mierda todo, Collins, voy a dejarte sin dientes. ¿Me has oído?

—No sé qué coño le has hecho, Johnson, pero todo esto me huele mal.

—Acepta de una puta vez que tu hermana está conmigo, tío. Déjala vivir su vida.

—¿Con una escoria como tú? Ya lo hice una vez, y mira cómo le salió.

—Ya me tienes hartó, ¿te enteras? Más vale que nos dejes en paz, o...

—¿O qué?

—O dejará de importarme que seas el hermano de mi novia.

Novia... ¡Joder qué bien ha sonado eso! Lástima que todo sea una estúpida farsa para que este capullo deje en paz a Taylor, pero quizás algún día sea real. Me marcho al comedor a charlar con el resto de mis compañeros, y Collins se marcha a la cocina sin mediar palabra.

El resto de la tarde pasa tranquila, solo hemos tenido un aviso para sacar a una persona que se ha quedado encerrada en un aseo público. Con suerte nos iremos a casa sin ensuciarnos de hollín. Solo pensar en volver a casa y ver a Taylor con uno de esos vestidos ya me está poniendo cachondo.

—Atención brigada ciento dieciocho —suená la voz de Clary—. Código diez treinta y siete en Bond Street.

Bajamos corriendo hacia las cocheras, donde nos encontramos con Tisdale.

—Un vecino nos ha avisado que hay atrapados varios cachorros en la alcantarilla que está a la altura del número diecinueve. Hay que sacarlos cuanto antes de allí —nos informa.

—¿Y cómo coño han ido a parar allí? —pregunta Michaels.

—Aún no lo sabemos. La persona que ha llamado pasaba por allí y los escuchó aullar

Cuando llegamos al lugar de los hechos, varias personas observan a un par de policías que intentan sin éxito sacar a dos pequeños cachorros que están atrapados en un

minúsculo desagüe al que le falta parte de la rejilla protectora.

—Buenas noches, agentes —saludo—. ¿Cuántos son?

—Que hayamos podido ver, solo son dos. Pero están asustados y hambrientos. Si no los sacamos de ahí podrían morir en cualquier momento.

—Muy bien, entraré por la alcantarilla e intentaré llegar hasta ellos. Michaels —ordenó—, necesito que me guíes. Busca un plano del alcantarillado.

—No creo que sea buena idea que vayas tú, Leo —dice John.

—Estoy completamente recuperado, tío. No empieces tú también.

—De acuerdo, pero ten cuidado.

El calor en las alcantarillas es asfixiante, y por si eso fuera poco, está minada de ratas que corren por mis pies. ¡Joder, qué asco!

—Bien, Michaels. Ya estoy abajo. Hay una bifurcación a dos metros de mí.

—Tienes que coger la de la derecha, seguir recto unos tres metros y meterte por una salida que verás a tu derecha.

Hago lo que me ordena, pero el calor es sofocante y apenas puedo respirar. Echo mano a la mascarilla para poder continuar. No quiero ni pensar lo que esos dos pobres animales han debido pasar aquí abajo.

Llego a donde me ha indicado Michaels, pero aquí no hay ninguna salida por ningún lado.

—A ver, capullo. ¿Estás mirando bien el mapa? Aquí no hay ninguna salida. Solo puedo seguir de frente.

—Tiene que estar. Comprueba que no está tapiada.

Efectivamente, aunque apenas se ve ya porque la suciedad la tapa, puedo ver los bordes del túnel que ha sido tapado con ladrillos y hormigón.

—Cojonudo, acabo de encontrarlo. Mándame a Collins con herramientas para echar esta maldita pared abajo.

Aunque no nos llevamos bien, él es el más joven de todos y tiene mejor fuerza física, y estoy seguro de que sabrá comportarse. Los minutos se me hacen eternos hasta que veo aparecer al hermano de Taylor por la esquina.

—¡Joder, qué calor! —protesta.

—Cuanto antes terminemos, antes saldremos de aquí.

Tardamos unos diez minutos en hacer un agujero lo suficientemente grande como para entrar por él, y seguimos el túnel hasta la siguiente bifurcación.

—¿Derecha o izquierda, Michaels? —pregunto.

—Izquierda. Llegaréis a un desnivel de un metro más o menos, y en teoría habréis llegado donde están los cachorros.

Cuando llegamos al maldito desnivel, nos encontramos con una reja que evita el paso.

—¿Cómo demonios han ido a parar esos animales ahí dentro? —pregunta Collins sorprendido.

—Quizás los tiraron por el desagüe para deshacerse de ellos.

—Malditos hijos de puta.

—¿Has traído la sierra eléctrica?

—Sí, aquí está.

Cuando conseguimos entrar en la guarida de los cachorros, vemos que no han sido solo dos, sino que toda la camada fue desechada, pero desgraciadamente solo dos perros han logrado sobrevivir. Los pobres deben estar llenos de pulgas, y sus hermanos tienen signos evidentes del ataque de las ratas, así que tienen mucha suerte de estar vivos. Meto a uno de ellos en mi chaqueta y Collins hace lo mismo con el otro, y cuando salimos a la superficie el coro de personas que espera expectante el rescate de los perros más famosos de Brooklyn estalla en vítores y aplausos.

Tras un chequeo en el veterinario, y confirmando que no llevan chip, los llevamos a la estación y les damos un buen baño. Terminamos más llenos de jabón que ellos, pero ha sido divertido ver cómo disfrutaban del placer del agua caliente. Tras ponerse morados de comida para perros, los dos pequeños cachorritos se hacen un ovillo sobre una manta y se quedan profundamente dormidos.

—Mañana empezaremos a buscarles dueño —comenta Tisdale—. Si en una semana no hemos conseguido darlos en adopción, los de la protectora vendrán a por ellos.

—Mañana mismo me pondré a hacer los carteles para pegarlos por todo el barrio —dice Michaels—. Estoy seguro que pronto les encontramos un hogar.

Me quedo con la boca abierta al ver a una niña de unos cuatro años entrar corriendo

en la sala y arrodillarse junto a los perros para abrazarlos.

—Disculpen la intromisión, pero mi hija es un poco impaciente —dice un hombre desde la puerta—. Hemos visto el rescate, y pensé que los animales necesitarían tener una familia.

—Así es, íbamos a empezar a buscar mañana —dice Wess.

—No puedo quedarme con los dos, pero me gustaría que uno de ellos viniese a vivir con nosotros. Estará muy bien cuidado, se lo aseguro.

—Lo ideal sería que ambos hermanos fuesen a vivir juntos —digo.

—Vivimos en un apartamento, es imposible que yo me haga cargo de los dos.

Tras mucho pensar, asiento con la cabeza.

—De acuerdo, puede quedarse con uno.

La niña coge en brazos a la hembra, de pelo más claro, y la abraza contra su pecho.

—La llamaremos Elsa, porque es una princesa —dice a su padre.

—Creo que tendremos que negociar el nombre.

Río al ver la cara de asco del padre, que coge a la niña y a la cachorrita en brazos y, tras darnos las gracias, se marcha. El otro cachorro, en cuanto se ve solo en la manta, comienza a gemir, y sale corriendo para escalar por mis piernas estiradas hasta mi regazo.

—Creo que le gustas —dice John.

Acaricio al perro detrás de las orejas y me responde con un lametón en la cara.

—Definitivamente le gustas —corrobora Nikky.

—Así que te gusto, ¿eh? —pregunto abrazándolo.

—Sería una buena mascota para la brigada —dice Michaels.

—Y seguro que a tu novia le encantará —suelta Tisdale.

Miro al cachorro, que me mira moviendo la cola, y pienso que quizás no es tan mala idea después de todo tener una mascota.

—¿Tú qué dices? —le pregunto— ¿Vamos a llevarnos bien?

El ladrido en respuesta consigue que todos nos echemos a reír. Adjudicado, el pequeño diablillo se queda conmigo.

Cuando llego esa noche a casa, Taylor tiene preparada la cena, como de costumbre, pero pasa de mí olímpicamente al ver lo que traigo en brazos.

—¡Ay Dios mío! ¡Qué cosita más linda!

—Lo hemos rescatado de una alcantarilla —aclaro—, y como no tenía dueño he pensado en adoptarlo.

—¡Es precioso! ¿Cómo le llamarás?

—Aún no lo sé. Estamos conociéndonos primero.

—Parece que será un perro grande. Mira que patas más grandes tiene.

Corre a la cocina y vierte en un tazón un poco de leche y la pone en el suelo, junto al perro.

—Tay, no es un gato —río.

—Es un cachorro, y apuesto a que no le dejaron alimentarse de su madre. Seguro que le sienta bien un poco de leche.

—Muy bien, si le da diarrea, serás tú quien lo limpie.

Cojo un par más de tazones y le pongo agua y pienso del que me he traído de la central.

—Aquí tienes, pequeño. Espero que no hagas ninguna trastada esta noche. —Miro a Tay—. ¿Me acompañarás mañana al veterinario?

—Por supuesto.

Me meto en la cama pensando que, aunque me quedé con el perro por mí, también va a ayudarme a que Taylor se quede conmigo.

Capítulo 18

No hay nada más desagradable que despertarte por un lametazo de perro en toda la boca. Así es como me ha despertado el cachorro esta mañana, después de haber escalado hasta mi cama y haberse metido debajo de las mantas.

—Así no, diablillo, esto no es en lo que habíamos quedado.

Me tumbo de nuevo en la cama y el cachorro trepa hasta mi estómago, donde se queda hecho un ovillo, y le acaricio inconscientemente detrás de las orejas. Necesito dormir más... mataría por un par de horas más de sueño, pero escucho a Taylor llamar al perrito en susurros y sé que mi tiempo en la cama ha llegado a su fin.

—¡Está aquí! —digo levantando la voz para que me escuche.

Ella entra en la habitación y comienza a reír a carcajadas cuando ve la postal que se encuentra.

—Pero qué monos estáis... —bromea— Estáis para una foto.

—Aquí mi amigo me ha despertado con un beso en la boca —contesto—. Un asqueroso beso con lengua.

Taylor termina tirada en la cama, desternillada de risa, y el perro salta hacia ella para lamerle toda la cara, contento de verla.

—Eso te pasa por reírte —digo quitándoselo de encima para que pueda respirar—. Vamos, campeón, que tenemos que llevarte al veterinario.

Me levanto de la cama y me doy una ducha rápida. Mientras Taylor hace lo mismo, preparo tortitas con miel y café, y al ver que el cachorro se ha bebido toda la leche y no ha habido problemas, le sirvo un poco más.

Por suerte el perro es bastante limpio, y ha hecho sus necesidades en el periódico que Taylor insistió en poner en el suelo de la cocina, así que creo que será muy fácil enseñarle a aguantarse sus cosillas hasta que esté en la calle. Desayunamos tranquilamente y nos acercamos a la clínica veterinaria. Taylor parece una niña pequeña con zapatos nuevos llevando de su nueva correa al perro y jugando con él en el parque, y yo estoy

disfrutando sobremanera de verla tan feliz.

Cuando dejamos al diablillo en casa, vamos al supermercado a hacer la compra de la semana, que esta vez lleva varios extras: un comedero, un bebedero, pienso, y una docena de juguetes de goma que Tay se empeña en echar para el perrito.

—¿No crees que te estás pasando? —pregunto cruzado de brazos— Me parece que con un par de ellos es suficiente.

—Pero no sabemos cuál le gustará, así que tenemos que darle la opción de elegir.

—Cariño... es un perro, no un bebé, se conformará con lo que le des.

—Ha sufrido mucho encerrado en esa alcantarilla. Necesita mucho cariño y pienso dárselo.

Suspiro y sigo empujando el dichoso carro de la compra. ¿Para qué voy a discutir con ella? cuando llegamos a la zona de cajas, una señora mayor se nos queda mirando, sonriendo.

—Mira, Carl —dice a su marido—. Mira qué pareja más bonita hacen.

—Se parecen a nosotros, Mildred. Dentro de poco empezarán a tener niños.

Taylor va a protestar, pero veo a su hermano por el rabillo del ojo y la silencio con un beso. ¡Joder! Cuando mis labios se unen a los suyos siento como si una descarga eléctrica recorriese todo mi cuerpo. Ella abarca mi nuca con una mano y se agarra a mi camiseta con la otra, y consigue que todo lo que nos rodea desaparezca. Me regodeo en el beso, acariciando sus labios suavemente, saboreando su lengua, disfrutando de los tonos ácidos del zumo de pomelo que se tomó no hace mucho.

Cuando me separo de ella, apenas recuerdo por qué la he besado. Me quedo mirándola a esos ojos que me vuelven loco, y ella mira sobre mi hombro y susurra el nombre de su hermano. Siento frío cuando se separa de mí para saltar a los brazos de Collins, que la aprieta con fuerza contra su pecho antes de darle un beso en la mejilla.

—Capitán... —saluda con un movimiento de cabeza.

—Collins...

—¡Vamos, chicos! —dice Taylor— Dejad los formalismos para el trabajo, por favor.

—No puedo hacerlo, Tay —protesta Collins—. Imagina que en la estación le digo cuñado. —Parece que la palabra le ha ardido en la lengua—. Veo que ya estáis

acomodando vuestra vida al cachorro.

—¡Es precioso! —exclama Tay— Mira todos los juguetes que le vamos a comprar.

—¿No crees que te has pasado un poco, hermanita?

—Es lo mismo que le he dicho yo —protesto encogiéndome de hombros.

—Sois todos iguales —protesta ella cruzándose de brazos—. No entendéis nada.

—¡Ey, que yo solo he opinado! —Levanta los brazos en modo rendición—. Me marchó, tengo cosas que hacer.

Veo cómo Taylor se despide de su hermano y este sale del supermercado.

—Sigo pensando que deberías decirle la verdad, nena.

—¿Es que habéis tenido algún problema?

—Sé manejar a tu hermano, no te preocupes por mí. Pero él puede sentirse dolido cuando se entere.

—Yo también sé manejar a mi hermano, Leo. No soy la frágil florecilla que ambos creéis ver en mí.

Volvemos a casa en silencio. La dejo colocando la compra mientras le doy a *Lucky* (sí, así hemos terminado llamando al cachorro) las pastillas desparasitarias que nos ha dado el veterinario. El hijo de su madre la escupe, y ni machacándoselas consigo hacérselas tragar.

—¡*Lucky*, joder, no seas malo! —grito frustrado.

Taylor se ríe desde la cocina, y la miro con una ceja arqueada.

—Si se las haces tragar, te doy un premio —protesto.

Ella se dirige al frigorífico y saca un yogur, donde echa las dichas pastillitas.

—Hay que darles un premio por portarse bien, Leo, no gritar como un energúmeno.

El cabrón del perro se acerca a ella moviendo la cola y mete el hocico dentro del envase, que chupetea hasta que deja limpio.

—¿Y te costaba mucho decírmelo? —gruño.

—Si te lo hubiese dicho, ahora me habría quedado sin premio.

—Eso es verdad...

—¿Cuál es mi premio, por cierto?

—Hoy haré yo la cena mientras tú te dedicas a relajarte viendo la tele.

—¿Y eso es un premio?

—Podría haber sido peor, así que no te quejes.

Me voy a la cocina sonriendo, y Taylor se tumba en el sofá con las piernas en alto y el cachorro acurrucado en su regazo. Preparo una buena ensalada y algo para picar, y pongo un mantel ante la atenta mirada de mi chica.

—¿Mantel, en serio? —pregunta.

—Por supuesto, es una gran cena, y necesita una gran presentación —bromeo.

En ese momento suena el timbre de la puerta, y me quedo perplejo al ver a Collins con una botella de vino en la mano.

—¿Tú qué haces aquí? —pregunto más brusco de lo que pretendía.

—Es la casa de mi hermana también, ¿verdad? Pues he venido a verla.

Me aparto de la puerta y voy a la cocina para poner unas aceitunas y unas patatas en dos platos. Gracias a Dios aún no había echado los espaguetis en el agua, si no me habría quedado sin cenar por culpa del gilipollas del novato.

Escucho la alegría en la voz de Taylor, y disfruto viéndola enseñarle nuestra casa a su hermano. Pero entonces caigo en la cuenta de algo que puede poner en peligro mi cordura... ¡Tenemos que fingir ser una pareja feliz hasta que se vaya! Maldigo para mis adentros y llevo la cena a la mesa antes de ir a buscarlos. Les encuentro en mi dormitorio, y no me gusta ni un pelo ver que Collins ha abierto mi armario de par en par.

—Oye, ¿qué coño haces? —protesto cerrando las puertas.

—¿Por qué no hay ropa de mi hermana en esta habitación? ¿No se supone que dormís juntos?

—Ya le he dicho que ambos tenemos demasiada ropa y era un lío cambiar la tuya de sitio —protesta Taylor, aunque en su mirada puedo ver el miedo que siente de ser descubierta.

—¿Y para qué le das explicaciones? Lo que hagamos en nuestra casa es cosa nuestra, él no tiene por qué meterse.

—Sigue oliéndome mal, ¿sabéis? Aquí hay algo que no cuadra, y pienso averiguar

qué es.

—¿Pero a ti qué te pasa? —grita Taylor empujándole— ¡Es mi vida, Mat, y no puedes estar interponiéndote cada vez que se te antoje!

—¡No me trago eso del amor a primera vista, joder!

Yo observo la discusión desde la puerta, dudando si meterme o dejar que Taylor luce sus propias batallas. Pero el gilipollas este me está sacando de mis casillas, así que me acerco a ella y la sostengo con una mano de la mandíbula para depositar un beso posesivo sobre sus labios.

—Tranquila, nena... no merece la pena —susurro.

—Pero...

La hago callar y me vuelvo hacia su hermano.

—Lárgate, Collins. Si no eres capaz de ver lo que hay entre nosotros, y no puedes aceptar que tu hermana y yo nos queremos, ya puedes largarte.

—No puedes echarme, esta casa es tan de mi hermana como tuya.

—Cierto, pero no voy a consentir que le des un mal rato por gilipollas.

Collins pasa por nuestro lado hecho una furia y sale de la casa dando un portazo. Tay, hunde la cara entre las manos y se deja caer en la cama con un sollozo.

—Tienes razón —solloza—. Debería contarle la verdad e irme a vivir con él.

Espera, ¿qué? ¿Cuándo demonios he dicho yo que debe irse a vivir con su hermano? Me siento a su lado y paso el brazo por encima de sus hombros, atrayéndola contra mi pecho.

—Vamos, nena, no debes exagerar. Dile la verdad, pero sigue viviendo aquí si quieres. A mí no me importa que lo hagas, en serio.

—Pero no tienes intimidad.

—¿Y para qué quiero intimidad si tú y yo tenemos un trato que es muy satisfactorio para ambos?

—Será para ti...

Se tapa la boca con ambas manos y me mira con los ojos como platos. Evidentemente se le ha escapado esa afirmación, y no puedo evitar echarme a reír.

—Así que es poco sexo para ti, ¿eh? —ronroneo.

—¿Acaso para ti no?

—Si dejases de ser tan cabezota y accedieses a tener una relación conmigo, tendríamos sexo mucho más a menudo, pero como no quieres, debo racionarlo para saborearlo el máximo tiempo posible.

—Sabes que no puedo darte lo que me pides, Leo.

—Lo sé, por eso yo tampoco voy a darte más sexo del que puedo ofrecerte.

Dicho esto, me voy al salón. Cenamos en completo silencio, y después de ver una serie en la televisión me voy a la cama. Esto va viento en popa. Con suerte, en un par de meses más Taylor será mía de una vez por todas.

Capítulo 19

Me despierto a las dos de la madrugada con el sudor frío recorriendo mi espalda. He tenido una pesadilla, lo sé, pero no consigo recordarla. Voy a la cocina y me bebo un vaso de agua, y veo por la rendija de la puerta de Taylor que la luz está encendida. Me asomo por la abertura como un auténtico mirón y la observo leer una de esas novelas que a ella tanto le gustan con el perro enroscado a los pies de la cama. Así que ahí es donde duerme el diablillo...

Permanezco largo rato observando sus facciones, el brillo de la luz de la lámpara de la mesita de noche reflejarse en sus pupilas, el jugo de la manzana que está mordiendo caer por la comisura de sus labios hasta que su lengua lo atrapa. Acabo de darme cuenta de que lleva gafas para leer, y la verdad es que está incluso más guapa que sin ellas.

Se ha quejado de tener poco sexo. Pretende que nuestros siete pecados se sucedan con mayor velocidad, y he de reconocer que a mí no me desagradaría la idea... si no significase tener menos tiempo para conquistarla. He perdido la cuenta de los polvos que llevamos, y me asusta que el acuerdo termine y ella quiera seguir con su vida sin mí, porque hice una promesa y deberé cumplirla. Pero está tan guapa ahí sentada que no puedo resistirme a abrir la puerta, ni a gatear por la cama hasta que uno mi boca a la de ella.

El beso despierta mi ser, la pasión comienza a ascender por mi espalda, pero necesito que este no sea un polvo simple y llanamente, necesito que ella sea capaz de sentir lo que yo siento a través de mis caricias. Pero Taylor me aparta suavemente de su cuerpo y apoya la frente en la mía.

—Leo, hoy no puede ser —susurra.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Estoy con el periodo.

¡Joder! Soy tan estúpido que ni siquiera he pensado que esto podía llegar a pasar.

—¿Cuántos días? —pregunto sin abrir los ojos.

—Cuatro. Estoy en el primero.

—No... ¡Maldita sea!

Mi frustración es palpable. Sé que ella no tiene la culpa, y espero que ella entienda que no le estoy echando la culpa de nada, pero me jode no poder hacerle el amor esta noche.

—¿Tantas ganas tienes? —pregunta.

—Me he despertado de un mal sueño, y lo necesitaba.

No sirve de nada andarme con rodeos y mentiras. Taylor acaricia mi mejilla suavemente y me besa fugazmente en los labios. De repente se levanta de la cama y me mira.

—¿No hace demasiado calor? —pregunta— Creo que voy a darme una ducha.

—¿A estas horas? ¿En serio?

—Quizás así pueda dormir mejor. ¿Me acompañas?

La miro un momento sin comprender, y su mirada traviesa me reta a negarme a hacerlo.

—¿Estás segura? —pregunto.

—Así puedes enjabonarme la espalda... y otras cosas.

Salto de la cama y me la echo al hombro para salir a correr hacia el cuarto de baño. Las carcajadas de Taylor se mezclan con los ladridos del pequeño traidor, que cree que estoy haciéndole daño y me muerde los tobillos a cada paso que doy.

—¡Será cabrón el chucho! —río— Suéltame, o te meto en la ducha con ella.

Lucky se queda muy quieto, con las orejas muy tiesas, y sale a correr hacia el dormitorio de Taylor para meterse debajo de la cama.

—Definitivamente no le gusta el agua —dice ella.

—¿Y a ti? ¿Mmm? ¿Te gusta el agua?

La aprisiono contra la pared de la ducha y comienzo a besarla, a recorrer su delicioso cuello con mis labios, a bajar por el tirante de su camisón hasta encontrar el valle entre sus senos. Ella gime, echa la cabeza hacia atrás y sostiene mi cabeza, instándome a seguir mi recorrido, animándome a bajar la tela y encontrarme de frente con sus dulces pechos cremosos.

—¿Tienes idea de lo preciosa que eres, Tay? —susurro un segundo antes de introducirme su pezón en la boca.

Ella gime y aprieta sus manos en mi pelo, casi haciéndome daño, y sigo con mi festín lo que parecen horas. Chupo, lamo, muerdo el pezón una y otra vez, soplo sobre él para recorrerlo nuevamente con mi lengua, lo aprieto con los dientes sin traspasar la barrera del placer. Sus caderas comienzan a bailar, a moverse al ritmo que tanto anhelo seguir, pero aún estamos vestidos, así que me aparto de ella para sacarme la camiseta por la cabeza sin dejar de mirarla. Sus ojos bajan hasta mi abdomen, y se relame los labios un segundo antes de ponerse de rodillas y pasar su lengua por mi piel, haciéndome estremecer.

—¡Joder, nena! ¡Me vuelves loco!

Sus uñas de manicura francesa se pasean por mis costados, poniéndome la piel de gallina, y arrastran hacia abajo los pantalones del pijama de seda hasta dejarlo caer alrededor de mis tobillos, dejando mi miembro al descubierto, porque no hay nada más cómodo que dormir sin ropa interior. Mi polla comienza a hincharse, ante la atenta mirada de Taylor, que pasa un dedo por la punta haciéndome gemir ahora a mí.

—Voy a comerte —susurra.

Acerca su boca a mi verga, la chupa tímidamente, pasea su lengua por toda su extensión, y muerde suavemente mi glande antes de introducísela por entero en la boca. Siento su garganta, siento su campanilla rozar la punta, y sostiene la base con su mano para comenzar a masturbarme.

—¡Dios, nena, sí! ¡Justo así!

Veo cómo su boca me engulle una y otra vez, cómo sus labios acarician mi miembro hasta toparse con su mano, cómo sus ojos me miran con lascivia cada vez que pasea su lengua alrededor de mi polla para volver a metérsela en la boca.

—Como sigas así voy a correrme, Tay —advierdo.

—Es eso lo que quiero... quiero que te corras en mi boca.

Esas palabras son el puto detonante de mi orgasmo. Echo la cabeza hacia atrás y dejo que todo fluya. Siento su boca mamando cada gota de líquido que sale por mi glande, sus labios me besan una última vez y Taylor se pone de pie. No le doy tiempo a pensar, la aplasto contra la pared y devoro su boca, en la que aún puedo notar mi propio sabor, y muerdo su lengua con lascivia.

Estoy más cachondo que antes, si es que eso es posible. Verla de rodillas frente a mí, haciéndome una perfecta felación, es más de lo que mi corazón puede soportar. Necesito sentirla, necesito enterrarme dentro de ella y saborear cada segundo. La desnudo lentamente, y cuando voy a deshacerme de las bragas ella me aparta un poco avergonzada.

—Por favor, date la vuelta un segundo —me pide—. No quiero que me veas.

Sonrío y la beso antes de hacer lo que me pide. Entiendo que le da corte hacerlo delante de mí, así que permanezco de cara a la pared hasta que oigo el agua correr.

—Ya puedes venir.

Está bajo el chorro de la ducha, con el agua cayendo por su piel, mi diosa Afrodita personal, intentando seducirme. Me acerco lentamente, igual que un depredador que acecha a su presa, y apoyo las manos a ambos lados de su cabeza, para acercar mis caderas a las suyas y restregar mi polla contra su sexo.

—¿Esto es lo que quieres? —ronroneo.

—Sí... eso es lo que quiero.

Uno mis labios a los suyos mientras continúo con mi persuasión, y sus manos recorren mi espalda haciéndome estremecer. La deseo... la deseo tanto que duele, pero no solo en este momento. La deseo en mi cama y en mi vida. El sentimiento cada vez da más vértigo, pero si todo sale bien será lo mejor que me pase en la vida. Si ella no tuviese tanto miedo, estoy seguro de que habría sido capaz de ver en mis ojos todo lo que siento, todo el amor que me desborda en este momento, pero aún es demasiado pronto, y necesito aprovechar cada segundo del tiempo que pasemos juntos.

—Vamos, nena, dime qué es lo que quieres —ronroneo.

—A ti, Leo, te quiero a ti dentro de mí.

Introduzco un dedo entre sus pliegues húmedos, y acaricio su clítoris despacio, deleitándome con su reacción, con cómo echa la cabeza hacia atrás, cómo entreabre los labios para conseguir más aire, cómo se agarra a mis brazos para no perder el equilibrio. El dedo baja hasta adentrarse en su canal, y compruebo que está perfectamente preparada para mí.

—¡Joder, nena! Estás tan mojada...

—Fóllame, Leo... Por favor, fóllame.

Cierro los ojos un segundo y la cojo en brazos para adentrarme lentamente en ella.

Aún no estoy recuperado del todo, mi miembro aún no ha conseguido erguirse por completo, pero en cuanto entra en contacto con su carne mi sangre se dispara. Comienzo a moverme despacio, muy despacio, y ella se agarra con fuerza a mis hombros para aumentar el ritmo.

—Shh, tranquila... —susurro frenándola— Disfrútalo, nena... no tengas prisa.

—Pero lo necesito, Leo... lo necesito.

—Mírame. —Ella permanece con los ojos cerrados—. Vamos, mírame.

—No puedo permanecer con los ojos abiertos.

—Inténtalo cariño. Mírame y siente.

Su mirada se cruza con la mía y la conexión entre nosotros es tan intensa que comienzo a temblar. Este no es un polvo cualquiera, ya estoy cansado de juegos. A partir de ahora voy a demostrarle todo lo que siento por ella, voy a hacerle ver que estará segura conmigo, que estará a salvo. Mis movimientos siguen siendo lentos, controlados, y sus pezones se rozan con mi pecho cada vez que sube y baja por mi cuerpo. Mis brazos están en tensión, mi espalda tiembla cada vez que estoy enterrado en ella por completo, y el deseo serpentea por mis venas con una intensidad acojonante.

—Te gusta así, ¿verdad, conejita?

—Sí, Leo... ¡Dios, sí!

—Córrete, preciosa. Córrete para mí, vamos.

Sus ojos se tornan vidriosos, sus uñas se clavan en mis omóplatos, y siento su cuerpo tensarse un segundo antes de ser recorrido por un orgasmo. Mi polla sigue bombeando, esta vez más deprisa, y el placer me recorre unos segundos después, haciéndome caer de rodillas en el plato de ducha. Taylor deja caer la cabeza sobre mi hombro, cansada, y la beso en el cuello una y otra vez, permitiéndonos a ambos recuperar el aire.

—¿Estás bien? —susurro.

Ella asiente sin levantar la cabeza, y aparto el pelo de su mejilla para comprobar que está sonriendo... y que el sueño hace acto de presencia.

—Vamos, cariño... te llevo a la cama.

Ella se pone de pie de un salto, y coge la toalla que hay a pocos metros de nosotros.

—Ve tú, yo aún tengo que...

—Claro, lo había olvidado. —la beso fugazmente en los labios—. No tardes demasiado.

Ella me mira con los ojos como platos.

—¿Vas a dormir conmigo? —pregunta extrañada.

—No, tú vas a dormir conmigo. En mi cama, que es más cómoda. Estoy harto de andarme con tonterías, Tay. Es hora de demostrarte que conmigo estás a salvo.

Los minutos me parecen eternos esperando que se decida a venir a mi dormitorio, pero al fin aparece con un pijama cortito de verano y se mete bajo la sábana. Sin mediar palabra, acciono el aire acondicionado y la acerco hacia mi pecho, donde se acurruca con un suspiro. Así es como debe ser todo... Así es como quiero dormir de ahora en adelante.

Capítulo 20

Despertarme con Taylor entre mis brazos es la mejor sensación que he experimentado en la vida. No puedo explicar con palabras cómo me he sentido ante el sentimiento que me recorre, es tan fuerte que tengo ganas de gritar a pleno pulmón. Permanezco observándola, viendo cómo la luz de la mañana incide en su mejilla, cómo sus pestañas aletean antes de mostrarme esos preciosos ojos verdes que me tienen hipnotizado desde que la conocí. Una sonrisa perezosa adorna sus labios mientras se estira, y no puedo evitar el impulso de besarla una y otra vez. Me encantaría pasarme todo el día en la cama con ella, sin pensar en nada más que en nosotros dos.

Taylor se levanta de un salto y vuela hacia el cuarto de baño, y vuelve cinco minutos después para acurrucarse entre mis brazos.

—¿Qué tal has dormido? —pregunta.

—Si quitamos que entre los ronquidos del perro y los tuyos era imposible pegar ojo... —Estoy bromeando, y me llevo un empujón de su parte que me hace caer al suelo.

—¡Yo no ronco! —dice ella riendo— ¿Estás bien?

Me quedo allí tirado, apoyado en los codos, observando su cara de bruja asomar por el borde de la cama.

—¿Por qué coño eres tan guapa?

Sonrío al verla enrojecer. Me levanto del suelo y voy a darme una ducha, la cosa se ha enrarecido un poco y no quiero que todo lo que he adelantado se vaya a la mierda.

Cuando salgo del baño, Taylor ya ha empezado a preparar el desayuno, y me acerco inconscientemente a ella para besarla en el hombro antes de bajar dos tazas del armario.

—¿Dos de azúcar? —pregunto.

—Ajá. ¿Mermelada de fresa?

Asiento, llevo los cafés a la mesa y me siento a leer el periódico. De pronto caigo en la cuenta de la situación. ¿Sería así nuestra vida si estuviéramos juntos? Ella se sienta frente a mí y baja el periódico.

—He estado pensando mucho, Leo. No dejo de darle vueltas a nuestro acuerdo.

La sangre se congela en mis venas. No puedo moverme, mi corazón ha dejado de latir.

—¿A qué te refieres?

—No funciona. Nuestro acuerdo no funciona.

—¿Cómo que no funciona?

Parezco imbécil contestándole con lo mismo que ella me dice, pero me he quedado muerto de repente y soy incapaz de hilar dos frases seguidas.

—Creí que teniendo contigo solo sexo podría controlar mis sentimientos, pero no ha sido así. Me gustas, Leo. Me gusta estar contigo, pero sobre todo me encanta cómo me haces sentir.

—¿Qué intentas decirme, Tay?

Ella inspira hondo y fija su mirada a la mía.

—He cambiado de opinión. No estoy siendo justa con ninguno de los dos, y mereces una oportunidad. Quiero intentarlo, Leo. Quiero ver hasta dónde nos puede llevar todo esto. No quiero esperar a que sea demasiado tarde, a que te canses de esperarme.

—¿Estás segura?

—No. —Sonríe—. Tengo tanto miedo que siento que caigo al vacío con esta decisión. Pero tienes razón, tú no eres mi exmarido. No es justo que pague contigo el rencor que siento por él.

¿Estoy soñando? Permanezco quieto en el sitio, sin querer creérmelo, sin atreverme a respirar por si cambia de opinión.

—¿No dices nada? —pregunta con una risita nerviosa.

Me levanto y me acerco a ella lentamente, sin creermelo todavía lo que mis oídos acaban de escuchar, y la levanto de la silla para cogerla en brazos y llevarla hacia nuestra habitación. Tras desnudarnos por completo, me dejo caer en la cama sobre ella, y uno mis labios a los suyos fugazmente antes de mirarla a los ojos.

—Te quiero, Tay.

Ella inspira profundamente ante la confesión, pero no la dejo contestar. Bajo por su cuerpo hasta sus pies, y comienzo a pasear mi boca por su piel. Primero el arco, el talón, el

tobillo... y subo mi lengua hasta su pantorrilla, donde dejo caer un suave mordisco. Sigo subiendo por la parte de atrás del muslo hasta encontrarme con su precioso trasero, donde me recreo con besos y mordiscos antes de subir por su espalda hasta su cuello.

Beso su piel hasta hartarme, y disfruto escuchando salir de su boca suaves ronroneos de placer. Mi mano se pasea por su muslo, su estómago, y mi boca saborea la suya, se bebe su aliento, a un ritmo lento, suave. Tenemos todo el día para hacer el amor, para disfrutar por completo de la nueva situación.

Taylor me sorprende tumbándome en la cama y situándose a horcajadas sobre mi cintura, y vuelve a hundir la lengua en mi boca, acariciándome la nuca y pegando su cuerpo al mío. No puedo estar quieto, así que me siento y la abrazo con fuerza, y ella comienza a mover las caderas, restregando su sexo contra mi polla, que ya está lista para entrar en ese cuerpo delicioso. Taylor lame mi cuello, mi hombro, e inconscientemente bajo mi lengua hasta su pezón y me doy un festín con él, consiguiendo que florezca al instante, y que sus caderas aumenten la rapidez de sus movimientos, haciéndome gemir.

Con un solo movimiento, la tumbo en la cama y me coloco entre sus piernas abiertas. Aún es demasiado pronto para follármela, aún necesito ver cómo llega al orgasmo y grita de placer. Empiezo mi camino en su muslo, lamiendo su piel suave, acercándome peligrosamente a su sexo para pasarlo por alto y centrarme en su otro muslo. Siento su pie en mi espalda, y cuando beso los labios de su sexo Taylor echa la cabeza hacia atrás con un gemido.

—Eres tan dulce... —susurro.

Mi aliento acaricia su clítoris un segundo antes que mi lengua caliente. Ya está húmeda, y recojo sus flujos antes de mordisquear su carne, haciéndola jadear. Me doy un festín con ella, lamiendo, chupando, mordiendo sus pliegues para encontrar su clítoris, ya hinchado, y sorberlo como si fuera un delicioso caramelo. Ella se agarra con fuerza a la sábana, y sus muslos tiemblan ante la intensidad del placer. Su olor almizclado me emborracha, y hundo dos dedos en su canal para comenzar a moverlos, hacia dentro y hacia afuera, al compás de mi lengua. Taylor arquea la espalda, grita, se convulsiona presa del orgasmo, y recojo su dulce néctar antes de subir por su estómago hasta encontrarme de nuevo con su boca.

—Hazme el amor, Leo —susurra.

—Cariño, es lo que he estado haciendo desde que te conocí.

Sin más, me pongo de rodillas y la penetro lenta, muy lentamente, disfrutando de

cada centímetro de piel que entra en contacto con su cálida carne, y cuando estoy empalado hasta la empuñadura, vuelvo a su boca una vez más antes de juntar sus piernas y comenzar a moverme. ¡Dios! La siento tan apretada, estoy anclado tan profundamente en ella que siento que todo da vueltas a mi alrededor. Por fin es mía, total y absolutamente mía. Se acabaron los tratos, se acabó andarme con pies de plomo, se acabó el miedo a perderla.

Mis embestidas son lentas, calculadas, destinadas a alargar el placer todo lo que pueda. Taylor apoya su pie en mi hombro, y beso la piel de su pantorrilla a cada movimiento de mi pelvis, a cada latigazo de placer. Me dejo caer sobre su cuerpo para volver a besarla, y tiro de ella para sentarme sobre los talones y colocarla a horcajadas sobre mi verga, para que me cabalgue como solo ella sabe hacer. El roce de sus pezones sobre mi pecho me enloquece, y su boca recorre mi cuello sin descanso, mordiéndome cada vez que la recorre un espasmo de placer.

Sus uñas se clavan en mi espalda, su cabeza se hunde en mi hombro y siento sus gemidos vibrar por mi cuerpo. Está a punto de caramelo, lo sé, sus caderas se mueven de forma desenfrenada, así que la tumbo en la cama para poder bombear en ella más fuerte, como sé que le gusta, haciendo que mis huevos choquen contra la piel de su trasero. El placer aumenta, siento la sábana bajo mis rodillas, sus pechos aprisionados contra mi cuerpo, y su boca colapsa con la mía en la desesperación de besarnos, de sentir que somos un mismo ser. Siento sus músculos convulsionarse a mi alrededor. Bombeo una y otra vez dentro de ella, siento sus uñas clavarse en mis brazos cuando llega al orgasmo, y me vacío dentro de ella pocas embestidas después.

Permanezco sin salir de ella, uniendo mis labios a los suyos en pequeños besos una y otra vez. Soy incapaz de parar, sus labios son mi droga, y necesito tenerla lo más cerca posible. Cuando he conseguido recuperarme, me tumbo bocarriba y la atraigo hacia mi pecho, y permanecemos así, simplemente disfrutando el uno del otro, hasta que el rugido de mi estómago nos llama.

Pasamos gran parte de la tarde cambiando la ropa de lugar, ahora que lo nuestro es verdad quiero verla allá donde mire, incluido el armario. Por la noche, decidimos ir a tomar algo con los chicos al *Clark's*, que desde que empezó todo este embrollo apenas he salido con mis amigos. En cuanto nos ven entrar por la puerta cogidos de la mano, John arquea una ceja y me aparta de Taylor para cotillear.

—¿Es lo que creo que es, o solo estáis fingiendo por Collins? —pregunta.

—Estamos juntos, capullo. Por fin he conseguido que confíe en mí.

—Me alegro por los dos, tío. Hacéis muy buena pareja.

Me acerco a la barra para pedir algo para beber, y una mano en la cintura me hace volverme con una sonrisa, pero esa sonrisa muere en mis labios cuando veo que es Corine, y no Taylor, quien me ha acariciado.

—Vaya, veo que no te alegras demasiado de verme —dice ella.

—No digas bobadas, claro que me alegro de verte, pero creí que era mi chica quien me tocaba.

—¿Tu chica? ¿Dónde quedó eso de “sexo sin complicaciones”?

—Quedó en la basura cuando la conocí a ella.

Corine sonrío y agacha la mirada antes de examinar el local.

—¿Quién es ella?

—La mujer del vestido azul, la que está sentada junto a la embarazada de allí.

—¿Esa no es tu vecina? ¿La que casi nos pilla en el portal?

—La misma.

—Entonces será mejor que no te vea hablando conmigo, puede enfadarse un poco.

—Tranquila, confía en mí.

—Quizás... pero ninguna mujer confía en otra que haya estado entre las piernas de su hombre.

Veo cómo se aleja por el local, y sonrío ante su ocurrencia. Cuando me acerco a Taylor, veo que está muy seria, demasiado seria, y vuelve la cabeza cuando intento besarla.

—¿Qué pasa? —pregunto extrañado.

—Nada, solo me duele un poco la cabeza.

—¿Quieres que nos vayamos a casa?

—No, diviértete con tus amigos, yo me quedaré aquí sentada con Linda.

—Cariño, no me importa, de verdad. Si no te encuentras bien, vámonos a casa.

Ella me sonrío para animarme a jugar una partida de billar, pero esa sonrisa no llega

a sus ojos. ¿Qué le pasa? ¿A qué viene ese cambio de actitud? No creo que sea por Corine, ¿verdad? Aunque la recuerde, no ha pasado nada que la haya hecho enfadar.

Sacudo la cabeza y me voy a jugar con mis colegas, pero después de un par de partidas no tengo ganas de continuar, así que me acerco a Taylor y nos despedimos de todos para irnos a casa. Ella permanece callada, demasiado callada, y cuando aparco en la cochera me vuelvo hacia ella.

—¿Me quieres decir qué ocurre? —pregunto— Y no me digas que nada, porque llevas toda la noche sin dirigirme la palabra.

—Sé quién es.

—¿Quién? —No tengo ni puta idea de a quién se refiere.

—La mujer que te ha saludado en el bar.

—¿Corine? Es una amiga.

—Te vi follártela en tu portal una vez.

—Teníamos sexo de vez en cuando, sí, pero eso se acabó antes de que empezase nuestro acuerdo.

—Su caricia no parecía ser de una amiga.

Me quedo con la boca abierta. ¿En serio me está diciendo eso?

—No volví a llamarla cuando empecé a acostarme contigo, así que no sabía que tenía novia.

—¿Y se lo has dicho?

—¿Qué? ¡Por supuesto que se lo he dicho, Tay! ¿A qué demonios viene esto? ¿Es que no confías en mí?

—Yo no he dicho eso.

—Es lo que me estás dando a entender. Y creo que te he demostrado de mil maneras diferentes que puedes confiar en mí.

—Ya lo sé, pero...

—¿Sabes qué? Mejor no digas nada más, Taylor. Me encanta tu forma de darme una oportunidad, desconfiando de mí a la primera de cambio.

—¡No desconfío de ti! Solo quería saber.

—¿Acaso crees que te he dicho que te quiero por decir?

Salgo del coche y subo a casa sin mirar atrás. Estoy cabreado, decepcionado, y también un poco asustado. No quiero perderla, pero necesito que confíe en mí, necesito que sepa que jamás voy a engañarla con otra mujer.

—Mira, cuando vuelvas a confiar en mí, dímelo, y volveré a nuestra cama.

—¡Leo, no seas crío! ¡No he dicho que no confíe en ti, por amor de Dios!

—Buenas noches.

Me acuesto en la cama del cuarto que ella ocupaba antes, y no pasan ni cinco minutos antes de sentir cómo se tumba a mi espalda y me abraza por la cintura.

—Lo siento —susurra—. Perdóname, no he sabido expresarme bien.

No le contesto, me hago el dormido, y la escucho suspirar antes de salir de la habitación. Estar separado de ella es muy duro, pero tengo que hacerla ver que me ha dolido su desconfianza, que no puede poner mi fidelidad en tela de juicio cada vez que una mujer se acerque a saludarme.

Capítulo 21

Me despierto sintiendo el cuerpo de Taylor junto al mío. Son apenas las cinco de la madrugada, y tengo que irme a trabajar, pero de buena gana me quedaría en la cama con ella, para reconciliarnos por la pequeña discusión que tuvimos ayer. Tras darle un suave beso en los labios entreabiertos, salto de la cama y voy a darme una ducha y vestirme. Cuando llego a la estación, se sirvo un café cargado y me siento a leer el periódico, pero Collins se sienta frente a mí sin dejar de mirarme.

—¿Quieres algo? —pregunto arqueando una ceja.

—Quería disculparme por mi comportamiento de estos días atrás.

Mi cara debe ser todo un poema, porque agacha la cabeza, avergonzado, y continúa explicándose.

—Cuando me enteré de lo que ese desgraciado le había hecho a mi hermana, juré que no volvería a permitir que nadie le hiciera daño. Cuando llegué aquí todos hablaban de ti y tu relación con una tal Corine, y pensé que eras otro gilipollas más.

—¿Por tener una relación con una mujer?

—Por el tipo de relación que tenías con ella.

—Fue de mutuo acuerdo, más por su parte que por la mía. Y si me hubieras preguntado, te lo habría dicho.

—Sé que hay algo que no me contáis entre mi hermana y tú, la conozco y sé cuándo me oculta algo, pero ayer os vi y reconozco que se te nota a la legua que estás loco por ella.

Suspiro y apoyo los codos en la mesa. Si voy a tener una relación con Taylor tengo que llevarme bien con su hermano, y la mejor manera es contarle la verdad, aunque ella no esté de acuerdo.

—Mira, te voy a contar esto porque quiero llevarme bien contigo. Quiero a tu hermana, es cierto, y la quiero desde el día que la conocí, pero ella estaba muy desencantada con los hombres y no quería darme una oportunidad.

—Pero lleváis más de dos meses saliendo, ¿no?

—No, realmente conseguí que se rindiera ayer. Se quedó sin ahorros y la echaban del piso, Collins, y aproveché la oportunidad para hacer que confiara en mí. Ella no quería que te enterases, no quería preocuparte.

—¿Y se fue a vivir con un extraño por no preocuparme?

—No era un extraño. Conozco a tu hermana desde hace tiempo. Nos conocimos en Carnaval, cuando se enteró de que su exmarido la engañaba. Después de esa noche no volví a verla hasta que se mudó.

—Entonces, ¿solo fingíais? ¿Pero por qué?

—Taylor tenía miedo de que te enfadases con ella si te enterabas de que había preferido venirse a vivir conmigo. Y te juro que como le digas que te lo he contado te voy a cortar los huevos y te los voy a hacer tragar.

—No le diré nada, no soy un chivato. Gracias por contármelo, Leo. Me has quitado un peso de encima.

El resto de la mañana pasa tranquila, solo tenemos que abrir una casa y bajar un gato de un árbol.

—¡Atención brigada ciento dieciocho! ¡Código diez setenta y siete en el ciento veintinueve de Clinton St!

La sangre se congela en mis venas cuando escucho a Clary decir mi dirección. Collins me mira con un terror en sus ojos similar al que yo siento, y ambos salimos a correr hacia el camión de bomberos. El capitán Tisdale nos intercepta junto con Novak, y nos agarran para impedirnos avanzar.

—Vosotros dos no podéis ir —sentencia.

—¡Mi novia está allí, joder! —grito— ¡Jensen, quítate del medio!

—No me hagas darte un puñetazo, Leo. En esto no hay opción.

—Déjenos al menos estar allí, señor —interviene Collins—. Necesitamos saber que mi hermana está bien.

Después de lo que a mí me parece una eternidad, Tisdale asiente.

—Como a alguno de los dos se le ocurra entrar en ese incendio, yo mismo me ocuparé de arrancaros los huevos, ¿entendido?

Salimos a correr hasta el camión, que sale a la carrera hasta mi casa. No creo en Dios, pero estoy rezando para que Taylor esté viva, sana y salva, y no calcinada en el salón. Salto del camión antes de que se detenga para evaluar los daños, pero Novak me sostiene del brazo y me obliga a sentarme en el escalón.

—Tú no te mueves de aquí, chico. Yo me ocuparé de que no cometas una gilipollez.

Veo a mi jefe organizar el salvamento de las personas del edificio. Cruzo una mirada con John, y no necesito nada más: sé que se encargará de encontrar a Taylor y traérmela viva.

Apenas escucho las sirenas del resto de camiones que se presentan en el lugar, no veo a los bomberos que entran en el edificio para apagar las llamas. Solo puedo centrarme en mi ventana, que aún no ha sido alcanzada por el fuego, deseando ver a John hacerme una señal, deseando ver a Taylor salir por esa puerta intacta.

Los minutos se me hacen eternos, veo cómo Collins da vueltas intentando ahogar las ganas de entrar él mismo a sacarla. El aire se escapa de mis pulmones cuando veo a mis compañeros salir en estampida del edificio. No... no, no, no...

—¿Dónde vais? —grita Collins— ¡Mi hermana está ahí dentro!

Veo desesperado a John caer al suelo ante la explosión que se produce a su espalda, y un grito sale de mi garganta sin poder evitarlo.

—¡Nooooooooooooo!

Caigo de rodillas al suelo, derrotado, sin querer creerme lo que acaba de ocurrir. Mi Taylor, el amor de mi vida, estaba ahí dentro... y no he podido salvarla. Siento las lágrimas caer por mis mejillas. No soy capaz de apartar la vista del maldito edificio que me ha quitado lo que más quería. Me zafó del abrazo de Novak y salgo a correr hacia el fuego, con la rabia y la pena ardiendo en mis venas por la mujer que me ha arrebatado, pero Wess y John me atrapan a medio camino y me impiden avanzar.

—¡Soltadme! ¡Tengo que salvarla!

—¡Es tarde, Leo! ¡No puedes hacer nada!

—¡Maldita sea! ¡Tengo que sacarla de ahí! ¡Tengo que salvarla!

Ni siquiera me he dado cuenta de estar sollozando, y vuelvo a caer en el suelo con el alma hecha pedazos. El fuego se ha vengado de mí, me ha quitado lo más valioso que tenía por haberle jodido tantas veces.

—¿Taylor? —Es la voz de Collins—. ¡Dios mío, Tay! ¡Estás viva!

Vuelvo la cabeza para ver a mi amor, mi único amor, rodeada por los brazos protectores de su hermano, que llora apretándola contra su pecho. El perro está sentado a su lado, con la lengua de medio lado, moviéndome la cola como hace siempre que me ve.

Me levanto del suelo como si estuviese en un sueño, y me acerco a ella despacio, con miedo a que se desvanezca si me acerco demasiado deprisa, con la mirada fija en ella. Sus ojos me miran con un amor tan grande que me siento aturdido, y me quedo quieto, esperando a que se acerque y me abrace.

—Estoy bien —susurra en mi oído—. Estoy aquí.

La abrazo con tanta fuerza que temo romperla, pero soy incapaz de soltarla, soy incapaz de separarme de ella por miedo a que sea un espejismo fruto de mi mente perturbada, pero ella sonrío con la cara hundida en mi pecho, y me limpia las lágrimas con el dorso de la mano antes de unir sus labios a los míos.

—Ya pasó, amor mío, ya pasó.

—Creí que te había perdido, creí...

Las palabras quedan interrumpidas por un sollozo. Sí, Leo Johnson, ese bombero temerario, rompe a llorar como un niño cuando se da cuenta de que su mujer está sana y salva y no es producto de su imaginación.

—*Lucky* empezó a llorar y a ladrarme, así que supuse que se estaba haciendo pis y le llevé al parque.

—El perro olió el fuego, Tay —dice Wess—, te ha salvado la vida.

—¿Nuestra casa se ha quemado? —pregunta Taylor a John, que está justo detrás de mí.

—Ha explotado todo, no se ha salvado ni una vivienda, lo siento —contesta mi amigo.

—Podéis quedaros en mi casa, si queréis —dice Collins.

—Creo que Leo y yo necesitamos estar solos —contesta Tay—. ¿Puedes encargarte del perro?

El perro... mi jodido ángel de la guarda. Me arrodillo a su lado y *Lucky* se apoya a dos patas sobre mi pecho para lamerme la cara.

—Has salvado a nuestra chica, ¿verdad, campeón? Cuando todo esto termine te voy a comprar un hueso del tamaño de Dakota.

—Vete con tu mujer, Johnson —ordena mi jefe—. Creo que ambos necesitáis un respiro.

Alargo la mano hacia Taylor y tiro de ella hasta el primer taxi que consigo parar. Mi coche está en la estación, pero no tengo tiempo ni ganas de ir a buscarlo. Esta noche va a terminar donde todo empezó: en el Nixx, en la habitación en la que Taylor y yo hicimos el amor por primera vez.

Epílogo

Estoy sentado frente al ordenador, esperando con ansia que den las ocho de la noche. Es mi hora favorita del día, cuando la nueva operadora de la central me brinda media hora solamente para mí.

—¡Atención brigada ciento dieciocho! —dice la voz más sexy del planeta— Es la hora feliz, así que os quiero a todos fuera de la oficina.

Sonrío al ver a mis compañeros abandonar la habitación con miradas cómplices, y cuando estoy a solas con mi operadora favorita descuelgo el teléfono para tener aún más privacidad.

—Buenas noches, operadora sexy —ronroneo.

—Buenas noches, mi bombero favorito. ¿Qué tal va la guardia?

—Aburrida, como ya sabrás. Hemos entrenado y poco más. Estoy deseando salir de aquí para poder verte.

—¿Y tu esposa? ¿Se pondrá celosa?

—No tiene por qué enterarse. Esto es algo entre tú y yo.

—Muy bien, seremos discretos.

—Falta media hora para que termine mi guardia. ¿Te paso a recoger?

—No, esta vez seré yo quien te recoja. Estoy en la puerta de la estación.

—¿Y qué tienes pensado hacerme esta noche?

—No sé... ya pensaré en algo perverso para ti.

—Mmm... Si incluye ropa interior de encaje mucho mejor. Tengo que dejarte, voy a ir recogiendo.

Salto de la silla y bajo a toda prisa a recoger las cosas para poderme ir a casa. Me doy una ducha rápida antes de salir para reunirme con mi amante, esa que me vuelve loco desde que empezó a trabajar en la central. En cuanto salgo por la puerta la veo apoyada en mi coche, con una faldita color crema y una sonrisa en la cara que me deja sin respiración.

Cuando uno mis labios a los suyos, la pasión estalla como siempre que estamos

juntos... desde aquella vez que la encontré encerrada en el cuarto de la limpieza.

—Te echaba de menos, cariño —susurra Taylor entre mis brazos.

—Te aseguro que no más que yo a ti.

—¿Nos vamos? Te tengo preparada una sorpresa.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber qué es?

—Algo que te debo hace mucho tiempo... El próximo polvo capital.

La risa burbujea en mi garganta mientras me siento frente al volante. Desde que estamos juntos, de vez en cuando bromeamos con nuestro acuerdo, aunque reconozco que esas veces los polvos son de lo más alucinantes y creativos. Conduzco como un loco hasta nuestra nueva casa, en las afueras de la ciudad, donde *Lucky* tiene un enorme patio donde jugar. Ya estoy deseando saber qué me tiene preparado esta vez... aunque seguro que será espectacular.

FIN